PLENITUD DE AMERICA

Pedro Henríquez Ureña

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

PLENITUD DE AMERICA

Ensayos escogidos

Selección y Nota Preliminar
de Javier Fernández

Peña, Del Giudice - editores
Buenos Aires

PRIMERA EDICIÓN

Expresamente autorizada por la señora
Isabel Lombardo T. de Henríquez Ureña

F1968
.3
H45

F1968
3H455

BIBLIOTECA
CENTRAL

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley número 11.723
Copyright by Peña, Del Giudice - Editores. Buenos Aires, 1952.

Nota preliminar

Pedro Henríquez Ureña no gozó en vida de fama pública, pero influyó hondamente en la vida cultural de Hispanoamérica, hasta convertirse en su maestro ejemplar, maestro definidor y orientador de sus cosas esenciales, maestro de virtud y de saber. Recogió la herencia de los hombres apostólicos de nuestra América, la herencia de hombres como Bello, como Martí, como Sarmiento, como Hostos, como Rodó; la recogió desde temprano, en su hogar de patriotas y de intelectuales, donde se fortificaba la clara tradición — muy americana siglo XIX — de hombres de pensamiento que fueron a la vez civilizadores y creadores de vida espiritual. Como ellos, enseñó a conocer y enseñó a ser justos: junto al ideal de cultura empinó el ideal de justicia y los empinó con una consagración que fué religión y sacrificio. Si en algún momento de su largo magisterio sintió desaliento, nunca dudó en la elección del camino, el que le dictaba su devoción al deber: como Varona, otro maestro ejemplar, siempre se decidió para la acción fecunda, por el bien activo; en todas partes donde enseñó directamente — en su Santo Domingo, en Cuba, en México, en Estados Unidos, largamente en la Argentina, como en todas partes donde influyó con su prédica, su lección fué siempre lección firme de fe en el espíritu y en los valores de la cultura y de la educación; pero, maestro de problemas últimos tanto como de problemas concretos, señaló desde temprano las limitaciones a que podía conducir una cultura excesiva-

mente intelectual: enseñó pues a conocer pero enseñó también a hacer y a participar en la comprensión y resolución de todos los problemas sociales y políticos del hombre americano. Por ello, sus escritos nunca tuvieron matiz de distancia y salieron espoleados por la pasión de su América en su tiempo.

Los ensayos reunidos en este volumen bajo el título de Plenitud de América *—título que el propio Pedro Henríquez Ureña pensó para una selección de sus ensayos americanos, según escribió a Emilio Rodríguez Demorizi—, tienen como foco orientador los momentos y las figuras culminantes del espíritu creador en nuestra América: momentos y figuras que suelen olvidarse demasiado y que son luz y compromiso para los americanos de hoy, enfermos de escepticismo sentimental. A riesgo de que su prosa severa y sus conceptos acerados parezcan obvios al lector acostumbrado a las falsas prédicas encendidas en brasas de artificio, todos estos ensayos definen y orientan sobre la vida espiritual de Hispanoamérica, recordando que tenemos derecho a sentirnos orgullosos de ella, cualesquiera que sean sus frustraciones, y que tenemos el deber de trabajar por ella, como hijos de una misma raíz y una misma cultura, a quienes debe ligar el ideal del nuevo mundo.*

Encabezando esta selección va La utopía de América, *el acto de fe sin más del maestro dominicano. La utopía de América no fué, como lo creen ahora los enfermos de nacionalismo estrecho, fruto de imaginación desbordada o candorosa: fué, por lo contrario, fórmula feliz en que la unidad espiritual del continente era motor necesario para la unidad política, hacia la que debía tenderse: en las proclamas de nuestros libertadores como en las teorías de nuestros pensadores activos, la idea de la* magna patria *fué cosa efectiva; todos pensaron, escribieron e hicieron en función de la patria común, sin que ningún sentimiento localista estorbara la magna concepción.*

Cuando Henríquez Ureña comenzó activamente su prédica en favor de la utopía — la más entrañable entre todas las suyas —, después de la decisiva experiencia de la Revolución Mexicana, la idea de la magna patria *no había sido destrozada del todo: se sostenía y alentaba en la labor de los buenos americanos, los que no confunden el éxito pasajero y regional con designio de la Providencia, ni olvidan que las fronteras que ahora nos desunen fueron marcadas por mano de hombre, cuando no por las circunstancias o la casualidad. Y esta* magna patria, *como sostuvieron los buenos americanos, no debía crearse para sustituir imperialismos, cualquiera fuese su perfil, sino para crear la patria de la justicia, un nuevo mundo efectivo para un civilización asfixiada moral e intelectualmente. Y este mundo nuevo era realmente posible en tierras donde todo estaba por hacerse, libre de los estorbos de las estructuras sociales inmóviles: después de su prédica hecha pública en 1922, Henríquez Ureña pudo tener razones para afiliarse a la legión de los pesimistas que en América cruzan los brazos porque "así somos", como hombre puro no hizo traición al deber moral que le imponía el deber de afirmar y de construir; su prédica se hizo más exigente y es significativo que en los últimos años señalara con más insistencia el ejemplo de los hombres apostólicos de nuestra América, y que advirtiera que antes que la ambición extraña debe preocuparnos la ambición interna, más grave porque separa y envilece.*

En los ensayos reunidos aquí el lector atento descubrirá orientaciones e incitaciones muy ricas: en todos ellos se sostiene el perfil original de nuestra América y en todos ellos el amor a las cosas de América no impide el aprendizaje en formas de cultura más avanzadas: antes por lo contrario, el nacionalismo espiritual, *la expresión original de cada pueblo sólo es válida en función del lenguaje universal de la cultura, según lo expone magistralmente en* Patria de la justicia *y en* El descontento y la promesa.

Pero hay más: los estudios dedicados a algunas figuras de nuestra América, a algunos de sus hombres apostólicos, por ejemplo los totalmente magistrales dedicados a Varona, a Hostos, a Sarmiento, como los tajantes dedicados a Martí y a los héroes dominicanos, muestran un aspecto singular del espíritu de Pedro Henríquez Ureña: su don de admirar actos individuales, don que creció con los años. Nunca desmayó en su intento de empinar a ejemplo de propios y de extraños el ejemplo de nuestros grandes hombres; y no sólo de nuestros grandes muertos, sino también de sus contemporáneos: su página sobre Sanin Cano, breve y sabia, es página reveladora y debe ser admonición para quienes retacean la virtud ajena alentados por la vanidad de creer que sus actos mediocres resaltarán mejor en el páramo indiferente y uniforme donde se mata toda iniciativa de bien.

La página sobre Sarmiento, como las Palabras en la despedida de un buen americano, *dictan normas para juzgar nuestro pasado libres de los defectos de visión de nuestra mirada enturbiada por las pasiones del momento.*

En todos estos ensayos se muestra Pedro Henríquez Ureña como lo que siempre fué: maestro ejemplar por el saber, maestro ejemplar por el decoro insobornable. Su obra y su ejemplo son los que mejor pueden orientar a los americanos de hoy, urgidos por los sordos rumores que cruzan el continente.

JAVIER FERNÁNDEZ.

NOTA: A pie de página se indica en cada caso, la publicación de donde ha sido extraído cada ensayo. Agradecemos a la señora Isabel Lombardo T. de Henríquez Ureña la fina gentileza con que ayudó a nuestra tarea.

J. F.

La utopía de América *

No vengo a hablaros en nombre de la Universidad de México, no sólo porque no me ha conferido ella su representación para actos públicos, sino porque no me atrevería a hacerla responsable de las ideas que expondré. [1] Y sin embargo, debo comenzar hablando largamente de México porque aquel país, que conozco tanto como mi Santo Domingo, me servirá como caso ejemplar para mi tesis. Está México ahora en uno de los momentos activos de su vida nacional, momento de crisis y de creación. Está haciendo la crítica de la vida pasada; está investigando qué corrientes de su formidable tradición lo arrastran hacia escollos al parecer insuperables y qué fuerzas serían capaces de empujarlo hacia puerto seguro. Y México está creando su vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización.

Advertiréis que no os hablo de México como país joven, según es costumbre al hablar de nuestra América, sino como país de formidable tradición, porque bajo la organización española persistió la herencia indígena, aunque empobrecida. México es el único país del Nuevo Mundo donde hay tradición, larga, perdurable, nunca rota, para todas las cosas, para toda especie de actividades: para la industria minera como para los tejidos, para el cultivo de la astronomía como para el cultivo de las letras clásicas, para la pintura como para la música. Aquel de vosotros

* *La utopía de América,* Ed. Estudiantina, La Plata, 1925.

[1] Me dirigía al público de la Universidad de La Plata, ** en 1922.

** Hoy Universidad de la Ciudad Eva Perón. (N. del C.)

que haya visitado una de las exposiciones de arte popular que empiezan a convertirse, para México, en benéfica costumbre, aquel podrá decir qué variedad de tradiciones encontró allí representadas, por ejemplo, en cerámica: la de Puebla, donde toma carácter del Nuevo Mundo la loza de Talavera; la de Teotihuacán, donde figuras primitivas se dibujan en blanco sobre negro; la de Guanajuato, donde el rojo y el verde juegan sobre fondo amarillo, como en el paisaje de la región; la de Aguascalientes, de ornamentación vegetal en blanco o negro sobre rojo oscuro; la de Oaxaca, donde la mariposa azul y la flor amarilla surgen, como de entre las manchas del cacao, sobre la tierra blanca; la de Jalisco, donde el bosque tropical pone sobre el fértil barro nativo toda su riqueza de líneas y su pujanza de color. Y aquel de vosotros que haya visitado las ciudades antiguas de México, —Puebla, Querétaro, Oaxaca, Morelia, Mérida, León—, aquél podrá decir cómo parecen hermanas, no hijas, de las españolas: porque las ciudades españolas, salvo las extremadamente arcaicas, como Avila y Toledo, no tienen aspecto medioeval, sino el aspecto que les dieron los siglos XVI a XVIII, cuando precisamente se edificaban las viejas ciudades mexicanas. La capital, en fin, la triple México, —azteca, colonial, independiente—, es el símbolo de la continua lucha y de los ocasionales equilibrios entre añejas tradiciones y nuevos impulsos, conflicto y armonía que dan carácter a cien años de vida mexicana.

Y de ahí que México, a pesar de cuanto tiende a descivilizarlo, a pesar de las espantosas conmociones que lo sacuden y revuelven hasta los cimientos, en largos trechos de su historia, posea en su pasado y en su presente con qué crear o —tal vez más exactamente— con qué continuar y ensanchar una vida y una cultura que son peculiares, únicas, suyas.

Esta empresa de civilización no es, pues, absurda, como lo parecería a los ojos de aquellos que no conocen a Mé-

xico sino a través de la interesada difamación del cinematógrafo y del telégrafo: no es caprichosa, no es mero deseo de *Jouer a l'autochtone,* según la opinión escéptica. No: lo autóctono, en México, es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena, con su formidable dominio sobre todas las actividades del país, la raza de Morelos y de Juárez, de Altamirano y de Ignacio Ramírez: autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial, así la arquitectura barroca en manos de los artistas de Taxco o de Tepozotlan como la comedia de Lope y Tirso en manos de Don Juan Ruiz de Alarcón.

Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero la cultura y el nacionalismo no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de *dilettantes* exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa en el nacionalismo político, cuya única justificación moral es, todavía, la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo contra la amenaza de reducirlo a la uniformidad dentro de tipos que sólo el espejismo del momento hace aparecer como superiores: se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traducen en arte y pensamiento, el que humorísticamente fué llamado, en el Congreso Internacional de Estudiantes celebra-

do allí,* el nacionalismo de las jícaras y los poemas.

El ideal nacionalista invade ahora, en México, todos los campos. Citaré el ejemplo más claro: la enseñanza del dibujo se ha convertido en cosa puramente mexicana. En vez de la mecánica copia de modelos triviales, Adolfo Best, pintor e investigador —"penetrante y sutil como una espada"—, ha creado y difundido su novísimo sistema, que consiste en dar al niño, cuando *comienza* a dibujar, solamente los siete elementos lineales de las artes mexicanas, indígenas y populares (la línea recta, la quebrada, el círculo, el semicírculo, la ondulosa, la *ese*, la espiral) y decirle que los emplee a la manera mexicana, es decir, según reglas derivadas también de las artes de México: así, no cruzar nunca dos líneas sino cuando la cosa representada requiera de modo inevitable el cruce.

Pero al hablar de México como país de cultura autóctona, no pretendo aislarlo en América: creo que, en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen.

La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Si conserváramos aquella infantil audacia con que nuestros antepasados llamaban Atenas a cualquier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero sí me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre.

---

* En México, en setiembre de 1921. (N. del C.).

Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización. Para mantenerlo no me fundo, desde luego, en el desarrollo presente o futuro de las riquezas materiales, ni siquiera en esos argumentos, contundentes para los contagiados del delirio industrial, argumentos que se llaman Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Valparaíso, Rosario. No: esas poblaciones demuestran que obligados a competir dentro de la actividad contemporánea, nuestros pueblos saben, tanto como los Estados Unidos, crear en pocos días colmenas formidables, tipos nuevos de ciudad que difieren radicalmente del europeo, y hasta acometer, como Río de Janeiro, hazañas no previstas por las urbes norteamericanas. Ni me fundaría, para no dar margen a censuras pueriles de los pesimistas, en la obra, exigua todavía, que representa nuestra contribución espiritual al acervo de la civilización en el mundo, por más que la arquitectura colonial de México, y la poesía contemporánea de toda nuestra América, y nuestras maravillosas artes populares, sean altos valores.

Me fundo sólo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu sólo, y no la fuerza militar o el poder económico. En uno de sus momentos de mayor decepción, dijo Bolívar que si fuera posible para los pueblos volver al caos, los de la América latina volverían a él. El temor no era vano: los investigadores de la historia nos dicen hoy que el Africa central pasó, y en tiempos no muy remotos, de la vida social organizada, de la civilización creadora, a la disolución en que hoy la conocemos y en que ha sido presa fácil de la codicia ajena: el puente fué la guerra incesante. Y el *Facundo* de Sarmiento es la descripción del instante agudo de nuestra lucha entre la luz y el caos, entre la civilización y la barbarie. La barbarie tuvo consigo largo tiempo la

fuerza de la espada; pero el espíritu la venció en empeño como de milagro. Por eso hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. Hombres así, obligados a crear hasta sus instrumentos de trabajo, en lugares donde a veces la actividad económica estaba reducida al mínimun de la vida patriarcal, son los verdaderos representativos de nuestro espíritu. Tenemos la costumbre de exigir, hasta al escritor de gabinete, la aptitud magistral: porque la tuvo, fué representativo José Enrique Rodó. Y así se explica que la juventud de hoy, exigente como toda juventud, se ensañe contra aquellos hombres de inteligencia poco amigos de terciar en los problemas que a ella le interesan y en cuya solución pide la ayuda de los maestros.

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión

y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías.

El antiguo Oriente se había conformado con la estabilidad de la organización social: la justicia se sacrificaba al orden, el progreso a la tranquilidad. Cuando alimentaron esperanzas de perfección — la victoria de Ahura Mazda entre los persas o la venida del Mesías para los hebreos — las situaron fuera del alcance del esfuerzo humano: su realización sería obra de leyes o de voluntades más altas. Grecia cree en el perfeccionamiento de la vida humana por medio del esfuerzo humano. Atenas se dedicó a crear utopías: nadie las revela mejor que Aristófanes; el poeta que las satiriza no sólo es capaz de comprenderlas sino que hasta se diría simpatizador de ellas, tal es el esplendor con que llega a presentarlas. Poco después de los intentos que atrajeron la burla de Aristófanes, Platón crea, en *La República,* no sólo una de las obras maestras de la filosofía y de la literatura, sino también la obra maestra en el arte singular de la utopía.

Cuando el espejismo del espíritu clásico se proyecta sobre Europa, con el Renacimiento, es natural que resurja la utopía. Y desde entonces, aunque se eclipse, no muere. Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, sólo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos.

¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre indi-

vidual y social, cuyas normas únicas, después del *neminem laedere*, sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu.

¿Y cómo se concilia esta utopía, destinada a favorecer la definitiva aparición del hombre universal, con el nacionalismo antes predicado, nacionalismo de jícaras y poemas, es verdad, pero nacionalismo al fin? No es difícil la conciliación; antes al contrario, es natural. El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de la multánimes voces de los pueblos.

Y por eso, así como esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes: las literarias, en que nuestra originalidad se afirma cada día; las plásticas, tanto las mayores como las menores, en que

poseemos el doble tesoro, variable según las regiones, de la tradición española y de la tradición indígena, fundidas ya en corrientes nuevas; y las musicales, en que nuestra insuperable creación popular aguarda a los hombres de genio que sepan extraer de ella todo un sistema nuevo que será maravilla del futuro.

Y sobre todo, como símbolos de nuestra civilización para unir y sintetizar las dos tendencias, para conservarlas en equilibrio y armonía, esperamos que nuestra América siga produciendo lo que es acaso su más alta característica: los hombres magistrales, héroes verdaderos de nuestra vida moderna, verbo de nuestro espíritu y creadores de vida espiritual.

PATRIA DE LA JUSTICIA *

Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea. ¡Y no siempre ha sido así! Es verdad que nuestra independencia fué estallido súbito, cataclismo natural: no teníamos ninguna preparación para ella. Pero es inútil lamentarlo ahora: vale más la obra prematura que la inacción; y de todos modos, con el régimen colonial de que llevábamos tres siglos, nunca habríamos alcanzado preparación suficiente: Cuba y Puerto Rico son pruebas. Y con todo, Bolívar, después de dar cima a su ingente obra de independencia, tuvo tiempo de pensar, con el toque genial de siempre, los derroteros que debíamos seguir en nuestra vida de naciones hasta llegar a la unidad sagrada. Paralelamente, en la campaña de independencia, o en los primeros años de vida nacional, hubo hombres que se empeñaron en dar densa sustancia de ideas a nuestros pueblos: así, Moreno y Rivadavia en la Argentina.

Después... Después se desencadenó todo lo que bullía en el fondo de nuestras sociedades, que no eran sino vastas desorganizaciones bajo la apariencia de organización rígida del sistema colonial. Civilización contra barbarie, tal fué el problema, como lo formuló Sarmiento. Civilización o muerte, eran las dos soluciones únicas, como las formulaba Hostos. Dos estupendos ensayos para poner orden en el caos contempló nuestra América, aturdida, poco después de mediar el siglo XIX: el de la Ar-

* *La utopía de América*, Ed. Estudiantina, La Plata, 1925.

gentina, después de Caseros, bajo la inspiración de dos adversarios dentro una sola fe, Sarmiento y Alberdi, como jefes virtuales de aquella falange singular de activos hombres de pensamiento; el de México con la Reforma, con el grupo de estadistas, legisladores y maestros, a ratos convertidos en guerreros, que se reunió bajo la terca fe patriótica y humana de Juárez. Entre tanto, Chile, único en escapar a estas hondas convulsiones de crecimiento, se organizaba poco a poco, atento a la voz magistral de Bello. Los demás pueblos vegetaron en pueril inconciencia o padecieron bajo afrentosas tiranías o agonizaron en el vértigo de las guerras fratricidas: males pavorosos para los cuales nunca se descubría el remedio. No faltaban intentos civilizadores, tales como en el Ecuador las campañas de Juan Montalvo en periódico y libro, en Santo Domingo la prédica y la fundación de escuelas, con Hostos y Salomé Ureña; en aquellas tierras invadidas por la cizaña, rendían frutos escasos; pero ellos nos dan la fe: ¡no hay que desesperar de ningún pueblo mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien!

Al llegar el siglo XX, la situación se define, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces sólo en la red económica, otros en doble red económica y política; los demás, aunque no escapan del todo al mefítico influjo del Norte, desarrollan su propia vida, — en ocasiones como ocurre en la Argentina, con esplendor material no exento de las gracias de la cultura. Pero, en los unos como en los otros, la vida nacional se desenvuelve fuera de toda dirección inteligente: por falta de ella no se ha sabido evitar la absorción enemiga; por falta de ella, no se atina a dar orientación superior a la existencia próspera. En la Argentina, el desarrollo de la riqueza, que nació con la aplicación de las ideas de los hombres del 52, ha escapado a todo dominio; enorme tren, de avasallador im-

pulso, pero sin maquinista... Una que otra excepción, parcial, podría mencionarse: el Uruguay pone su orgullo en enseñarnos unas cuantas leyes avanzadas; México, desde la Revolución de 1910, se ha visto en la dura necesidad de pensar sus problemas: en parte, ha planteado los de distribución de la riqueza y de la cultura, y a medias y a tropezones ha comenzado a buscarles solución; pero no toca siquiera a uno de los mayores: convertir al país de minero en agrícola, para echar las bases de la existencia tranquila, del desarrollo normal, libre de los aleatorios caprichos del metal y del petróleo.

Si se quiere medir hasta donde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de estado, piénsese en la opinión que expresaría cualquiera de nuestros supuestos estadistas si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberla herido con flecha destructora, una utopía.

Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías, dónde encontrarán asilo. Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa; pero siempre tropezó allí con la maraña profusa de seculares complicaciones: todo intento para deshacerlas, para sanear siquiera con gotas de justicia a las sociedades enfermas, ha significado — significa todavía — convulsiones de largos años, dolores incalculables.

La primera utopía que se realizó sobre la Tierra — así lo creyeron los hombres de buena voluntad — fué la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar:

después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituído para bien de todos se fué convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fué arquetipo de libertad, es uno de los países menos libres del mundo.

¿Permitiremos que nuestra América siga igual camino? A fines del siglo XIX lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó: nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaban ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fué oída; con todo, ella no ha bastado, para detenernos en la marcha ciega. Hemos salvado, en gran parte, la cultura, especialmente en los pueblos donde la riqueza alcanza a costearla; el sentimiento de solidaridad crece; pero descubrimos que los problemas tienen raíces profundas.

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fué la anti-

gua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable.

El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al dilettantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, opongámosle el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia, esa es hasta hora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituída en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple "la emancipación del brazo y de la inteligencia".

En nuestro suelo nacerá entonces el hombre libre, el que, hallando fáciles y justos los deberes, florecerá en generosidad y en creación.

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o de dos o tres hombres de genio, sino

de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar.

El descontento y la promesa *

"Haré grandes cosas: lo que son no lo sé". Las palabras del rey loco son el mote que inscribimos, desde hace cien años, en nuestras banderas de revolución espiritual. ¿Venceremos el descontento que provoca tantas rebeliones sucesivas? ¿Cumpliremos la ambiciosa promesa?

Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro. Mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento, ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión.

La Independencia Literaria

En 1823, antes de las jornadas de Junín y Ayacucho, inconclusa todavía la independencia política, Andrés Bello proclamaba la independencia espiritual: la primera de sus *Silvas americanas* es una alocución a la poesía, "maestra de los pueblos y los reyes", para que abandone a Europa —luz y miseria— y busque en esta orilla del Atlántico el aire salubre de que gusta su nativa rustiquez. La forma es clásica; la intención es revolucionaria. Con la *Alocución*, simbólicamente, iba a encabezar Juan María Gutiérrez nuestra primera grande antología, la *América*

* *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, B.A.B.E.L., Bs. As., 1928, págs. 11-35.

poética, de 1846. La segunda de las *Silvas* de Bello, tres años posterior, al cantar la agricultura de la zona tórrida, mientras escuda tras las pacíficas sombras imperiales de Horacio y de Virgilio el "retorno a la naturaleza", arma de los revolucionarios del siglo XVIII, esboza todo el programa "siglo XIX" del engrandecimiento material, con la cultura como ejercicio y corona. Y no es aquel patriarca, creador de civilización, el único que se enciende en espíritu de iniciación y profecía: la hoguera anunciadora salta, como la de Agamenón, de cumbre en cumbre, y arde en el canto de victoria de Olmedo, en los gritos insurrectos de Heredia, en las novelas y las campañas humanitarias y democráticas de Fernández de Lizardi, hasta en los *cielitos* y los diálogos gauchescos de Bartolomé Hidalgo.

A los pocos años surge otra nueva generación, olvidadiza y descontenta. En Europa, oíamos decir, o en persona lo veíamos, el romanticismo despertaba las voces de los pueblos. Nos parecieron absurdos nuestros padres al cantar en odas clásicas la romántica aventura de nuestra independencia. El romanticismo nos abriría el camino de la verdad, nos enseñaría a completarnos. Así lo pensaba Esteban Echeverría, escaso artista, salvo en uno que otro paisaje de líneas rectas y masas escuetas, pero claro teorizante. "El espíritu del siglo — decía — lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria". Y entre los jóvenes a quienes arrastró consigo, en aquella generación argentina que fué voz continental, se hablaba siempre que "ciudadanía en arte como en política" y de "literatura que llevara los colores nacionales".

Nuestra literatura absorbió ávidamente agua de todos los ríos nativos: la naturaleza; la vida del campo, sedentaria o nómade: la tradición indígena; los recuerdos de la época colonial; las hazañas de los libertadores; la agitación política del momento... La inundación romántica

duró mucho, demasiado; como bajo pretexto de inspiración y espontaneidad protegió la pereza, ahogó muchos gérmenes que esperaba nutrir... Cuando las aguas comenzaron a bajar, no a los cuarenta días bíblicos, sino a los cuarenta años, dejaron tras sí tremendos herbazales, raros arbustos y dos copudos árboles, resistentes como ombúes: el *Facundo* y el *Martín Fierro.*

El descontento provoca al fin la insurrección necesaria: la generación que escandalizó al vulgo bajo el modesto nombre de *modernista* se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas. Toma sus ejemplos en Europa, pero piensa en América. "Es como una familia — decía uno de ella, el fascinador, el deslumbrante Martí —. Principió por el rebusco imitado y está en la elegancia suelta y concisa y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo". ¡El juicio criollo! O bien: "A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América". Rubén Darío, si en las palabras liminares de *Prosas profanas* detestaba "la vida y el tiempo en que le tocó nacer", paralelamente fundaba la *Revista de América,* cuyo nombre es programa, y con el tiempo se convertía en el autor del yambo contra Roosevelt, del *Canto a la Argentina* y del *Viaje a Nicaragua.* Y Rodó, el comentador entusiasta de *Prosas profanas,* es quien luego declara, estudiando a Montalvo, que "sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano".

Ahora, treinta años después, hay de nuevo en la América española juventudes inquietas, que se irritan contra sus mayores y ofrecen trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina.

TRADICIÓN Y REBELIÓN

Los inquietos de ahora se quejan de que los antepasados hayan vivido atentos a Europa, nutriéndose de imitación, sin ojos para el mundo que los rodeaba: olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa. Existieron, sí, existen todavía, los europeizantes, los que llegan a abandonar el español para escribir en francés, o, por lo menos, escribiendo en nuestro propio idioma ajustan a moldes franceses su estilo y hasta piden a Francia sus ideas y sus asuntos. O los hispanizantes, enfermos de locura gramatical, hipnotizados por toda cosa de España que no haya sido trasplantada a estos suelos.

Pero atrevámonos a dudar de todo. ¿Estos crímenes son realmente insólitos e imperdonables? ¿El criollismo cerrado, el afán nacionalista, el multiforme delirio en que coinciden hombres y mujeres hasta de bandos enemigos, es la única salud? Nuestra preocupación es de especie nueva. Rara vez la conocieron, por ejemplo, los romanos: para ellos, las artes, las letras, la filosofía de los griegos, eran la norma; a la norma sacrificaron, sin temblor ni queja, cualquier tradición nativa. El *carmen saturnium*, su "versada criolla", tuvo que ceder el puesto al verso de pies cuantitativos; los brotes autóctonos de diversión teatral quedaban aplastados bajo las ruedas del carro que traía de casa ajena la carga de argumentos y formas; hasta la leyenda nacional se retocaba, en la epopeya aristocrática, para enlazarla con Ilión; y si pocos escritores se atrevían a cambiar de idioma (a pesar del ejemplo imperial de Marco Aurelio, cuya prosa griega no es mejor que la francesa de nuestros amigos de hoy), el viaje a Atenas, a la desmedrada Atenas de los tiempos de Augusto, tuvo el carácter ritual de nuestros viajes a París, y el acontecimiento se celebraba, como ahora con el obligado banquete, con odas de despedida como la de Ho-

racio a la nave en que se embarcó Virgilio. El alma romana halló expresión en la literatura, pero bajo preceptos extraños, bajo la imitación erigida en método de aprendizaje.

Ni tampoco la Edad Media vió con vergüenza las imitaciones. Al contrario: todos los pueblos, a pesar de sus características imborrables, aspiraban a aprender y aplicar las normas que daba la Francia del Norte para la canción de gesta, las leyes del trovar que dictaba Provenza para la poesía lírica; y unos cuantos temas iban y venían de reino en reino, de gente en gente: proezas carolingias, historias célticas de amor y de encantamiento, fantásticas tergiversaciones de la guerra de Troya y las conquistas de Alejandro, cuentos del zorro, danzas macabras, misterios de Navidad y de Pasión, farsas de carnaval... Aun el idioma se acogía, temporal y parcialmente, con la moda literaria: el provenzal, en todo el Mediterráneo latino; el francés, en Italia, con el cantar épico; el gallego, en Castilla, con el cantar lírico. Se peleaba, sí, en favor del idioma propio, pero contra el latín moribundo, atrincherado en la Universidad y en la Iglesia, sin sangre de vida real, sin el prestigio de las Cortes o de las fiestas populares. Como excepción, la Inglaterra del siglo XIV echa abajo el frondoso árbol francés plantado allí por el conquistador del XI.

¿Y el Renacimiento? El esfuerzo renaciente se consagra a buscar, no la expresión característica, nacional ni regional, sino la expresión del arquetipo, la norma universal y perfecta. En descubrirla y definirla concentran sus empeños Italia y Francia, apoyándose en el estudio de Grecia y Roma, arca de todos los secretos. Francia llevó a su desarrollo máximo este imperialismo de los paradigmas espirituales. Así, Inglaterra y España poseyeron sistemas propios de arte dramático, el de Shakespeare, el de Lope (improvisador genial, pero débil de conciencia artística, hasta pedir excusas por escribir a

gusto de sus compatriotas); pero en el siglo XVIII iban plegándose a las imposiciones de París: la expresión del espíritu nacional sólo podía alcanzarse a través de fórmulas internacionales.

Sobrevino al fin la rebelión que asaltó y echó a tierra el imperio clásico, culminando en batalla de las naciones, que se peleó en todos los frentes, desde Rusia hasta Noruega y desde Irlanda hasta Cataluña. El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica, junto con la negación de los fundamentos de toda doctrina retórica, de toda fe en "las reglas del arte" como clave de la creación estética. Y, de generación en generación, cada pueblo afila y aguza sus teorías nacionalistas, justamente en la medida en que la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo. A cada concesión práctica va unida una rebelión ideal.

EL PROBLEMA DEL IDIOMA

Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencia romántica de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulte no sabemos qué inminente diluvio.

En todas las artes se plantea el problema. Pero en literatura es doblemente complejo. El músico podría, en rigor sumo, si cree encontrar en eso la garantía de originalidad, renunciar al lenguaje tonal de Europa: al hijo de pueblos donde subsiste el indio — como en el Perú y Bolivia — se le ofrece el arcaico pero inmarcesible sistema nativo, que ya desde su escala pentatónica se aparta del europeo. Y el hombre de países donde prevalece el espíritu criollo es dueño de preciosos materiales, aunque no estrictamente autóctonos: música traída de Europa o de Africa, pero impregnada del sabor de las nuevas tie-

ras y de la nueva vida, que se filtra en el ritmo y el dibujo melódico.

Y en artes plásticas cabe renunciar a Europa, como en el sistema mexicano de Adolfo Best, construído sobre los siete elementos lineales del dibujo azteca, con franca aceptación de sus limitaciones. O cuando menos, si sentimos excesiva tanta renuncia, hay sugestiones de muy variada especie en la obra del indígena, en la del criollo de tiempos coloniales que hizo suya la técnica europea (así, con esplendor de dominio, en la arquitectura), en la popular de nuestros días, hasta en la piedra y la madera y la fibra y el tinte que dan las tierras natales.

De todos modos, en música y en artes plásticas es clara la partición de caminos: o el europeo, o el indígena, o en todo caso el camino criollo, indeciso todavía y trabajoso. El indígena representa quizás empobrecimiento y limitación, y para muchos, a cuyas ciudades nunca llega el antiguo señor del terruño, resulta camino exótico: paradoja típicamente nuestra. Pero, extraños o familiares, lejanos o cercanos, el lenguaje tonal y el lenguaje plástico de abolengo indígena son inteligibles.

En literatura, el problema es complejo, es doble: el poeta, el escritor, se expresan en idioma recibido de España. Al hombre de Cataluña o de Galicia le basta escribir su lengua vernácula para realizar la ilusión de sentirse distinto del castellano. Para nosotros esta ilusión es fruto vedado o inaccesible. ¿Volver a las lenguas indígenas? El hombre de letras, generalmente, las ignora, y la dura tarea de estudiarlas y escribir en ellas lo llevaría a la consecuencia final de ser entendido entre muy pocos, a la reducción inmediata de su público. Hubo, después de la conquista, y aun se componen, versos y prosa en lengua indígena, porque todavía existen enormes y difusas poblaciones aborígenes que hablan cien —si no más— idiomas nativos; pero raras veces se anima esa literatura con propósitos lúcidos de persistencia y oposición.

¿Crear idiomas propios, hijos y sucesores del castellano? Existió hasta años atrás —grave temor de unos y esperanza loca de otros— la idea de que íbamos embarcados en la aleatoria tentativa de crear idiomas criollos. La nube se ha disipado bajo la presión unificadora de las relaciones constantes entre los pueblos hispánicos. La tentativa, suponiéndola posible, habría demandado siglos de cavar foso tras foso entre el idioma de Castilla y los germinantes en América, resignándonos con heroísmo franciscano a una rastrera, empobrecida expresión dialectal mientras no apareciera el Dante creador de alas y de garras. Observemos, de paso, que el habla gauchesca del Río de la Plata, substancia principal de aquella disipada nube, no lleva en sí diversidad suficiente para erigirla siquiera en dialecto como el de León o el de Aragón: su leve matiz la aleja demasiado poco de Castilla, y el *Martín Fierro* y el *Fausto* no son ramas que disten del tronco lingüístico más que las coplas murcianas o andaluzas.

No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda.

LAS FÓRMULAS DEL AMERICANISMO

Examinemos las principales soluciones propuestas y ensayadas para el problema de nuestra expresión en literatura. Y no se me tache prematuramente de optimista cándido porque vaya dándoles aprobación provisional a todas: al final se verá el por qué.

Ante todo, la naturaleza. La literatura descriptiva habrá de ser, pensamos durante largo tiempo, la voz del Nuevo Mundo. Ahora no goza de favor la idea: hemos

abusado en la aplicación; hay en nuestra poesía romántica tantos paisajes como en nuestra pintura impresionista. La tarea de escribir, que nació del entusiasmo, degeneró en hábito mecánico. Pero ella ha educado nuestros ojos: del cuadro convencional de los primeros escritores coloniales, en quienes sólo de raro en raro asomaba la faz genuina de la tierra, como en la serranías peruanas del Inca Garcilaso, pasamos poco a poco, y finalmente llegamos, con ayuda de Alexander von Humboldt y de Chateaubriand, a la directa visión de la naturaleza. De mucha olvidada literatura del siglo XIX sería justicia y deleite arrancar una vivaz colección de paisajes y miniaturas de fauna y flora. Basta detenernos a recordar para comprender, tal vez con sorpresa, cómo hemos conquistado, trecho a trecho, los elementos pictóricos de nuestra pareja de continentes y hasta el aroma espiritual que se exhala de ellos: la colosal montaña; las vastas altiplanicies de aire fino y luz tranquila donde todo perfil se recorta agudamente; las tierras cálidas del trópico, con sus marañas de selvas, su mar que asorda y su luz que emborracha; la pampa profunda; el desierto "inexorable y hosco". Nuestra atención al paisaje engendra preferencias que hallan palabras vehementes: tenemos partidarios de la llanura y partidarios de la montaña. Y mientras aquéllos, acostumbrados a que los ojos no tropiecen con otro límite que el horizonte, se sienten oprimidos por la vecindad de las alturas, como Miguel Cané en Venezuela y Colombia, los otros se quejan del paisaje "demasiado llano", como el personaje de la *Xaimaca* de Güiraldes, o bien, con voluntad de amarlo, vencen la inicial impresión de monotonía y desamparo y cuentan cómo, después de largo rato de recorrer la pampa, ya no la vemos: vemos otra pampa que se nos ha hecho en el espíritu (Gabriela Mistral). O acerquémonos al espectáculo de la zona tórrida: para el nativo es rico en luz, calor y color, pero lánguido y lleno de mo-

licie; todo se le deslíe en largas contemplaciones, en pláticas sabrosas, en danzas lentas,

y en las ardientes noches del estío
la bandola y el canto prolongado
que une su estrofa al murmurar del río...

Pero el hombre de climas templados ve el trópico bajo deslumbramiento agobiador: así lo vió Mármol en el Brasil, en aquellos versos célebres, mitad ripio, mitad hallazgo de cosa vivida; así lo vió Sarmiento en aquel breve y total apunte de Río de Janeiro:

"Los insectos son carbunclos o rubíes, las mariposas plumillas de oro flotantes, pintadas las aves, que engalanan penachos y decoraciones fantásticas, verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores, tangible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas a fuego las nubes, roja la tierra y las arenas entremezcladas de diamantes y de topacios".

A la naturaleza sumamos el primitivo habitante. ¡Ir hacia el indio! Programa que nace y renace en cada generación, bajo muchedumbre de formas, en todas las artes. En literatura, nuestra interpretación del indígena ha sido irregular y caprichosa. Poco hemos agregado a aquella fuerte visión de los conquistadores como Hernán Cortés, Ercilla, Cieza de León, y de los misioneros como fray Bartolomé de Las Casas. Ellos acertaron a definir dos tipos ejemplares, que Europa acogió e incorporó a su repertorio de figuras humanas: el "indio hábil y discreto", educado en complejas y exquisitas civilizaciones propias, singularmente dotado para las artes y las industrias, y el "salvaje virtuoso", que carece de civilización mecánica, pero vive en orden, justicia y bondad, personaje que tanto sirvió a los pensadores europeos para crear la imagen del hipotético hombre del "estado de naturaleza" anterior al contrato social. En nuestros cien años de independencia, la romántica pereza nos ha impedido dedicar

mucha atención a aquellos magníficos imperios cuya interpretación literaria exigiría previos estudios arqueológicos; la falta de simpatía humana nos ha estorbado para acercarnos al superviviente de hoy, antes de los años últimos, excepto en casos como el memorable de los *Indios Ranqueles;* y al fin, aparte del libro impar y delicioso de Mansilla, las mejores obras de asunto indígena se han escrito en países como Santo Domingo y el Uruguay, donde el aborigen de raza pura persiste apenas en rincones lejanos y se ha diluído en recuerdo sentimental. "El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira", decía Martí.

Tras el indio, el criollo. El movimiento criollista ha existido en toda la América española con intermitencias, y ha aspirado a recoger las manifestaciones de la vida popular, urbana y campestre, con natural preferencia por el campo. Sus límites son vagos: en la pampa argentina, el criollo se oponía al indio, enemigo tradicional, mientras en México, en la América Central, en toda la región de los Andes y su vertiente del Pacífico, no siempre existe frontera perceptible entre las costumbres de carácter criollo y las de carácter indígena. Así mezcladas las reflejan en la literatura mexicana los romances de Guillermo Prieto y el *Periquillo* de Lizardi, despertar de la novela en nuestra América, a la vez que despedida de la picaresca española. No hay país donde la existencia criolla no inspire cuadros de color peculiar. Entre todas, la literatura argentina, tanto en el idioma culto como en el campesino, ha sabido apoderarse de la vida del gaucho en visión honda como la pampa. Facundo Quiroga, Martín Fierro, Santos Vega, son figuras definitivamente plantadas dentro del horizonte ideal de nuestros pueblos. Y no creo en la realidad de la querella de Fierro contra Quiroga. Sarmiento, como civilizador, urgido de acción, atenaceado por la prisa, escogió para el futuro de su patria el atajo europeo y norteamericano en vez del sen-

dero criollo, informe todavía, largo, lento, interminable tal vez, o desembocando en callejón sin salida; pero nadie sintió mejor que él los soberbios ímpetus, la acre originalidad de la barbarie que aspiraba a destruir. En tales oposiciones y en tales decisiones está el Sarmiento aquilino: la mano inflexible escoge; el espíritu amplio se abre a todos los vientos. ¿Quién comprendió mejor que él a España, la España cuyas malas herencias quiso arrojar al fuego, la que visitó "con el santo propósito de levantarle el proceso verbal", pero que a ratos le hacía agitarse en ráfagas de simpatía? ¿Quién anotó mejor que él las limitaciones de los Estados Unidos, de esos Estados Unidos cuya perseverancia constructora exaltó a modelo ejemplar?

Existe otro americanismo, que evita al indígena, y evita el criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial, lugar de cita para mucho antes y después de Ricardo Palma: su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia. Y para mí, dentro de esa fórmula sencilla como dentro de las anteriores, hemos alcanzado, en momentos felices, la expresión vívida que perseguimos. En momentos felices, recordémoslo.

EL AFÁN EUROPEIZANTE

Volvamos ahora la mirada hacia los europeizantes, hacia los que, descontentos de todo americanismo con aspiraciones de sabor autóctono, descontentos hasta de nuestra naturaleza, nos prometen la salud espiritual si mantenemos recio y firme el lazo que nos ata a la cultura europea. Creen que nuestra función no será crear, comenzando desde los principios, yendo a la raíz de las cosas, sino continuar, proseguir, desarrollar, sin romper tradiciones ni enlaces.

Y conocemos los ejemplos que invocarían, los ejemplos mismos que nos sirvieron para rastrear el origen de nuestra rebeldía nacionalista: Roma, la Edad Media, el Renacimiento, la hegemonía francesa del siglo XVIII... Detengámonos nuevamente ante ellos. ¿No tendrán razón los arquetipos clásicos contra la libertad romántica de que usamos y abusamos? ¿No estará el secreto único de la perfección en atenernos a la línea ideal que sigue desde sus remotos orígenes la cultura de Occidente? Al criollista que se defienda —acaso la única vez de su vida— con el ejemplo de Grecia, será fácil demostrarle que el milagro griego, si más solitario, más original que las creaciones de sus sucesores, recogía vetustas herencias: ni los milagros vienen de la nada; Grecia, madre de tantas invenciones estupendas, aprovechó el trabajo ajeno, retocando y perfeccionando, pero, en su opinión, tratando de acercarse a los cánones, a los paradigmas que otros pueblos, antecesores suyos o contemporáneos, buscaron con intuición.[1]

Todo aislamiento es ilusorio. La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fué motejado de europeizante por los proscriptos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso en su patria, habían de emprender a su turno tareas de europeización,

[1] Víctor Bérad el helenista revolucionario, llega a pensar que la epopeya homérica fué "un producto del genio nacional y fruto lentamente madurado por largos esfuerzos nativos, pero también brusco resultado de influencias y de modelos exóticos: ¿en todo país y en todo arte no aparecen los grandes nombres en la encrucijada de una tradición nacional y de una intervención extranjera?" (*L'Odyssée*, texto y traducción, París, 1924).

para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro.

Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo sería ilusorio el aislamiento —la red de las comunicaciones lo impide—, sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. Y en literatura —ciñéndonos a nuestro problema— recordemos que Europa estará presente, cuando menos, en el arrastre histórico del idioma.

Aceptemos francamente, como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción sustancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos: no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano. Literariamente, desde que adquieren plenitud de vida las lenguas romances, a la Romania nunca le ha faltado centro, sucesor de la Ciudad Eterna: del siglo XI al XIV fué Francia, con oscilaciones iniciales entre Norte y Sur; con el Renacimiento se desplaza a Italia; luego, durante breve tiempo, tiende a situarse en España; desde Luis XIV vuelve a Francia. Muchas veces la Romania ha extendido su influjo a zonas extranjeras, y sabemos cómo París gobernaba a Europa, y de paso a las dos Américas, en el siglo XVIII; pero desde comienzos del siglo XIX se definen, en abierta y perdurable oposición, zonas rivales: la germánica, suscitadora de la rebeldía; la inglesa, que abarca a Inglaterra con su imperio colonial, ahora en disolución, y a los Estados Unidos; la eslava... Hasta políticamente hemos nacido y crecido en la Romania. Antonio Caso señala con eficaz precisión

los tres acontecimientos de Europa cuya influencia es decisiva sobre nuestros pueblos: el Descubrimiento, que es acontecimiento español; el Renacimiento, italiano; la Revolución, francés. El Renacimiento da forma —en España sólo a medias— a la cultura que iba a ser trasplantada a nuestro mundo; la Revolución es el antecedente de nuestras guerras de independencia. Los tres acontecimientos son de pueblos románicos. No tenemos relación directa con la Reforma ni con la evolución constitucional de Inglaterra, y hasta la independencia y la Constitución de los Estados Unidos alcanzan prestigio entre nosotros merced a la propaganda que de ellas hizo Francia.

LA ENERGÍA NATIVA

Concedido todo eso, que es todo lo que en buen derecho ha de reclamar el europeizante, tranquilicemos al criollo fiel recordándole que la existencia de la Romania como unidad, como entidad colectiva de cultura, y la existencia del centro orientador, no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa.

Fuera de momentos fugaces en que se ha adoptado con excesivo rigor una fórmula estrecha, por excesiva fe en la doctrina retórica, o durante períodos en que una decadencia nacional de todas las energías lo ha hecho enmudecer, cada pueblo se ha expresado con plenitud de carácter dentro de la comunidad imperial. Y en España, dentro del idioma central, sin acudir a los rivales, las regiones se definen a veces con perfiles únicos en la expresión literaria. Así, entre los poetas, la secular oposición entre Castilla y Andalucía, el contraste entre Fray

Luis de León y Fernando de Herrera, entre Quevedo y Góngora, entre Espronceda y Bécquer.

El compartido idioma no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en nuestras manos: sólo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible. Del deseo de alcanzarlo y sostenerlo nace todo el rompecabezas de cien años de independencia proclamada; de ahí las fórmulas de americanismo, las promesas que cada generación escribe, sólo para que la siguiente las olvide o las rechace, y de ahí la reacción, hija del inconfesado desaliento, en los europeizantes.

EL ANSIA DE PERFECCIÓN

Llegamos al término de nuestro viaje por el palacio confuso, por el fatigoso laberinto de nuestras aspiraciones literarias, en busca de nuestra expresión original y genuina. Y a la salida creo volver con el oculto hilo que me sirvió de guía.

Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección.

El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido.

Cada fórmula de americanismo puede prestar servicios (por eso les dí a todas aprobación provisional); el conjun-

to de las que hemos ensayado nos da una suma de adquisiciones útiles, que hacen flexible y dúctil el material originario de América. Pero la fórmula, al repetirse, degenera en mecanismo y pierde su prístina eficacia; se vuelve receta y engendra una retórica.

Cada grande obra de arte crea medios propios y peculiares de expresión; aprovecha las experiencias anteriores, pero las rehace, porque no es una suma, sino una síntesis, una invención. Nuestros enemigos, al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza, llena de preocupaciones ajenas a la pureza de la obra: nuestros poetas, nuestros escritores, fueron las más veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra, y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos.

EL FUTURO

Ahora, en el Río de la Plata cuando menos, empieza a constituirse la profesión literaria. Con ella debieran venir la disciplina, el reposo que permite los graves empeños. Y hace falta la colaboración viva y clara del público: demasiado tiempo ha oscilado entre la falta de atención y la excesiva indulgencia. El público ha de ser exigente; pero ha de poner interés en la obra de América. Para que haya grandes poetas, decía Walt Whitman, ha de haber grandes auditorios.

Sólo un temor me detiene, y lamento turbar con una nota pesimista el canto de esperanzas. Ahora que parecemos navegar en dirección hacia el puerto seguro, ¿no llegaremos tarde? ¿El hombre del futuro seguirá interesándose en la creación artística y literaria, en la perfecta expresión de los anhelos superiores del espíritu? El occidental de hoy se interesa en ellas menos que el de ayer,

y mucho menos que el de tiempos lejanos. Hace cien, cincuenta años, cuando se auguraba la desaparición del arte, se rechazaba el agüero con gestos fáciles: "siempre habrá poesía". Pero después — fenómeno nuevo en la historia del mundo, insospechado y sorprendente — hemos visto surgir a existencia próspera sociedades activas y al parecer felices, de cultura occidental, a quienes no preocupa la creación artística, a quienes les basta la industria, o se contentan con el arte reducido a procesos industriales: Australia, Nueva Zelandia, aun el Canadá. Los Estados Unidos ¿no habrán sido el ensayo intermedio? Y en Europa, bien que abunde la producción artística y literaria, el interés del hombre contemporáneo no es el que fué. El arte había obedecido hasta ahora a dos fines humanos: uno, la expresión de los anhelos profundos, del ansia de eternidad, del utópico y siempre renovado sueño de la vida perfecta; otro, el juego, el solaz imaginativo en que descansa el espíritu. El arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego... Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, pirotecnia del ingenio, acaba en hastío.

...No quiero terminar en el tono pesimista. Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español.

RAZA Y CULTURA HISPÁNICA *

Generosa inspiración la que ha creado esta festividad del Día de la Raza, donde confirmamos, año tras año, la fe en los grandes destinos de los pueblos que forman la comunidad hispánica. Y no menos feliz inspiración la que dedica en homenaje a España este Día de la Raza en la Universidad de la Plata, en cuyo nombre debo hablar, gracias a honradora designación que debo a su distinguido presidente; en homenaje a España, la más antigua de las naciones y la más joven de las repúblicas que forman nuestra comunidad espiritual.

No son inútiles estos actos, que el esceptismo tacha de infecundos. El mundo marcha más despacio que el pensamiento generoso. La palabra que difunde pensamientos de futuro, la palabra profética que quiere trasmitir su velocidad a los hechos, comienza como voz clamante en el desierto; pero al fin penetra en las ciudades, y entonces, si la profecía no se cumple de inmediato, los oídos desatentos la confunden con los gritos de la feria. Doble esfuerzo, así, el de convencer, junto a los incrédulos, a los creyentes de ayer que se sienten defraudados. Pero la palabra debe seguir abriendo surcos, sembrando esperanzas: la simiente germinará, en momento inesperado tal vez.

En pocos años, donde dominaba la indiferencia, la limitación local de toda visión de los problemas humanos, ha crecido y se ha desarrollado la conciencia de nuestra co-

* *Repertorio Americano*, 6 de enero de 1934.

munidad espiritual, de la unidad esencial de los pueblos hispánicos, la conciencia de "la raza", denominada así, no ciertamente con exactitud científica, pero sí con impulso de simplificación expresiva.

Desde el punto de vista de la ciencia antropológica, bien lejos está de constituir una raza la multicolor muchedumbre de pueblos que hablan nuestra lengua en el mundo, desde los Pirineos hasta los Andes y desde las Baleares y las Canarias hasta las Antillas y hasta las Filipinas. Junto a las gentes del viejo solar ibérico, donde se superponen culturas milenarias, desde las más antiguas del Mediterráneo, ligadas a troncos raciales diversos, están los pueblos indígenas de las dos Américas, cuya inmensa variedad lingüística desaparece bajo la lenta pero segura presión del español; están los descendientes de los africanos a quienes la codicia de sus robadores trajo a sufrir esclavitud o miseria en tierra para ellos extraña y a los descendientes de los europeos a quienes el ansia de libertad o de bienestar trajo en busca de nuevas patrias; hasta el Oriente, cercano o lejano, alberga grupos de habla castellana o envía a las tierras hispánicas sus hombres: a veces, como ocurre con los levantinos, para fundirse rápidamente con nuestras poblaciones.

Pero el vocablo *raza,* a pesar de su flagrante inexactitud, ha adquirido para nosotros valor convencional, que las festividades del 12 de Octubre ayudan a cargar de contenidos de sentimiento y emoción. El Día de la Raza bien podría llamarse el Día de la Cultura Hispánica, porque eso es lo que en suma representa; pero sería inútil proponer semejante sustitución, porque el vocablo *cultura,* en el significado que hoy tiene dentro del lenguaje técnico de la sociología y de la historia, no despierta en el oyente la resonancia afectiva que la costumbre da al vocablo *raza.*

Lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal

por la comunidad de idioma. Cada idioma lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos. Así, el latín ha sido en Occidente el vehículo principal de la tradición romana: la tradición persiste, a través de todas las evoluciones,dondequiera que persistió el latín. Deshecho el Imperio Romano, su idioma se partió en mil pedazos; pero en las lenguas de cultura que se construyeron sobre las ruinas del latín, dominando a la multitud circundante de dialectos rivales, sobrevive la tradición del Lacio, y esas lenguas la han difundido sobre territorios que Roma no sospechó. Pertenecemos al Imperio Romano, decía Sarmiento hablando de estos pueblos de América; pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra imagen de raza, no real sino ideal.

Frente a la tradición romana, aunque educándose parcialmente en ella, se organizó y creció durante la Edad Media la cultura germánica: cuando alcanza su madurez, vemos cómo se contraponen las dos culturas, cómo los pueblos de lenguas germánicas divergen de los pueblos de lenguas románicas en los modos de concebir y practicar la religión, la filosofía, las artes y las letras, el derecho, la vida familiar, la actividad económica, las actividades técnicas. Y, como para ilustrar y aclarar el caso, Inglaterra, pueblo cuya lengua vive del equilibrio variable entre el vocabulario germánico y el vocabulario latino-románico, se sitúa espiritualmente en la frontera entre el Norte y el Sur: hasta su religión oficial, divorciada de Roma, no es sin embargo un protestantismo; es sólo un catolicismo que protesta.

Dentro de la Romania constituímos, los pueblos hispánicos, la más numerosa familia, extendida sobre inmensos territorios, los más vastos que ocupa ninguna lengua,

salvo el inglés y el ruso. Y eso nos señala grandes deberes para el porvenir.

Como quiera que se conciba la evolución de la humanidad en el futuro próximo, es difícil suponer que desaparezca la red de comunicaciones que hoy la enlaza: apoyándose en ellas, la civilización insistirá en su tendencia unificadora, con las ventajas y desventajas de toda unificación. Esfuerzos se harán para mantener vivas las lenguas locales, y con ellas las tradiciones y costumbres que dan sabor a la existencia regional; pero las grandes lenguas de cultura predominarán. El siglo XIX que con el romanticismo reanimó las lenguas locales en toda Europa y estimuló su florecimiento literario, dando impulso además a los nacionalismos y regionalismos políticos, con el positivismo de la actividad técnica y económica afirmó el predominio de las grandes lenguas centrales. Cien años atrás, en España, como en Francia o en Inglaterra, abundaban los habitantes que desconocían el idioma oficial de la nación; hoy son ya muy raros. En América, donde ni siquiera se ha trabajado nunca para asegurar la persistencia de los centenares de lenguas indígenas que todavía existen, el español las suplantará íntegramente antes de mucho, y los lingüistas tienen ya que apresurarse para recoger sus últimos alientos. Además, las grandes lenguas de cultura se extenderán y persistirán, enriqueciendo su vocabulario, pero esforzándose por no sufrir variación sustancial de formas o de normas: la difusión de la cultura, las semejanzas en la organización de la vida, las relaciones constantes, actuarán contra las variaciones grandes o frecuentes, que son estorbos para la facilidad y la claridad. El latín clásico duró cinco siglos, desde Lucrecio hasta San Agustín, en singular unidad, que da la impresión de la vida inmarcesible; sólo la ruptura de la comunidad política y la sumersión de la cultura, con la caída del Imperio, pudieron partir en pedazos aquella unidad lingüística. Las modernas lenguas de cultura no co-

rren igual peligro, a menos que sobrevenga el cataclismo de la civilización que oímos predecir a los augures de tragedia.

No cataclismo, pero sí crisis de civilización, crisis transformadora, es probable que padezcamos; acaso la estamos padeciendo ya. Y para afrontar la crisis necesitamos disciplina, la disciplina de la organización eficaz en la vida pública, la disciplina del esfuerzo bien orientado y constante en la vida individual.

Es de uso tachar a España de indisciplina, y de paso a todos los países de América que hablan español; pero Vossler hacía notar, poco tiempo atrás, hablando en Buenos Aires, que España ha dado en el siglo XVI el curioso ejemplo de llevar la disciplina militar a las cosas del espíritu, mientras dejaba a la libre iniciativa del individuo el éxito de las campañas militares: Ignacio de Loyola organiza militarmente la disciplina espiritual de la defensa del catolicismo, mientras Hernán Cortés emprende la conquista de México como hazaña personal.

Hoy las cosas son bien distintas: España nos da constantemente ejemplos de esfuerzo disciplinado, particularmente en el orden de la cultura. Pero los conflictos del pasado se explican. La historia de España —o, más exactamente, de toda la Península Ibérica— no es semejante a la de ninguna otra nación de Europa; ninguna otra echó sobre sus hombros carga como la que asumió España desde la Edad Media. No es raro que a veces se rindieran "sus fuerzas fatigadas al abrumante peso". Su tarea fué siempre doble: organizarse interiormente mientras rechazaba al invasor; colonizar y cristianizar las Américas mientras defendía la unidad religiosa de Europa.

La larga lucha contra el moro templó al español, dándole gran dominio de sí; exigiéndole también una fe sin vacilaciones. La tolerancia no podía ser flor de tales cultivos; no se puede ser a la par baluarte y jardín. Pero sí germinaron allí la capacidad de sacrificio, la perseveran-

cia, el desdén de las cosas pequeñas, la generosidad, el sentido de los valores humanos puros, desnudos de todo esplendor adventicio. Y en 1492, cuando la lucha termina, y ganada es Granada, cae entre las manos de España un mundo nuevo.

Estamos viviendo todavía las consecuencias del portentoso suceso, el más trascendental de la historia. La consecuencia mayor, aunque tardía, el nuevo aspecto que asumen desde hace cien años las variaciones en el equilibrio del mundo. Y durante esos cien años se ha discutido sin descanso la obra de España en América. En las campañas de independencia de las naciones hispánicas del Nuevo Mundo se juzgó necesario ennegrecer aquella obra. Después, los libros patrióticos de cada república nueva repitieron mecánicamente la propaganda de las campañas de independencia. Cuando, a fines del siglo XIX, hubiera podido alcanzarse la serenidad de juicio, la última campaña se interpuso, la guerra de Cuba. Pero al comenzar el siglo XX la atmósfera se despejó: no había ya guerras que pelear; podíamos mirar y juzgar con claridad y tranquilidad. Rápidamente va cambiando el juicio. No es sólo que se acepte la excusa que generosamente ofrecía a la "virgen del mundo, América inocente", Quintana, historiador a la vez que poeta: "Crimen fueron del tiempo y no de España". Es que la conquista y la colonización se ven de modo muy diverso: porque la verdad es que España se volcó entera en el Nuevo Mundo, dándole cuanto tenía. No pudo establecer formas libres de gobierno ni organización económica eficaz, porque ella misma las había perdido; pero dictó leyes justas. No estableció la tolerancia religiosa ni la libertad intelectual, que no poseía; pero fundó escuelas, fundó universidades, para difundir la más alta ciencia de que tenía conocimiento. Y sobre todo, su amplio sentido humano la llevó a convivir y a fundirse con las razas vencidas, formando así estas vastas poblaciones mezcladas, que son el escándalo de todos los snobs de la Tie-

rra, de todos los devotos de la falsa ciencia o de la literatura superficial, pero que para el hombre de mirada honda son el ejemplo vivo de cómo puede resolverse pacíficamente, cristianamente, en la realidad, el conflicto de las diferencias de raza y de origen. Durante el siglo XIX se hizo costumbre afirmar la superioridad de otras naciones sobre España y Portugal como colonizadoras. ¡Como si hubiera superioridad en trasplantar a suelo extraño las condiciones de la vida europea, pero para disfrutarlas el europeo sólo, negándoselas o escatimándoselas a los nativos! El siglo XX nos devuelve a la verdad, que ya conocía Liniers cuando en una de sus proclamas de 1806 exhortaba al pueblo del Buenos Aires colonial a rechazar la invasión, para no convertirse en otro tipo muy inferior de colonia. ¡Liniers debía de conocer muchas que aun hoy confirman su juicio! Y ya en nuestros días, William Henry Hudson, – el gran argentino inglés, nacido a la mitad del camino que va de Buenos Aires a esta ciudad, más joven que él–, al hablar de aquellas invasiones decía que por fortuna fracasaron en ellas sus antepasados, porque, si hubieran conquistado estas tierras purpúreas, la vida humana habría perdido mucho de su encanto.

No: la más humana de las colonizaciones, y por eso la mejor, ha sido la de España y Portugal: es la única que de modo sincero y leal gana para la civilización europea a los pueblos exóticos. No erró por ventura quien dijo que, mientras el germano teme el contacto con los pueblos de escasa civilización, porque él mismo no se siente muy seguro de la suya, antigua de diez siglos apenas, el latino no ve peligro en el contacto, porque su cultura es inmemorial y sale siempre vencedora en los encuentros.

¡Extraño poder de revivificación el de pueblos como España! Es aquella tierra el más antiguo hogar de cultura en Europa, desde las primitivas que dejaron como testimonio las pinturas rupestres de Altamira y de Pindal hasta las primeras que caben ya en la historia, como la de Tarte-

ssos. Y después, la existencia toda de España es, como la del ave fénix, perpetuo arder, consumirse en apariencia y resucitar. Iberos y celtas, fenicios y griegos, romanos y cartagineses: todas las culturas se superponen allí, se entrecruzan, se amoldan al territorio español; sólo la de Roma ejerce influencia indeleble y decisiva, con vigor para vencer después la envolvente de los árabes, en la ocasión única dentro de nuestra era — salvo la excepción insular de Sicilia — en que una porción del Occidente cae bajo el dominio de una cultura oriental. De aquel conflicto sale triunfante en España el espíritu occidental; pero el contacto le deja ventanas abiertas al Oriente, como ajimeces desde donde se oyera el grito de la guitarra morisca.

El contacto entre España y América, luego, ha dado gradualmente al espíritu español amplitud y vastedad que van en progreso. Nada más humano que la estrechez, porque tiene origen defensivo: cada tribu primitiva se defiende de las vecinas atribuyéndoles magias diabólicas, dignas de exterminio; cada nación moderna se defiende de las demás atribuyéndoles cualidades inhumanas. Es fácil adquirir la fe en nuestra propia superioridad, porque esa fe es recurso de victoria; es difícil, luego, admitir la igualdad o la equivalencia de las aptitudes que existen, en potencia o en acto, en todos los hombres, en todas las naciones o en todas las razas. A esa amplia visión sólo llegan pocos, los unos, por el camino de la ciencia, los otros, por el camino del amor.

España, que tanto ha padecido por su antigua intolerancia en el orden del pensamiento, hija de la necesidad defensiva, tuvo en cambio espontánea amplitud humana. Aunque España creó el tipo del hombre señorial, como dice Vossler, y el español más humilde tiene aire de caballero, como dice Belloc, nunca se incubó en España ninguna doctrina de superioridad de razas ni de climas, como las que en nuestra era científica corren, mimética-

mente disfrazadas de ciencia, como reptiles verdes entre hojas nuevas o insectos pardos entre hojas secas. La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva.

En toda la época moderna el espíritu de amplitud intelectual tuvo que constituir en España la oposición, latente o despierta: sólo fugazmente alcanza el poder en los comienzos del reinado del Emperador, o bajo Carlos III en el siglo XVIII, o, más fugitivamente todavía, en 1812, en 1820, en 1873. Pero en 1898 España hace de su derrota una victoria, renace el fénix, y grado a grado surge el espíritu nuevo de una España más pura y más severa. Si a fines del siglo XIX España parecía a muchos, vista desde América, condenada a irremediable decadencia, mientras el avance de las más prósperas repúblicas cisatlánticas, "joyas humanas del mundo dichoso", como dijo Lugones, las aproximaba a la nueva ventura con cada día dorado,— ahora, desde hace pocos años, la antigua nación, rejuvenecida, entra en la olimpíada junto a las naciones jóvenes, y ¿por qué no confesarlo? en la mayor parte de las carreras se nos adelanta. Este milagro sólo se explica como fruto de disciplina, de largo ejercicio espiritual practicado en silencio. Pero no hemos de sorprendernos si pensamos en tantos silenciosos reformadores que supieron trabajar sin desmayos, esperar y confiar, como aquel santo laico, Francisco Giner de los Ríos, a quien quizás debe la España nueva más que a ningún otro precursor.

España se nos muestra hoy, además, amplia y abierta, más que nunca, para todas las cosas de América. El antiguo recelo ha cedido el lugar a la confianza; la nueva Constitución, al crear la doble nacionalidad, española y americana, aunque desconcierte al antiguo criterio jurídico, place a la buena voluntad.

Sobre la buena voluntad se cimienta la obra de confraternidad hispánica. En esta obra debemos todos unir nuestro esfuerzo, para que la comunidad de los pueblos hispánicos haga, de los vastos territorios que domina, la patria de la justicia universal a que aspira la humanidad.

La América española y su originalidad *

Al hablar de la participación de la América española en la cultura intelectual del Occidente es necesario partir de hechos geográficos, sociales y políticos.

Desde luego la situación geográfica: la América española está a gran distancia de Europa: a distancia mayor sólo se hallan, dentro de la civilización occidental, los dominios ingleses de Australia y Nueva Zelandia.

Las naciones de nuestra América, aun las superiores en población y territorio, no alcanzan todavía importancia política y económica suficiente para que el mundo se pregunte cuál es el espíritu que las anima, cuál es su personalidad real. Si a Europa le interesaron los Estados Unidos desde su origen como fenómeno político singular, como ensayo de democracia moderna, no le interesó su vida intelectual hasta mediados del siglo XIX; es entonces cuando Baudelaire descubre a Poe. [1]

Finalmente, mientras los Estados Unidos fundaron su

* *Europa-América Latina,* Bs. As., 1937, págs. 183-87. Comunicacación de P.H.U. a la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, desarrollada en Bs. As., del 11 al 16 de septiembre de 1936.

[1] En Inglaterra se leía a escritores de los Estados Unidos desde antes; la comunidad del idioma lo explica, como explica que en España se hayan conocido siempre unos cuantos escritores de nuestra América. Pero ningún escritor norteamericano ejerció influencia sobre los ingleses hasta que Henry James se trasladó a vivir entre ellos; fuera de las vagas conexiones entre Poe y los prerafaelistas, hasta el siglo XX no se encontrará en Inglaterra influjo de escritores norteamericanos residentes en los Estados Unidos.

civilización sobre bases de población europea, porque allí no hubo mezcla con la indígena, ni tenía importancia numérica dominante la de origen africano, en la América española la población indígena ha sido siempre muy numerosa, la más numerosa durante tres siglos; sólo en el siglo XIX comienza el predominio cuantitivo de la población de origen europeo. [2] Ninguna inferioridad del indígena ha sido estorbo a la difusión de la cultura de tipo occidental; sólo con grave ignorancia histórica se pretendería desdeñar al indio, creador de grandes civilizaciones, en nombre de la teoría de las diferencias de capacidad entre las razas humanas, teoría que por su falta de fundamento científico podríamos dejar desvanecerse como pueril supervivencia de las vanidades de tribu si no hubiera que combatirla como maligno pretexto de dominación. Baste recordar cómo Spengler, en 1930 tardío defensor de la derrotada mística de las razas, en 1918 contaba entre las grandes culturas de la historia, junto a la europea clásica y la europea moderna, junto a la china y la egipcia, la indígena de México y el Perú. No hay incapacidad; pero la conquista decapitó la cultura del indio, destruyendo sus formas superiores (ni siquiera se conservó el arte de leer y escribir los jeroglíficos aztecas), respetando sólo las formas populares y familiares. Como la población indígena, numerosa y diseminada en exceso, sólo en mínima porción pudo quedar íntegramente incorporada a la civilización de tipo europeo, nada llenó para el indio el lugar que ocupaban aquellas formas superiores de su cultura autóctona. [3]

[2] Consúltese el estudio de Angel Rosemblat, *El desarrollo de la población indígena de América*, publicado en la revista *Tierra Firme*, de Madrid, 1935, y reimpreso en volumen.

[3] Hay ejemplares eminentes, sin embargo, de indios puros con educación hispánica; así en México, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "el Tito Livio del Anáhuac"; Miguel Cabrera, el gran pintor del siglo XVIII, Benito Juárez, el austero defensor de las instituciones

El indígena que conserva su cultura arcaica produce extraordinaria variedad de cosas; en piedra, en barro, en madera, en frutos, en fibras, en lanas, en plumas. Y no sólo produce: crea. En los mercados humildes de México, de Guatemala, del Ecuador, del Perú, de Bolivia, pueden adquirirse a bajo precio obras maestras, equilibradas en su estructura, infalibles en la calidad y armonía de los colores. La creación indígena popular nace perfecta, porque brota del suelo fértil de la tradición y recibe aire vivificador del estímulo y la comprensión de todos, como en la Grecia antigua o en la Europa medieval.

En la zona de cultura europea de la América española falta riqueza de suelo y ambiente como la que nutre las creaciones arcaicas del indígena. Nuestra América se expresará plenamente en formas modernas cuando haya entre nosotros densidad de cultura moderna. Y cuando hayamos acertado a conservar la memoria de los esfuerzos del pasado, dándole solidez de tradición. [4]

democráticas; Ignacio Manuel Altamirano, novelista, poeta, maestro, de generaciones.

Los tipos étnicamente mezclados si forman parte, desde el principio, de los núcleos de cultura europea. Están representados en nuestra vida literaria y artística, sin interrupciones, desde el Inca Garcilaso, en el siglo XVI, hasta Rubén Darío, en nuestra época.

[4] De hombres y mujeres de América trasplantadas a Europa son ejemplos la Condesa de Merlin, la escritora cubana que presidió uno de los "salones célebres" de París; Flora Tristán, la revolucionaria peruana; Théodore Chassériau, el pintor, nacido en Santo Domingo bajo el gobierno de España; José María de Heredia; Jules Laforgue; el Conde de Lautréamont; William Henry Hudson; Teresa Carreño; Reynaldo Hahn; Jules Supervielle.

Caso aparte, los trasplantados a España: como entre España y la población hispanizada de América sólo hay diferencias de matiz, el americano en España es muchas veces plenamente americano y plenamente español, sin conflicto interno ni externo. Así fueron Juan Ruíz de Alarcón, Pablo de Olavide, Manuel Eduardo de Gorostiza, Gertrudiz Gómez de Avellaneda, Rafael María Baralt, Francisco A. de Icaza.

Venciendo la pobreza de los apoyos que da el medio, dominando el desaliento de la soledad, creándose ocios fugaces de contemplación dentro de nuestra vida de cargas y azares, nuestro esfuerzo ha alcanzado expresión en obras significativas: cuando se las conozca universalmente, porque haya ascendido la función de la América española en el mundo, se las contará como obras esenciales.

Ante todo, el maravilloso florecimiento de las artes plásticas en la época colonial, y particularmente de la arquitectura, que después de iniciarse en construcciones de tipo ojival bajo la dirección de maestros europeos adoptó sucesivamente todas las formas modernas y desarrolló caracteres propios, hasta culminar en grandes obras de estilo barroco. De las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo, dice Sacheverell Sitwell, el poeta arquitecto, cuatro están en México: el Sagrario Metropolitano, el templo conventual de Tepozotlán, la iglesia parroquial de Tasco, Santa Rosa de Querétaro. El barroco de América difiere del barroco de España en su sentido de la estructura, cuyas líneas fundamentales persisten dominadoras bajo la profusión ornamental: compárese el Sagrario de México con el Transparente de la Catedral de Toledo. Y el barroco de América no se limitó a su propio territorio nativo: en el siglo XVIII refluyó sobre España.

Ahora encontramos otro movimiento artístico que se desborda de nuestros límites territoriales: la restauración de la pintura mural, con los mexicanos Rivera y Orozco, acompañada de extensa producción de pintura al óleo, en que participan de modo sorprendente los niños. La fe religiosa dió aliento de vida perdurable a las artes coloniales: la fe en el bien social se lo da a este arte nuevo de México. Entretanto, la abundancia de pintura y escultura en el Río de la Plata está anunciando la madurez que ha de seguir a la inquietud; se definen personalida-

des y — signo interesante — entre las mujeres tanto como entre los hombres.

En la música y la danza se conoce el hecho, pero no su historia. América recibe los cantares y los bailes de España pero los trasforma, los convierte en cosa nueva, en cosa suya. ¿Cuándo? ¿Cómo? Se perdieron los eslabones. Sólo sabemos que desde fines del siglo XVI, como ahora en el XX, iban danzas de América a España: el cachupino, la gayumba, el retambo, el zambapalo, el zarandillo, la chacona, que se alza en forma clásica en Bach y en Rameau. Así modernamente, la habanera en Bizet, en Gade, en Ravel.

En las letras, desde el siglo XVI hay una corriente de creación auténtica dentro de la producción copiosa: en el Inca Garcilaso, gran pintor de la tierra del Perú y de su civilización, que los escépticos creyeron invención novelesca, narrador gravemente patético de la conquista y de las discordias entre los conquistadores, en Juan Ruiz de de Alarcón, el eticista del teatro español, disidente fundador de la comedia moral en medio del lozano mundo de pura poesía dramática de Lope de Vega y Tirso de Molina (Francia lo conoce bien a través de Corneille); en Bernardo de Valbuena, poeta de luz y de pompa, que a los tipos de literatura barroca de nuestro idioma añade uno nuevo y deslumbrante, el barroco de América, [5] Sor Juana Inés de la Cruz, alma indomable, insaciable en el saber y en la virtud activa, cuya calidad extraña se nos revela en unos cuantos rasgos de poesía y en su carta autobiográfica.

Todavía procede de los tiempos coloniales, inaugurando los nuevos, Andrés Bello, espíritu filosófico que renovó cuanto tocó, desde la gramática del idioma, en él por primera vez autónoma, hasta la historia de la epopeya y el romance en Castilla, donde dejó "aquella marca

[5] Valbuena no nació en América, como se ha creído, pero vino en la infancia.

de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe", según opinión de Menéndez Pelayo, y a la vez poeta que inicia, con nuestro Heredia hispánico, la conquista de nuestro paisaje. [6]

Después, a lo largo de los últimos cien años, altas figuras sobre la pirámide de una multitud de escritores, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó, Darío.

Desde el momento de la independencia política, la América española aspira a la independencia espiritual, enuncia, y repite el programa de generación en generación, desde Bello hasta la vanguardia de hoy. La larga época romántica, opulenta de esperanzas, realizó pocas: quedan el "*Facundo*", honda visión de nuestro drama político, los "*Recuerdos de provincia*", reconstrucción del pasado que se desvanece, los "*Viajes*" de Sarmiento, genial en todo, la poesía de asuntos criollos, desde los cuadros geórgicos de Gutiérrez González hasta las gestas ásperamente vigorosas de "*Martín Fierro*", las miniaturas coloniales de Ricardo Palma; páginas magníficas de Montalvo, de Hostos, de Varona, de Sierra, donde se pelea el duelo entre el pensamiento y la vida de América. La época de Martí y de Darío es rica en perfecciones, señaladamente en poesía, con Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othon, Nervo, Urbina, Casal, Silva, Deligne, Valencia, Chocano, Jaimes Freire, Magallanes Moure, Lugones, Herrera y Reissig.

La época nueva, el momento presente, se carga de interrogaciones sociales, se arroja al mar de todos nuestros problemas.

[6] Estos apuntes sólo se refieren a artes y letras, pero el nombre de Bello evoca el de dos filólogos excepcionales: Rufino José Cuervo, maestro único en el dominio sobre la historia de nuestro léxico; y Manuel Orozco y Berra, que desde 1857 clasificó las lenguas indígenas de México, cuando todavía pocos investigadores se aventuraban a seguir los pasos de Bopp.

VIDA ESPIRITUAL EN HISPANOAMÉRICA *

El cuadro que presentaré se aplica a las formas políticas, artísticas y literarias, así como a las del pensamiento científico y filosófico. Siendo el tema tan vasto trataré de ser lo más breve posible.

Desde el punto de vista de las formas políticas, comenzaré por decir que, en el momento de la Independencia de América española, cuando nos decidimos a abolir la organización política de tipo español, carecíamos, naturalmente, de formas políticas propias para substituirlas. Fué menester improvisarlas y entonces se pidieron a Francia y, a través de Francia, a Inglaterra y a los Estados Unidos Es decir que la influencia de la Revolución francesa es la que hemos experimentado más intensamente en la hora de nuestra independencia. Repetiré las palabras ya citadas por el señor Estelrich, pertenecientes al escritor mexicano Antonio Caso, quien decía que tres movimientos europeos habían ejercido una decisiva influencia sobre la América Latina: el Descubrimiento, el Renacimiento y la Revolución francesa. Todos tres son movimientos de pueblos latinos. En los comienzos no existió influencia inglesa directa: ella nos llegó a través del pensamiento francés del siglo XVIII. En el momento de la independencia de los Estados Unidos no se estudiaba inglés entre nosotros. Después de nuestras luchas por la independencia (1808-1825), la influencia de los Estados Uni-

* *Europa-América Latina*, Bs. As., 1937, págs. 31a 41. Exposición oral de P.H.U. El título ha sido puesto por nosotros. (N. del C.).

dos ha sido más directa, pero la francesa continúa siendo la más fuerte. Hemos adoptado el sistema democrático republicano. La organización federal, a la manera de los Estados Unidos, sólo ha sido adoptada por México, Venezuela, Colombia y la Argentina; cuatro países en un total de dieciocho. Con la Independencia, fué abolida la esclavitud en la mayor parte de nuestros países de lengua española, mucho antes de que lo fuera en los Estados Unidos (1861). No persistió más que en el Brasil, país de lengua portuguesa, donde es preciso señalar que la monarquía duró hasta el año 1889. Al tomar la forma republicana, el Brasil también adoptó la organización federal. En México hubo dos tentativas monárquicas, pero sin éxito.

Existe, empero, una reminiscencia española en nuestro movimiento de independencia. Cuando la monarquía española abdicó ante Napoleón (1808), debimos buscar una base de soberanía y volvimos entonces a la antigua idea española del pueblo representado por los cabildos. Fué así como se produjo una mezcla de la nueva democracia francesa y del antiguo régimen representativo español. Después de la Independencia se presentó el problema de la realidad; y ésta era que los pueblos de América española, no teniendo costumbre de ejercer sus derechos políticos, oscilaban entre la anarquía y la tiranía. Un fenómeno muy curioso surgió en este momento: el "caudillo", jefe que se impone y que adquiere un poder político; el mismo fenómeno, como lo ha indicado Estelrich, se produjo en España, donde el "caudillo" de provincias tomó el nombre de "cacique". Y resulta simbólico que el nombre de "cacique" sea de origen americano: el *cacique* era el jefe de tribu indígena de las Antillas. Es interesante comprobar, en un sentido más restringido, que los "caudillos" de la Argentina eran siempre jefes de provincia; por esta razón fué muy difícil, en la época de la famosa lucha entre los federales y los unitarios, conven-

cer a los pueblos y las provincias para que constituyeran una nación unida. La palabra federalismo no significaba que se quisiera instituir una nación federal: se quería mantener un grupo de provincias sin ninguna unión orgánica, y sólo con una representación común ante el extranjero.

No hemos llegado a dar una forma legal a la existencia del "caudillo". Siempre hemos tenido la esperanza de que el "caudillo" desaparecería; pero no ha desaparecido completamente de todos los países. Las formas políticas, en parte, se han modificado, adaptándose a la realidad, y la realidad también se ha modificado adaptándose al ideal de las constituciones y de otras leyes. La ley, que se ha tachado de artificial, entre nosotros ha sido profética y creadora.

En nuestros días, el problema político se ha planteado de nuevo con urgencia. En el momento de la Independencia, habíamos abolido la esclavitud de la raza negra, aunque subsistía siempre el problema del indio. El Indio no era esclavo, pero tampoco era verdaderamente libre. La abolición de la *encomienda* colonial, que lo había convertido en siervo bajo el pretexto de protegerlo y educarlo, no lo había liberado realmente. Se había convertido en una especie muy rara de proletario. No fué sino en el siglo XX cuando se supo encarar el problema del Indígena. Se vió entonces que las fórmulas socialistas europeas poco tenían que ver con el problema del Indígena americano. El Indígena no es el proletario del industrialismo. El Indígena vive sobre todo en los países que no han sido industrializados o que sólo lo han sido en una medida muy limitada, como México, de manera que las soluciones adoptadas a su respecto no podían ser francamente socialistas. La primera medida tomada fué la devolución de la tierra a los Indígenas. Esto formaba parte de la lucha contra las grandes propiedades, contra los *latifundios* (empleamos con frecuencia esta palabra

latina). Pero no era aquella una solución verdaderamente socialista Se recurrió a otro sistema, el *ejido*. En España, el ejido era la propiedad rural común de las aldeas. En México, en las aldeas y el campo, se ha retornado a esta propiedad comunal para una parte de los campesinos. Se han adoptado disposiciones muy avanzadas para la regeneración del Indígena y, en general, para la protección del trabajador. En los otros países de América española donde también se presenta el problema del Indígena, como en el Perú y en el Ecuador, por ejemplo, se buscan con empeño soluciones satisfactorias.

Paso, ahora, a otro asunto: el arte. En la época colonial hubo gran actividad en la edificación pública y religiosa. Como lo ha dicho Sacheverell Sitwell, el escritor y arquitecto ingés, más de nueve mil iglesias de México tienen valor desde el punto de vista artístico. Nuestros orígenes arqutectónicos son muy curiosos: existen formas medievales al mismo tiempo que modernas. Las primeras iglesias construídas en América son de estilo gótico en la estructun, por ejemplo, las iglesias de Santo Domingo, mi ciudad natal, pero las fachadas son generalmente de estilo Renacimiento. Después del Renacimiento, el movimiento arquitectónico español evolucionó rápidamente y terminó por fin en el estilo barroco que, en América, en el sigo XVII, toma nuevas formas. Sólo indicaré que el carácter principal del estilo barroco de América española es la firmeza y la claridad de sus líneas fundamentales, lo que no siempre se halla en el estilo barroco de España. En México y en el Perú, por ejemplo, se encuentra la claridad de líneas a pesar de la profusión ornamental. En el Brasil existe también una arquitectura barroca de gran valor, bastante distinta, según creo, del barroco de Portugal. Movimientos muy interesantes ha habido también en la pintura y en la escultura. Pero todo esto cambia en el siglo XIX, porque la vida y la política se tornan inestables en aquellos momentos. Por eso son po-

cas las construcciones. La pintura, por su parte, ya no tiene la demanda del arte religioso; se limita a una forma familiar: el retrato. Hacia fines del siglo XIX, en el momento de la nueva prosperidad, muy evidente en la Argentina, en Chile, en el Uruguay, en México, en Venezuela y aun en Cuba que fué una colonia española hasta 1898, se ve aparecer el arte desinteresado, pero como un arte desarraigado. Esto es muy característico. Si consideramos el movimiento impresionista en la pintura americana, vemos que no interesa al público; sólo interesa a un reducido núcleo de iniciados. Pero en el siglo XX, la pintura reasume su papel social. El nuevo movimiento comienza en México, cuando un escritor y político bien conocido, el señor Vasconcelos, es nombrado Ministro de Instrucción Pública, y otro escritor y político, el señor Lombardo Toledano, asume la dirección de la Escuela Preparatoria de la Universidad. En ese momento se decide decorar la Escuela, viejo edificio colonial. En consecuencia, se desarrolla la pintura mural; luego se decoran muchos otros edificios públicos, y hasta el Palacio Nacional, el antiguo palacio colonial de los virreyes. Este movimiento se propaga a los Estados Unidos desde donde llaman a los pintores mexicanos Rivera, Orozco, Alfaro Siqueiros y otros. Actualmente el movimiento de la pintura mural de América española es conocido en el mundo entero. Europa misma ha llamado a Rivera.

La actividad artística en América es muy grande. No carece de interés el señalar que con frecuencia se buscan los temas indígenas. Tendríamos mucho que decir sobre este particular, pero paso a la música.

Se señala, en este dominio, un hecho digno de observación. América ha recibido de España canciones y danzas, pero inmediatamente, en el siglo XVI, aparecieron entre nosotros nuevas danzas y nuevas canciones que fueron modificaciones de los tipos españoles y algunas veces, quizá, de tipos indígenas y hasta, en ciertos casos, afri-

canos. Y estas nuevas danzas, estas nuevas canciones, a nuestra vez, volvimos a enviarlas a Europa. Frecuentemente encontramos en la literatura y en la música españolas de los siglos XVI y XVII, danzas de América, como por ejemplo: el *retambo*, el *zambapalo*, la *gayunba*, el *cachupino*, el *zarandillo*, la *chacona*; esta última se convirtió en una forma clásica en Europa, como es sabido. La adaptación de las nuevas danzas de América por Europa no es, pues, un hecho reciente, característico de la época del tango, de la machicha y de la rumba: por el contrario, se remonta a tiempos muy lejanos.

Ignoramos de qué manera se produjo la americanización de las danzas europeas. Estamos poco infomados sobre el particular, al menos en lo referente al período colonial. Más tarde, la historia de la *habanera* es mejor conocida. Muchas veces se han dicho cosas vagas y hasta falsas sobre la *habanera*; su evolución, empero, fué claramente trazada por el señor Eduardo Sánchez de Fuentes. Hacia fines del siglo XVIII, la *contradanza* europea llegó a Cuba e inmediatamente se comenzó a conponer *contradanzas*; más tarde se las denominó sencillamente *danzas* o *danzas habaneras*; poco a poco, cambiaron de forma, adquiriendo caracteres tropicales. La *danza* o *habanera* ha sido durante más de cincuenta años el baile característico de las Antillas. Es una danza de origen europeo con matices criollos, pero ha continuado siendo una danza de las clases cultas: no es un baile popular. Sánchez de Fuentes establece una diferencia muy reta entre la danza que, procedente de Europa, adopta un carácter criollo, y las danzas como la *rumba*, que son bailes de negros y nada tienen que ver con la *habanera*, o el *danzón* que de ella procede.

La música culta no es muy rica en América, si bien se la ha cultivado desde el siglo XVI. Se debe citar a los músicos brasileños Carlos Gómez y Héctor Villalobos como los más importantes. Hasta aquí sólo he habado de

la América de lengua española porque es la que mejor conozco. Pero, en el dominio musical, es incuestionable que el Brasil ha dado los mejores compositores.

En cuanto a la literatura, desde la época colonial ha sido muy abundante en la América Latina. En aquella época se escribían muchos versos, mucha literatura religiosa y mucha historia; se componían también obras teatrales, y en ciudades como México y Lima, tenía el arte dramático un puesto importante. El teatro fué en los comienzos un medio de propaganda religiosa y ciertas formas de representaciones sagradas persisten aún en el presente, particularmente en México y en la América Central. Los dramas religiosos fueron frecuentemente escritos en lenguas indígenas.

No hay novela en la época colonial. Los reyes de España habían promulgado leyes que prohibían a los habitantes de las colonias americanas la lectura de novelas, con el prejuicio de que eran contrarias a las buenas costumbres. Los habitantes de las colonias las leían, sin embargo, porque las novelas de España pasaban fácilmente de contrabando; pero no se las hubiera podido imprimir en América sin correr grandes riesgos. No fué sino después de la Constitución de Cádiz (1812) cuando se comenzó a imprimir novelas en América española. Después de la Independencia, la novela se desarrolló poco a poco. En cuanto al teatro, no adquirió nuevo impulso sino cuando una compañía de circo montó en la Argentina algunas pantomimas que llamaron la atención del público (1885). Un teatro nacional se constituyó gradualmente. En América, en la poesía y en la prosa, hemos conquistado paulatinamente los asuntos americanos, los del paisaje y los del hombre, tanto del indio como del criollo (que entre nosotros quiere decir descendiente del español nacido en América). Durante el siglo XIX, y aún en los comienzos del XX, se produjo un fenómeno característico. Muchos entre nuestros escritores, fueron políti-

cos. Algunos llegaron a presidentes de la República, como Mitre, Sarmiento y Avellaneda, en la Argentina; Manuel Gondra, en el Paraguay; Saavedra, en Bolivia; Juan José Flores Vicente Rocafuerte, García Moreno, Luis Cordero, Antonio Flores, Baquerizo Moreno y Velasco Ibarra en el Ecuador; Gil Fortoul, en Venezuela; José Cecilio del Valle y Marco Aurelio Soto, en la América Central; Espaillat, Meriño, Billini, Francisco Henríquez y Carvajal, en Santo Domingo; Alfredo Zayas, en Cuba; y el grupo más numeroso, Julio Arboleda, Tomás Cipriano de Mosquera, Santiago Pérez, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez, José Vicente Concha, Miguel Abadía Méndez y Pedro Nel Ospina, en Colombia, verdadera república de profesores y escritores.

Fué en las postrimerías del siglo XIX cuando los escritores que no son políticos comenzaron a constituir mayoría; tal el caso de Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Casal, Silva, los Deligne.

Actualmente, los escritores están divididos en tres categorías: los que se dedican a la literatura pura, los que cultivan la literatura social y los que practican las literaturas que yo llamaría de indagación interior. Hace diez años se produjo un hecho característico en la República Argentina: en aquellos momentos se veían en Buenos Aires dos grupos de jóvenes escritores, uno de los cuales representaba la "literatura de la calle Florida", o literatura pura, y el otro "la literatura de la calle Boedo" (calle de pequeños burgueses y de obreros) o literatura de tendencias socialistas. La literatura pura ha agrupado especialmente a los poetas de "vanguardia". Después de habérsele dado diversas asignaciones como "ultraísmo" o "creacionismo", se ha acabado por designarle el rótulo más general y no muy comprometedor de "literatura de vanguardia". La literatura social en la América española ha tomado diversos aspectos; en primer lugar, tenemos

la literatura *autóctona*, que se ocupa de los indígenas y de los criollos; luego vino la literatura de interpretación de la vida moderna, encarando el problema obrero, por ejemplo, o el de la política en sus relaciones con la vida general, o el papel de la mujer moderna. Sobre este último aspecto se pueden citar los recientes trabajos de la señora Victoria Ocampo. Habría que señalar también la literatura que se dedica, no a la exposición de problemas concretos en la novela o en el teatro, sino a guiar y dirigir inspirándose en grandes principios ideales. Es la literatura apostólica o profética, de la que ha hablado el señor Keyserling en su comunicación; ella siempre ha existido en América.

Finalmente tenemos el tercer tipo de literatura, que prefiere el problema de la orientación de la vida del individuo sobre el plano espiritual. Entre los escritores de esta tendencia citaré al señor Eduardo Mallea, el escritor argentino al cual habéis tenido oportunidad de conocer en el Congreso de los P.E.N. Clubs.

Me queda por decir una palabra sobre el movimiento científico y filosófico. De una manera general, el movimiento científico en la época colonial y durante una buena parte del siglo XIX se ha referido casi exclusivamente a las ciencias de observación, ocupándose muy poco de teorías. Sólo excepcionalmente, en este período, hemos tenido teóricos de las ciencias, como Caldas, el gran sabio colonial de finales del siglo XVIII y de comienzos del XIX, que escribió ensayos notables, entre otros: *De la influencia del clima sobre los seres organizados*. Pero a partir del siglo XX las ciencias teóricas comienzan a desarrollarse, particularmente en la Argentina y México.

En el dominio de la filosofía, primeramente, hemos adoptado las doctrinas en vigor en España, de un carácter ante todo escolástico. En el siglo XVIII se hizo sentir entre nosotros la influencia del racionalismo francés e inglés. En el XIX nos enrolamos en el romanticismo, y

luego en el positivismo. Actualmente, el pensamiento filosófico en América, es libre: todas las tendencias están representadas. El rasgo más saliente de nuestro movimiento filosófico es que se inclina no sólo a la investigación teórica sino a la especulación moral. Si buscamos en el pasado los nombres de nuestros principales filósofos, vemos que son esencialmente apostólicos; así Hostos, de Puerto Rico, y José de la Luz Caballero, de Cuba, cuya disciplina instituye una especie de fraternidad de carácter ético. Actualmente, tenemos pensadores originales, como por ejemplo José Vasconcelos con su teoría del acto desinteresado; Antonio Caso con la de la vida como economía, como desinterés y como caridad; Alejandro Korn, el filósofo argentino, con la de la libertad creadora; Carlos Vaz Ferreira, el pensador uruguayo, con la de la lógica viva. Habría otros nombres para citar; pero es preciso que me detenga en esta exposición quizá un tanto prolongada.

PASADO Y PRESENTE *

Cuando Sarmiento se propuso observar de cerca la vida española como clave para comprender los problemas de su Argentina, se adelantó, como siempre, a su tiempo. Para transformar el país, quiso primero explicarse su peculiar configuración cultural. Dijo, en *Facundo,* la parte que se debía al suelo, deshabitado y fértil, y a las maneras de vida que el suelo favoreció. Ahora España había de darle las razones históricas, los fundamentos del tranquilo pasado colonial donde se engendró la inquieta nación independiente. De paso, entre muchas cosas singulares, observó allí signos de "falta de cohesión en el Estado", imperfecciones de estructura: la España invertebrada.

En toda América, en tiempos de Sarmiento, queríamos olvidar, borrar el pasado colonial. Creíamos que bastaba, para consumar la disolución, el rito mágico de los aniversarios patrióticos. Afortunadamente, no pensaron así los grandes historiadores, López, Mitre, Guitiérrez, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Orozco y Berra García Icazbalceta, y en su trabajo se apoya el de los modernos colonialistas, con incalculable variedad de ramificaciones: la conquista, la colonización, la evangelización, las instituciones políticas y sociales, con sus amplios fundamentos de doctrina, la organización económica, las costumbres familiares, las fiestas, la enseñanza, la imprenta, las letras, las artes mayores y menores; hasta el teatro y la música nos deparan sorpresas.

---

* *La Nación,* Bs. As., 25 de febrero de 1945.

La cultura colonial, descubrimos ahora, no fué mero trasplante de Europa, como ingenuamente se suponía, sino en gran parte obra de fusión, fusión de cosas europeas y cosas indígenas. De eso se ha hablado, y no poco, a propósito de la arquitectura: de cómo la mano y el espíritu del obrero indio modificaban los ornamentos y hasta la composición. No hace mucho, José Moreno Villa, el origina y acre poeta español, que es juntamente crítico de las artes muy perspicaz, ha descrito procesos semejantes en la escultura, y hasta ha buscado para sus formas mixtas el nombre de *tequitqui*, que equivaldría en la vida mexicana al término *mudéjar* con que se designa al arte de los musulmanes que vivían en tierra de cristianos.[1]

La fusión no abarca sólo las artes: es ubicua. En lo importante y ostensible se impuso el modelo de Europa; en lo doméstico y cotidiano se conservaron muchas tradiciones auóctonas. Eso, desde luego, en zonas donde la población europea se asentó sobre amplio sustrato indio, no en lugares como el litoral argentino, donde era escaso, y donde además las olas y avenidas de la inmigración a la larga diluyeron aquella escasez. Las grandes civilizaciones de México y del Perú fueron decapitadas; la conquista hizo desaparecer sus formas superiores: religión, astronomía, artes plásticas, poesía, escritura, enseñanza. De esas civilizaciones persistió sólo la parte casera y menuda; de las culturas rudimentarias, en cambio, persistió la mayor parte de las formas.

Así, en las ciudades, mientras se construían casas, palacios, foralezas, templos, a estilo de los países del Mediterráneo, se mantenía la choza nativa: el *bohío* de las Antillas, el *jacal* de México, el *rancho* de la América del Sur. En Cuba se ha dicho al hacer la historia de la arquitec-

---

[1] José Moreno Villa, *La escultura colonial mexicana*, México. 1942.

tura local, el siglo XVI fué el siglo del bohío. En unos bohíos, antes de que se edificara su convento de estilo isabelino, vivían los padres predicadores en la ciudad de Santo Domingo cuando en 1510 inician la campaña en defensa de los indios. Fray Alonso de Cabrera, el predicador que tuvo imaginación de novelista, hablando en la corte de Madrid decía que Jesús había nacido "en un «bohío»": la palabra la llevó de Hispaniola, donde se dice que había pronunciado sus primeros sermones. Y el rancho, el bohío, el jacal, existen todavía, si no en las ciudades, sí en los pueblos pequeños y en los campos.

La alimentación campesina mantiene la base aborigen, por lo menos en cuanto a vegetales, con escasas adiciones de origen europeo, en no pocos países: hasta en donde no sobrevive ya el indio puro, como sucede en las Antillas. En México predominan el maíz, los frijoles o porotos, el chile o ají, el cacao y el maguey, con la adición extranjera del arroz y el café. "Patria, tu superficie es el maíz", dice el poeta mexicano López Velarde. En el Perú predominan el maíz, la papa, el ulluco y la yuca o mandioca. En el Brasil, la yuca y el maíz: "aún ahora, dice Gilberto Freyre en su jugoso libro *Casa grande e senzala*, la mandioca es el alimento fundamental del brasileño, y la técnica de su elaboración permanece, para la mayor parte de los habitantes, casi idéntica a la de los indígenas".

Los tejidos y la alfarería de los indios atraviesan todo el período colonial y llegan hasta nosotros, con alteraciones sólo superficiales. Pero su empleo está limitado a los humildes. En conjunto, las supervivencias indígenas se mantienen en los campos y los pueblos, mientras las adquisiciones europeas dominan en las ciudades. Tema de Sarmiento, la oposición de ciudad y campo, que en la Argentina del litoral se ha desvanecido ya: "parecen dos sociedades distintas", decía.

No todo es fusión, desde luego, en la América española, ni la fusión es siempre completa: quedan gruesos núcleos

indios a quienes no ha alcanzado, o apenas, la cultura europea, y viven de supervivencias. No son casos graves, como antes creíamos: esas supervivencias —así, las que describe Robert Redfield en su libro sobre *Tepoztlán*— salvan de la fábrica o de la mina, o de la plantación, al nativo, mientras llega la ocasión de incorporarlo eficazmente, sin desmedro suyo a la cultura de tipo europeo. Grave caso, sí, el del indígena, o el del mestizo, que de la cultura europea no ha adquirido sino el idioma y si acaso la exigua vestimenta, pero que ha caído en la situación de proletario, desconocida para la economía anterior a la conquista, tanto en las tribus de vida rudimentaria como en los "imperios" cuya minuciosa organización evitaba la indigencia. El problema de la América española es todavía su integración social.

De tales temas, en perspectiva histórica, trata el reciente libro de Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia;* [2] es uno de los primeros intentos de síntesis de las nuevas maneras de considerar los tres siglos coloniales, y está sustentado en vastísimas lecturas y nutrido en viajes. [3] Comienza describiendo "el legado indio", no el pasado indio como cosa muerta, según se le habría descrito treinta años atrás. Procede luego a estudiar las "primeras formas de trasculturación" o de fusión, con los primeros asientos de población europea: "de la edad del bejuco a la edad del cerrojo", como dice Germán Arciniegas comentando el proceso en su *Amé-*

[2] Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia: Tres siglos de historia cultural hispanoamericana,* México, 1944.

[3] En mis conferencia de Harvard, •• 1940-41, hice otro intento semejante de síntesis, pero con mucha menor extensión que PICÓN SALAS. Sólo disiento de él en matices: por ejemplo, en el capítulo *La sociedad del siglo XVII.*

•• *Literary Currents in Hispanic América,* Cambridge, 1945, Versión española. Fondo de Cultura Económica, México, 1947. (N. del C.).

rica tierra firme. Señala la aparición de expresiones propias de América en el siglo XVII, principalmente en formas barrocas: aun sin necesidad de influencia indígena, las ideas y las cosas de Europa se trasformaban en la tierra nueva, como es natural. José Ortega y Gasset ha dicho que el español se transformó en América, pero no con el tiempo, sino en seguida: en cuanto llegó y se estableció aquí. Por fin, la renovación espiritual del siglo XVIII está representada, en el libro de Picón Salas, por el "humanismo jesuítico", en el cual descubre asombrosos anticipos de la fermentación revolucionaria que, nutrida por "la ilustración", había de producir la independencia. El humanismo jesuítico le sirve como símbolo de corrientes vastas y complejas: no eran sólo jesuíticas, porque en ellas participaban miembros de órdenes religiosas diversas, y miembros del clero secular, y, desde luego, gran número de laicos (el siglo XVIII es ya, en gran parte, laico, en oposición con el XVII); no eran sólo humanismo, no sólo cultura literaria e histórica, porque la curiosidad intelectual se extendía a todo. Junto con la arquitectura, que produjo entonces "cuatro de las ocho obras maestras del estilo barroco en el mundo" (y es lástima que Picón Salas no dedique mayor espacio al arte constructivo), el sumo honor de nuestro siglo XVIII está en la pasión del trabajo científico, que durante el siglo XIX no supimos mantener, en matemáticas, astronomía, física, química, zoología, botánica, y el empeño de innovación filosófica, el largo duelo entre Aristóteles y Descartes que se pelea en nuestras universidades y en no pocos seminarios y colegios. Junto a la historia, Picón Salas trae la referencia útil al momento presente: así, cuando describe la tentativa pedagógica presente: así, cuando describe la tentativa pedagógica de misioneros como Vasco de Quiroga, Pedro de Gante o Bernardino de Sahagún, que "tratan de llegar al alma de la masa indígena por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, me-

jorarlo las propias industrias y oficios de os naturales, ahondando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal": pensamiento que "tiene todavía validez en la vida criolla de los presentes días".

Oportuno y ejemplar es el esfuerzo del distinguido escrito venezolano. Mucho queda, y quedará siempre, por investigar, pero con los materiales ya reunidos es posible emprender obras de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar — larga espera, y vana — a que esté completo el repetorio de los datos. Y tanto más ejemplar y oportuno cuando el autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el presente, si sabemos leer.

La revolución y la cultura en México *

Hay en la historia de México, desde su independencia, dos grandes movimientos de transformación social: la Reforma, inspirada en la orientación liberal, que se extiende de 1855 a 1867, y el que todos llaman la Revolución, el cual empieza en 1910 y se consolida hacia 1920.

La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual como sobre todos los órdenes de actividad, en aquel país. Raras veces se ha ensayado determinar las múltiples vías que ha invadido aquella influencia: pero todos convienen, cuando menos, en la nueva fe que es el carácter fundamental del movimiento: la fe en la educación popular; la creencia de que *toda* la población del país debe ir a la escuela, aun cuando este ideal no se realice en pocos años, ni siquiera en una generación.

Esta creencia significa una actitud nueva ante el problema de la educación pública. No que la *teoría* de la educación popular fuese desconocida antes: al contrario; tan pronto como México comenzó a salir, hace más de cien años, del *medioevalismo* de la época colonial, entró en circulación la teoría de la educación popular como base fundamental para una democracia.

Fernández de Lizardi, el célebre *Pensador Mexcano,* que murió en 1827, fué ardoroso campeón de la idea y hasta esperaba que la multitud de sus propias publicaciones, bajo la forma de novelas, dramas, folletos, revistas

* Revista de Filosofía, T. I, págs. 125 y sig.

y calendarios, estimularan en el pueblo el deseo de leer. Desde que la lucha de independencia terminó (en 1821), fué creciendo paulatinamente el número de escuelas públicas y privadas; todo hombre que podía permitírselo, asistía a la escuela; y hasta llegó a considerarse indispensable que las mujeres no fuesen iletradas (recuérdese que en la época colonial, hasta fines del siglo XVIII, muchos creían peligroso para las mujeres el aprender a leer y escribir).

Pero la educación popular, durante cien años, existió en México principalmente como teoría; en la práctica, la asistencia escolar estaba limitada a las minorías cuyos recursos económicos les permitían no trabajar desde la infancia; entre los pobres verdaderos, muy pocos cruzaban el vado de las primeras letras. Los devotos de la educación popular (hombres como Justo Sierra, que fué Secretario de Instrucción Pública hacia el final del Régimen de Porfirio Díaz) nunca lograron comunicar su fe al hombre de la calle: ¡ni siquiera al Gobierno!

Hay que recordar que hasta el comienzo del siglo XIX, la América latina, a pesar de sus imprentas, vivía bajo una organización medioeval de la sociedad y dentro de una idea medioeval de la cultura. Nada recordaba la Edad Media tanto como sus grandes Universidades (como la de Santo Domingo, la de México, la de Lima): allí el Latín era el idioma de las cátedras; la teología era la asignatura principal; el derecho era el romano o el eclesiástico, nunca el estatuto vivo del país; la medicina se enseñaba con textos árabes, y de cuando en cuando el regreso a Hipócrates significa una renovación. Saber leer y escribir era, como en la Europa de la Edad Media, habilidad estrictamente profesional, comparable a la de tallar madera o fabricar loza. Como observa Charles Péguy, los pueblos protestantes comenzaron a leer después de la Reforma, los pueblos católicos después de la Revolución Francesa. Así se puede comprender cómo hubieron de pasar cien

años para que una nación se diera cuenta de que la educación popular no es un sueño utópico sino una necesidad real y urgente. Esto es lo que México ha descubierto durante los últimos quince años, como resultado de las insistentes demandas de la Revolución. El programa de trabajo emprendido por Vasconcelos de 1920 a 1924, es la cristalización de estas aspiraciones populares

El nuevo despertar intelectual de México, como de toda la América Latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de crítica, de discusión, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.

El preludio de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel período, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medioeval, si bien las ideas eran del siglo XIX, "muy siglo XIX". *Nuestra Weltanschauung* estaba predeterminada, no ya por la teología de Santo Tomás o de Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretado por Comte, Mill y Spencer; el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del "modelo clásico" había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los *deplorables* salones oficiales! En música, donde faltaba una tradición nacional fuera del canto popular, se creía que la salvación estaba en Leipzig.

Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo a que me

BIBLIOTE

afilié a poco de llegar de mi país a México, pensábamos de otro modo. Eramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaban todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto a la opresión política y económica, de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fué nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos la tendencia de todo arte *pompier;* nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente a las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaba en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.

Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. Toda la juventud pensaba como nosotros. En 1909, antes de que cayera el gobierno de Díaz, Antonio Caso fué llamado a una cátedra de la que hoy es Universidad Nacional, y su

entrada allí significó el principio del fin. Cuando Madero llegó al poder, en 1911, los principales representantes del antiguo pensamiento oficial —que eran en su mayoría personajes políticos del *antiguo régimen*— se retiraron de la Universidad, y su influencia se desvaneció...

Desgraciadamente, eso no quería decir que al primer triunfo político de la Revolución (1911), modificara y adoptara orientaciones modernas el mundo universitario de México, ni menos la vida intelectual y artística del país en su conjunto. El proceso hubo de ser más lento. Las actividades de nuestro grupo no estaban ligadas (salvo la participación de uno que otro de sus miembros) a las de los grupos políticos; no había entrado en nuestros planes el de asaltar las posiciones directivas en la educación pública, para las cuales creíamos no tener edad suficiente (¡después los criterios han cambiado!) y sólo habíamos pensado hasta entonces en la renovación de las ideas. Habíamos roto una larga opresión, pero éramos pocos, y no podíamos sustituir a los viejos maestros en todos los campos... La Universidad se reorganizó como pudo, y de esta imperfección inicial no ha podido curarse todavía. Nuestra única conquista fundamental, en la vida universitaria de entonces, fué el estímulo que dió Antonio Caso a la libertad filosófica.

Poco después, afortunadamente, tuvimos ocasión de dar nuevo impulso a la actividad universitaria. La Universidad no gozaba del favor político, y carecía de medios para organizar los estudios de ciencias puras y de humanidades. En 1913, el doctor Chávez, hombre del *antiguo régimen*, que ha vivido en esfuerzo continuado de adaptación a tendencias nuevas, se echó a buscar el concurso de hombres avanzados, dispuestos a trabajar gratuitamente en la organización de la Escuela de Altos Estudios: la mayoría de los profesores la dió entonces nuestro grupo, y así nacieron, con éxito resonante, los cursos de humanidades y de ciencias. Nuestro grupo, además, consti-

tuído en Ateneo desde 1909, había fundado en 1911, la Universidad Popular Mexicana, en cuyos estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los gobiernos: esta institución duró diez años, atravesando ilesa las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su rector, Alfonso Pruneda, y contó con públicos muy variados: entre los obreros difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público nacieron libros importantes, de Caso y de Mariscal, entre otros.

Entre tanto, la agitación política que había comenzado en 1910, no cesaba, sino que se acrecentaba de día en día, hasta culminar en los años terribles de 1913 a 1916, años que hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina. Mientras la guerra asolaba el país, y hasta los hombres de los grupos intelectuales se convertían en soldados, los esfuerzos de renovación espiritual, aunque desorganizados, seguían adelante. Los frutos de nuestra revolución filosófica, literatria y artística iban cuajando gradualmente. Faltaba sólo renovar, en el mundo universitario, la ideología jurídica y económica, en consonancia con la renovación que en estos órdenes precisamente traía la Revolución. Hacia 1920 se hace franco el cambio de orientación en la enseñanza de la sociología, la economía política y el derecho. Esta transformación se debe a hombres todavía más jóvenes que nosotros, hombres que apenas alcanzan ahora los treinta años: Manuel Gómez Morín, a quien se debe en su mayor parte la nueva coordinación del plan de estudios jurídicos en la Universidad; Vicente Lombardo Toledano, cuyas *Definiciones de Derecho Público,* se inspiran en la escuela de Duguit; Daniel Cosío Villegas, cuyo intento de hacer sociología aplicada al país (apuntes de *Sociología Mexicana*) despierta franco interés; Alfonso Caso, Daniel Quirós, y otros.

Durante años, México estuvo solo, entregado a sus propios recursos espirituales. Sus guerras civiles que parecían inaplazables, la hostilidad frecuente de los capitalistas y los gobernantes de los Estados Unidos, finalmente el conflicto europeo, dejaron al país aislado. Sus únicos amigos, los países de la América latina, estaban demasiado lejos y demasiado pobres para darle ayuda práctica. Con este aislamiento, que hubiera enseñado confianza en sí misma a cualquier nación de mucha menos fibra, México se dió cuenta de que podía sustentarse sin ayuda ajena, en caso necesario. Ejemplo curioso: gusta mucho en México la ópera, pero las revoluciones del país y la Guerra Europea eran causas más que suficientes para que ningún grupo de cantantes se aventurara a ir allí; entonces, en la capital mexicana se organizaron compañías de ópera, y a veces dos de ellas daban representaciones simultáneas en la Capital.

¿Cuál ha sido el resultado? Ante todo, comprender que las cuestiones sociales de México, sus problemas políticos, económicos y jurídicos, son únicos en su carácter y no han de resolverse con la simple imitación de métodos extranjeros, así sean los ultraconservadores de los Estados Unidos contemporáneos o los ultramodernos del Soviet Ruso. Después, la convicción de que el espíritu mexicano es creador, como cualquier otro. Es dudoso que sin el cambio de la atmósfera espiritual, se habrían producido libros de pensamiento original como *El Suicida* de Alfonso Reyes, *El Monismo Estético* de José Vasconcelos o *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* de Antonio Caso; investigaciones como la obra monumental dirigida por Manuel Gamio sobre la población del Valle de Teotihuacán o el estudio de Adolfo Best Maugard sobre los elementos lineales y los cánones de dibujo en el arte mexicano, tanto en el antiguo como en el popular de nuestros días; interpretaciones artísticas del

espíritu mexicano como los frescos de Diego Rivera y sus secuaces.

Existe hoy el deseo de preferir los materiales nativos y los temas nacionales en las artes y en las ciencias, junto con la decisión de crear métodos nuevos cuando los métodos europeos resultan insuficientes ante los nuevos problemas.

En el arte pictórico, la justicia de esta decisión está comprobada: por una parte, la obra formidable de Rivera, con su vasta representación de la vida mexicana en su pintura mural de la Secretaría de Educación Pública y de la Escuela de Agricultura, ha arrastrado consigo a la mayoría de los pintores jóvenes enseñándolos a ver su tierra; y es justo reconocer que el intento *mexicanista,* con menor vigor, pero no sin aciertos de estilo, en la sala de las *Discusiones Libres,* decorada bajo la dirección de Roberto Montenegro: tienen las vidrieras de los ventanales, especialmente, el mérito de ser en todo mexicanas, desde los cartones que las sirvieron de modelo hasta los procedimientos de ejecución material; por otra parte, la reforma de la enseñanza del dibujo iniciada por Adolfo Best Maugard (continuada hoy bajo la dirección de Manuel Rodríguez Lozano) representa el más certero hallazgo sobre las características esenciales del arte de una raza en América: el dibujo mexicano, que desde las altas creaciones del genio indígena en su civilización antigua ha seguido viviendo hasta nuestros días a través de las preciosas artes del pueblo, está constituído por siete elementos (línea recta, línea quebrada, círculo, semicírculo, ondulosa, ondulosa en *ese* espiral) que se cambian en series estáticas o dinámicas (petatillos y grecas), con la norma peculiar de que nunca deben cruzarse dos líneas, y pueden servir, en combinación libre, para toda especie de representaciones y decoraciones.

La arquitectura no se queda atrás. Con Jesús T. Acevedo y Federico Mariscal se abre, en 1913, el movimiento

en favor del estudio de la tradición colonial mexicana; la continúan artistas e historiadores como Manuel Romero de Terreros; diez años después los barrios nuevos de la capital, entregados antes al culto del *hotel* afrancesado y del *chalet* suizo, están llenos de edificios en que la antigua arquitectura del país reaparece adaptándose a fines nuevos; edificios fáciles de reconocer, no sólo por el interesante barroquismo de sus líneas, sino por sus materiales mexicanos, el *tezontle* rojo oscuro y la *chiluca* gris, o a veces además, el azulejo: ellos devuelven a la ciudad su carácter propio, sumándose a los suntuosos palacios de los barrios viejos.

En la música no se ha hecho tanto: mucho menos que la América del Sud. Es general el interés que inspiran los cantos populares; todo el mundo los canta, así como se deleita con la alfarería y los tejidos populares; y se cantan en las escuelas oficiales, con el fin de fundar la enseñanza musical en el arte nativo, como se hace con el dibujo. Pero no hay todavía gusto o discernimiento para la música popular, ni oficial ni particularmente, como los hay para las artes plásticas. Ni siquiera se establece la distinción entre la legítima canción del pueblo y el simple aire populachero fabricados por músicos bien conocidos en las ciudades. A partir de la obra de Manuel M. Ponce, compositor prolífico, precursor tímido, que comenzó a estudiar los aires populares hacia 1910, nace el interés y va creciendo gradualmente. Ahora existen intentos de llegar al fondo de la cuestión, especialmente en la obra de Carlos Chávez Ramírez, compositor joven que ha sabido plantear el problema de la música mexicana desde su base, es decir, desde la investigación de la tonalidad. Hay, además, singulares posibilidades en la *orquesta* típica, *conjunto* nada europeo de instrumentos de origen diversos: cabe pensar cómo interesaría a Stravinsky o a Falla.

En la literatura los cambios recientes son mucho me-

nores que en la arquitectura o la pintura. No es que falten orientaciones nuevas, como en música, sino que la literatura ha alcanzado siempre en México carácter original, aun en los períodos de mayor influencia europea, y el espíritu mexicano ha impreso su sello peculiar a la obra literaria, desde los tiempos de Don Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. En el período actual, el de la Revolución, después que nuestro grupo predicara la libre incursión en todas las literaturas, fuera de la sujeción a la *derniére mode française,* se advierte, eso sí, nueva audacia en los escritores, especialmente en el orden filosófico como antes dije. Según era de esperar, los temas nacionales están nuevamente en boga. En poesía, Ramón López Velarde, muerto antes de la madurez en 1921, puso matices originales en la interpretación de asuntos provincianos y se levantó a la visión de conjunto en *Suave Patria:* tras él ha ido buena parte de la legión juvenil. En otros campos, la novela y el cuento —que llevan cien años de tratar temas mexicanos — empiezan a multiplicarse favorecidos por el aumento de la actividad editorial: como ejemplo característico cabe señalar las novelas cortas que compone Xavier Icaza bajo el título de *Gente mexicana.* Abundan los intentos de teatro nacional, que hasta ahora sólo gozan del favor público en las formas breves de sainetes, zarzuelas y revistas, pero que no carecen de interés en el tipo de "obras serias": tales, entre otros, los "dramas sintéticos" con asunto rural, de Eduardo Villaseñor y de Rafael Saavedra: éste ha realizado la innovación de escribir para campesinos indios y hacerlos actores. Ahora, y en ellos ejerce buen influjo el ejemplo argentino, el deseo de constituir el teatro nacional ha llevado a los autores a organizarse en una asociación activa y fervorosa.

Para el pueblo, en fin, la Revolución ha sido una trasformación espiritual. No es sólo que se le brinden mayores oportunidades de educación: es que el pueblo ha

descubierto que posee derechos, y entre ellos el derecho de educarse. Sobre la tristeza antigua, tradicional, sobre la "vieja lágrima" de las gentes del pueblo mexicano, ha comenzado a brillar la luz de esperanza. Ahora juzgan y ríen como no lo hicieron antes. Llevan alta la cebeza. Tal vez el mejor símbolo del México actual es el vigoroso fresco de Diego Rivera en donde, mientras el revolucionario armado detiene su cabalgadura para descansar, la maestra rural aprece rodeada de niños y adultos pobremente vestidos como ella, pero animados con la visión del futuro.

CINCUENTA AÑOS *

Al proclamarse la República Dominicana el 27 de febrero de 1844, en la porción oriental de Hispaniola, se reanudaba la "independencia efímera" que José Nuñez de Cáceres había declarado el 30 de noviembre de 1821. Cincuenta años de trastornos políticos y sociales, desde 1795, precedieron a la proclamación de la república. A lo largo de este medio siglo, ocurre en las Antillas extraño caso de trasplante de cultura: el vivero se vacía; la tierra virgen se hincha y fructifica.

Después de implantada la cultura de tipo europeo en Hispaniola, con los sacerdotes, médicos, constructores, agricultores y ganaderos que acompañan a Colón en 1493, se alcanza la culminación cuando se fundan allí las primeras universidades: la de Santo Tomás de Aquino, en 1538; la de Santiago de la Paz, en 1540. La historia de estas dos instituciones es todavía incompleta y llena de enigmas [1] La dominica de Santo Tomás debió de tener poca importancia en el siglo XVI: no hay referencias a ella fuera de la bula de 1538. Todas las esperanzas se cifraban en la de Santiago de la Paz, dotada por el opulento colonizador Hernando de Gorjón, para la cual se construyó hermoso edificio. Allí tuvieron cátedras el padre Cristóbal de Llerena, dramaturgo y músico, el

* *La Nación*, Bs. As., 4 de junio de 1944.

[1] A pesar de las seiscientas páginas que les ha consagrado fray Cipriano de Utrera. Consúltese además mi libro "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo" Buenos Aires 1936.

sacerdote erasmista Diego Ramírez, el poeta Francisco Tostado de la Peña, que murió en el ataque de Drake contra la ciudad de Santo Domingo. En el siglo XVII los papeles se invierten: el Estudio de Gorjón decayó tanto, con la disminución de sus rentas, que se convirtió en simple seminario conciliar (1602) y después se subordinó a la institución dirigida por los frailes. Recobró su categoría de universidad autónoma en 1747, cuando lo toman a su cargo los jesuítas; veinte años después volvió a perderla, cuando se expulsó de todos los dominios españoles a la Compañía de Jesús, y entonces, bajo otras manos, se convierte en Colegio de San Fernando. La institución que daba renombre a la ciudad de Santo Domingo durante los siglos XVII y XVIII era, pues, la Universidad de Santo Tomás de Aquino, que ejerció grande influencia en la zona del Mar Caribe. De ella son hijas la de Santa Rosa en Caracas y la de San Jerónimo en La Habana. El primer rector (1725) de la venezolana, Francisco Martínez de Porras, se había graduado en Santo Domingo; igualmente el primer rector de la cubana (1728), fray Tomás de Linares. Y así también muchos de los catedráticos, como José Mijares de Solórzano en Caracas y fray José Ignacio de Poveda en La Habana —ambos fueron rectores después—, y no pocos personajes de altos destinos, como el doctor Cristóbal Mendoza (1772 - 1829), jurisconsulto y periodista que presidió la primera junta gubernativa de Venezuela en 1811 e inventó para Bolívar el título de Libertador. Todavía en los últimos años de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, entre 1815 y 1823, cerca de la mitad de los doscientos cincuenta alumnos a que se había reducido procedían de Cuba, Puerto Rico y Venezuela; todavía se estimaba útil el empeño de atravesar el mar y alejarse del hogar paterno para ir a educarse allí, a pesar de tener al alcance de la mano planteles similares. Uno de los más brillantes escritores venezolanos, Juan Vicente

González, refiere en su *Historia del poder civil en Venezuela y Colombia* este hecho significativo del siglo XVIII: "Acostumbrábase (en Caracas) llevar a las casas ricas mozos pobres que sirviesen de estímulo a los mancebos nobles, los acompañasen a las aulas y cuidasen de su estudio. Para Martín Tovar trajeron dos jóvenes de Santo Domingo, centro entonces de los estudios; quienes recibieron toda especie de cuidados a trueque de velar en su enseñanza".

Rutinariamente se ha venido repitiendo que nuestras universidades de la época colonial, como las de España, eran fortalezas escolásticas que vedaban el paso a toda novedad filosófica o científica. No faltaba en ellas, como no falta en ninguna comunidad, el grupo de viejos defensores de doctrinas viejas, el freno inevitable junto al motor necesario. Pero lo que da carácter a esas instituciones, y a todo el mundo hispánico en el orden intelectual durante el Siglo de la Ilustración, no es el estancamiento: es la larga porfía, el duelo entre Aristóteles y Descartes. Apenas avanzamos en la investigación de los sucesos de aquel siglo, tropezamos con los nombres de los innovadores que introdujeron, no sólo la filosofía cartesiana, sino también las doctrinas de Bacon, de Locke, de Newton, de Gassendi, de Condillac, y que modificaron planes de estudios y métodos de enseñanza. Coinciden con ellos las grandes expediciones de exploración científica, en que invirtió millones la corona. La curiosidad científica es consubstancial a la época y penetraba hasta en los salones: recuérdese el de Mariquita Sánchez en Buenos Aires. Humboldt la observa en todas las ciudades que visita en América. Desde las matemáticas y la física hasta la arqueología de las extinguidas civilizaciones aborígenes y la filología de sus lenguas, todo tuvo devotos y cultivadores, que a veces tenían que fabricarse sus propios instrumentos de trabajo. Así, al desarrollo de la astronomía aportaron multitud de observaciones que no podían verificarse

en Europa. Y —para citar sólo ejemplos salientes— el ensayo de Caldas sobre *La influencia del clima en los seres organizados;* la *Flora mexicana,* de Mociño y Sessé; el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales,* de Alcedo; la *Historia antigua de México,* de Clavijero, perduran como obras clásicas. No debe olvidarse que los hombres que dirigieron doctrinalmente nuestras revoluciones de independencia y la organización de las repúblicas se habían formado en nuestro medio colonial, en parte oponiéndose a la educación de los institutos oficiales, pero en parte aprovechándola. Andrés Bello, el hombre de más amplio saber que tuvo en su tiempo la América española, aunque debió mucho a veinte años de Europa, se educó en su nativa Venezuela, en aquella Caracas donde tanta influencia ejercía la Universidad de Santo Domingo, y allí comenzó los trabajos en que con poderosa originalidad había de cimentar sobre nuevas bases el estudio del sistema estructural de nuestro idioma.

Sobre las universidades dominicanas sabemos, dije, muy poco. Y sin embargo, su existencia al parecer larvada estaba llena de vitalidad intelectual. Así lo revelan hijos eminentes como Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1684-1768), obispo e historiador de Cuba, "el obispo" de la larga fama, el que valerosamente afrontó a los invasores ingleses de La Habana en 1762; el Racionero Antonio Sánchez Valverde (1729-1790), predicador y escritor, que defendió a su tierra nativa contra el desdén metropolitano; el jurista Vicente Antonio Faura (1750-1797), ilustre por su fracasada defensa de unas víctimas de la falsía política.

Cuando hasta la isla llegan las tempestades de la Revolución Francesa, los hombres sedentarios de la medio olvidada colonia se convierten en hombres activos y apasionados al trasladarse a tierras nuevas. El caso es complejo y de mucha historia. La zona del Mar Caribe había padecido mucho tiempo el persistente ataque de los ene-

migos de España: poco a poco, Inglaterra, Francia, Holanda, hasta Dinamarca, le roban sus islas y parte de sus tierras continentales, hasta el punto de que ahora, entre todas las Antillas, grandes y pequeñas, sólo dos, Cuba y Puerto Rico, y la porción mayor de otra, Hispaniola, pertenecen al dominio de nuestra lengua. En 1586, Drake asalta la ciudad de Santo Domingo, con saqueos, incendios y muertes; en 1591, Newport destruye la Yaguana, donde ahora se alza la capital de la República de Haití. Para evitar los daños de la piratería, las autoridades inventan y cumplen el peregrino y funesto plan de despoblar el norte de Hispaniola: con ello se abrió entrada a los usurpadores de tierras. En 1697, España hubo de reconocer la soberanía de Francia sobre la porción occidental de Hispaniola. En 1795, en el tratado de Basilea, que pone fin a la guerra con la República Francesa, España le cede su parte de isla y dispone trasladar a Cuba la Real Audiencia de Santo Domingo, el personal de la administración pública, y hasta los restos de Colón, enterrados en la capital dominicana, según voluntad testamentaria del Descubridor. El traspaso a Francia no se hizo en seguida: hubo que esperar a 1801. Entretanto, en la porción de isla originariamente francesa habían ocurrido los levantamientos de esclavos que fueron preludio de la independencia de Haití, proclamada en 1804. Los franceses permanecieron en la antigua porción española de la isla cuando se les arrojó de la porción que había sido francesa; pero de la española los echaron también, en 1808, como consecuencia del alzamiento del 2 de mayo en España. Vuelve Santo Domingo a formar parte del imperio español, hasta que en 1821 José Núñez de Cáceres (1772-1846), hombre de gobierno y de universidad, docto e inquieto, declara la independencia. Al año siguiente, los haitianos invaden el territorio de Santo Domingo y pretenden hacer de toda la isla, a pesar de las diferencias de idioma y de costumbres, una nación sola;

pero se les expulsa en 1844, y se funda la República Dominicana.

Asistimos entonces a la agonía de la cultura colonial. Durante este medio siglo (1795-1844) de acontecimientos calamitosos, el territorio hispánico de Santo Domingo se despuebla: miles de familias, principalmente las acaudaladas, emigran a Cuba, a Puerto Rico, a Venezuela, hasta a Nueva Granada y a México. A veces, con la esperanza del regreso, cerraban sus casas con su instalación y mobiliario completos; regresaban, y bien pronto nuevos trastornos los obligaban a reexpatriarse. Conventos hubo que quedaron abandonados. La Universidad de Santo Tomás de Aquino se cerró en 1801; restaurada en 1815, bajo la dirección de José Núñez de Cáceres, durante el breve paréntesis de retorno al poder de España, sobrevivió dos lustros, y al fin se extinguió, por desangramiento, durante la invasión de los haitianos. Poco a poco se fueron arruinando muchos edificios: iglesias, conventos, palacios, casas particulares, hasta residencias campestres. Hasta después de 1880, la capital estuvo llena de ruinas. *Ruinas,* justamente, titula una de sus más conocidas composiciones (1876) el poeta que en su tiempo representó los nuevos anhelos del país:

Memorias venerandas de otros días, — soberbios monumentos, — del pasado esplendor reliquias frías...

¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas — te alzaron en sus hombros, — del mundo a las atónitas miradas, — y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas — la brisa que solloza en tus escombros...

Vinieron años de amarguras tantas, — de tanta servidumbre, — que hoy esa historia al recordar te espantas...

Y las artes entonces, inactivas, murieron en tu suelo, — se abatieron tus cúpulas altivas, — y las ciencias tendieron, fugitivas, — a otras regiones, con dolor, su vuelo...

Fué Cuba el país donde los dominicanos — "su juven-

tud más florida, sus ancianos prominentes" — se refugiaron en mayor número. Su influencia se extendió a toda la vida social. Llevaban consigo sus costumbres señoriales; llevaban obras de arte y bibliotecas; el primer piano de concierto lo llevó el Dr. Bartolomé de Segura, y en su casa dió el músico alemán Carl Rischer sus primeras lecciones en aquel instrumento. Refiriendo el caso, el compositor cubano Laureano Fuentes Matons comenta ingenuamente: "las familias dominicanas... como modelos de cultura y civilización nos aventajaban en mucho entonces". Y Manuel de la Cruz, el estimado crítico literario, dice: "aquellos hijos de la vecina isla de Santo Domingo..., al emigrar a nuestra patria en las postrimerías del siglo XVIII, dieron grandísimo impulso al desarrollo de la cultura, siendo para algunas comarcas, principalmente para el Camagüey y Oriente, verdaderos civilizadores".

Durante el siglo XVIII había comenzado en Cuba el ímpetu de prosperidad que había de transformarla en uno de los países privilegiados de América, capaz de atravesar largos períodos de guerra y de crisis, si no incólume, a lo menos con inexhausto vigor que le ha permitido siempre el fácil recobro. Con la prosperidad cundía el afán de saber, se multiplicaban las iniciativas de progreso. La Sociedad Económica de Amigos del País, organizada en 1793, es la grande impulsora: crea la primera biblioteca pública; dota cátedras; imprime libros; en 1831 funda la mejor revista de su tiempo en idioma castellano, la *Bimestre.* Presiden el grupo inicial de innovadores el filósofo José Agustín Caballero (1762-1835) y Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), el abogado y economista de quien tantos beneficios recibió su tierra. Entrado ya el siglo XIX, otro nuevo grupo, mucho más nutrido, da a la cultura cubana extraordinario empuje: lo encabezan los filósofos Félix Varela (1787-1853) y José de la Luz y Caballero (1800-1862), el naturalista Felipe Poey (1799-

1891), el historiador —sociólogo *avant la lettre*—, José Antonio Saco (1797-1879), el humanista Domingo del Monte (1804-1853) y el poeta José María Heredia (1803-1839), "el cantor del Niágara". De ellos, los dos últimos son hijos de dominicanos emigrantes: Del Monte, nacido en Venezuela, pero residente en Cuba desde su infancia hasta que el gobierno español, sospechándolo peligroso, lo confina en Madrid, donde ha de morir; Heredia, nacido en Cuba, no alcanza a vivir en ella sino ocho años, en cinco períodos distintos, y reparte sus andanzas entre Santo Domingo (donde en 1810 nació uno de sus hermanos, muerto después en la infancia), Venezuela, los Estados Unidos y México, donde ha de morir. A Domingo Del Monte se le llamó siempre dominicano (así, en la célebre novela de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, la *Amalia* de Cuba): su nacimiento en Venezuela se miró siempre, con clara razón, como cosa accidental; pero su casa espléndida fué el centro de la vida literaria de Cuba; allí se repartían gloria y consejo. Fué uno de los sostenes de la egregia *Revista Bimestre*. Y de él se ha dicho, además, que "inaugura el arte de la prosa en Cuba". La poesía de Heredia, expatriado perpetuo, será la voz de protesta de la patria cubana, atada todavía al poder de España cuando sus hermanas se habían hecho libres. La cultura en Cuba, durante cien años, será siempre cultura en rebeldía.

La contribución dominicana había comenzado mucho antes, desde luego, y de modo directo, con la presencia de emigrados que en su mayor parte habían sido alumnos de la Universidad de Santo Tomás de Aquino y en ella se habían doctorado: Leonardo Del Monte y Medrano, el padre de Domingo, teniente de gobernador en La Habana desde 1811 hasta su muerte en 1820; José Francisco Heredia y Mieses (1776-1820), el padre de José María, juez probo y escritor severo, cuya vida es toda honestidad, bondad y dolor ("bajo cada dolor, una

virtud"); José Antonio Bernal (1775-1853), propagador de la vacuna en compañía del insigne Romay; Juan de Mata Tejada (1790-1835) que, además de abogado, fué pintor e introductor de la litografía; el magistrado Gaspar de Arredondo y Pichardo (1773-1859); fray José Félix Ravelo, rector de la universidad habanera (1817); Antonio Del Monte y Tejada (1783-1861), historiador de prosa magistral; el naturalista Manuel de Monteverde (1793-1871), a quien Varona llamaba "hombre de estupendo talento y de saber enciclopédico" (dejó entre otros pocos escritos, unas deliciosas cartas sobre el cultivo de las flores); los abogados Lucas de Ariza († 1856) y Sebastián Pichardo...

En la época de José María Heredia y de Domingo Del Monte hay otro grupo, más joven, de dominicanos nativos, que interviene en la vida intelectual de Cuba: los poetas Francisco Muñoz Del Monte (1800-c. 1865) y Manuel Garay Heredia; el matemático Manuel Fernández de Castro; el dramaturgo Francisco Javier Foxá (1816-c. 1865), que inicia el teatro romántico en América al mismo tiempo que aparece en España; el geógrafo y lexicógrafo Esteban Pichardo (1799-c. 1880), cuyo *Diccionario provincial* (1836) es el más antiguo y de más sabor entre los vocabularios de regionalismos de América. De este grupo, dos hermanos, los Angulo Guridi, regresaron a Santo Domingo, establecida ya la república. El mayor, Javier (1816-1884), arraigó allí de nuevo y escribió teatro, novela y poesía, con temas ya indígenas, ya coloniales. Al llegar, en 1853, escribió en el barco una extensa composición, *A la vista de Santo Domingo*, de la cual se hicieron célebres en el país cuatro versos halagadores y consoladores para la antigua "Atenas del Nuevo Mundo":

¡Quién te dijera, Grecia, que algún día – modesta virgen de la indiana zona – su delicada frente adornaría – con el mismo laurel de tu corona!

Alejandro (1818-1906), el otro hermano, nunca se fijó suelo; erró por todos los países de América; cuando lo conocí, de paso en Cuba, tenía ochenta y seis años, y recorría el tradicional Paseo del Prado como los jóvenes, sin sombra de fatiga; dos años después murió en Nicaragua. En Chile publicó su libro más valioso, de estudios constitucionales.

Después, los descendientes de familias dominicanas pululan en la vida intelectual de Cuba. Baste recordar a Antonio Angulo Heredia, a Calixto Bernal, a Manuel Márquez Sterling; finalmente, al poeta cubano-francés de "Los trofeos", primo carnal y homónimo del "cantor del Niágara", José María de Heredia (1842-1905).

José Núñez de Cáceres, el autor de la primera y fugitiva independencia de Santo Domingo, jurista y escritor, vivió algún tiempo en Cuba, donde se dice que ejerció influencia intelectual: tras la invasión haitiana que aniquiló su obra, buscó refugio en Venezuela (1823), pero su acritud en la polémica política le valió la expulsión; se trasladó a México, y allí, morigerado tal vez por la experiencia, pudo merecer el título de benemérito del Estado de Tamaulipas que le otorgó la legislatura local. Uno de sus hijos, Pedro, nacido en Cuba (1802), fué senador en México; uno de sus nietos, José María, poeta académico en Venezuela.

Barroco de América *

Sacheverell Sitwell, el arquitecto y poeta, que ha dedicado largos viajes y buenos libros al arte barroco, dice que de sus ocho obras maestras arquitectónicas, cuatro están en México: el Sagrario Metropolitano, el Convento de los jesuítas en Tepozotlán, Santa Rosa de Querétaro y la Parroquia de Tasco. América creó en el siglo XVII su gran estilo barroco de construcción y ornamentación, que a veces refluyó sobre España, dueña de otro bien distinto, y aun atravesó los Pirineos, si no me engaña la capilla de la Virgen en la Catedral de Perpiñán.

¿No habrá creado América, como en arquitectura, otro gran estilo barroco en poesía? Sí: el de Bernardo de Valbuena, contemporáneo pero independiente de los grandes creadores de estilo en la época barroca de España. Es contemporáneo —lo he señalado más de una vez— de Góngora, jefe de los culteranos; de Quevedo, maestro de conceptistas; de Lope, dueño de la facilidad compleja; de los coloristas de Sevilla, como Rioja, de Antequera y de Granada. Trae "el rayo de oro del sol de América". Menéndez Pelayo lo llama "el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella pródiga naturaleza". Quintana, menos unilateral en su concepción de la "virgen del mundo, América inocente", dice que la poesía de Valbuena es "semejante al Nuevo Mundo..., país inmenso y dilatado, tan feraz como incul-

* *La Nación*, Bs. As., 23 de junio de 1940.

to, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas más sublimes y frondosos". Su *Bernardo,* el poema con que aspiró a consagrarse Ariosto hispánico, es por su magnitud el equivalente poético de Tepozotlán; su *Grandeza mejicana,* el equivalente del Sagrario. Nuestras gentes de letras no saben lo que se pierden no leyendo a Valbuena. ¿Que resulta imposible leerse entero, y sin respiro, el *Bernardo?* También resulta imposible leerse así *La reina de las hadas,* de Edmund Spenser; pero todo inglés de buen gusto se lee de cuando en cuando unas páginas del poema, para llenarse los ojos de imágenes luminosas, los oídos de sonoridades finas. Así debería leerse el *Bernardo.*

Valbuena no hizo escuela, que sepamos: a menos que cuidadosa exploración nos revele discípulos suyos, ahora desconocidos. América se dejó envolver en las tres grandes corrientes que fluían de España: la de Lope, la de Quevedo, la de Góngora. Así, las tres se unen, con feliz consorcio, en Sor Juana Inés de la Cruz. Se piensa a veces que el siglo XVII en América fué sólo culterano extravagante, y se citan títulos como *Inundación castálida, Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo* y *Estrella de Lima convertida en sol.* Pero ni todo él fué extravagante, ni siquiera culterano, y a la influencia de Góngora se deben muy buenos versos. Lectores atentos van aquí y allí entresacando trozos de púrpura en la poesía de Hernando Domínguez Camargo, el de Bogotá; de Jacinto de Evia, el de Quito; de Juan de Ayllón, el de Lima; de Luis de Tejeda, el de Córdoba del Tucumán.

América persiste en su barroquismo cuando España lo abandona para adoptar las normas del clasicismo académico. En nuestro siglo XVIII, durante largo tiempo persiste el culto de los maestros del siglo anterior: Lope, Que-

vedo, Góngora, Calderón, que estilísticamente es "la academia de Góngora". Así, en Méjico se publican hasta 1777 imitaciones de la *Canción alegórica a un desengaño,* del jesuíta Bocanegra, escrita hacia 1650, tenuemente gongorina (Polifemo, Argos, Arión, verde escollo, en hilos de cristal venas de plata) y fuertemente calderoniana, bien que para responder con optimismo religioso al monólogo de Segismundo:

¿Cielos, en qué ley cabe
que el arroyo, la rosa, el pez y el ave,
que sujetos nacieron,
gocen la libertad que no les dieron,
y yo — ¡qué desvarío! —
naciendo libre, esté sin albedrío?

La única variación, en nuestro siglo XVIII, es la nota prosaica, que no es todavía clasicista, sino a la manera de aquellos obscuros versificadores de la época más oscura de la poesía castellana, Gerardo Lobo y Francisco Gregorio de Salas.

El clasicismo académico llega hasta nosotros con retraso, y no creo que simultáneamente a todas partes: en Buenos Aires aparece antes que en México, según sospecho que sucede en la arquitectura; a Lavardén se le conoce desde antes de 1789, mientras que Fray Manuel de Navarrete — nacido en 1768 — no comienza a publicar sus versos hasta 1806. Con él, y con sus amigos de la *Arcadia,* se impone en México el clasicismo. En el P. Sartorio (1746-1829), a ratos muy buen poeta, cuando canta a la Virgen, a ratos muy malo, cuando escribe versos de circunstancias, hay prosaísmo, pero no clasicista. Se dice que es deudor de Iriarte, pero tanto él como los muchos fabulistas mexicanos de su tiempo debieron de imitar en el poeta de Canarias el género, sin interpretarle la doctrina literaria. El lenguaje de Sartorio, en sus mejores poe-

sías, está lleno de palabras y giros del siglo XVII. Recuerda a Sor Juana Inés de la Cruz:

Dulce es la herida; mas mira
que es también pena a un amante
que estando de amor herido
a ver quién le hirió no alcance...
Consuélame, pues me heriste;
y pues me enfermaste, dame
el alivio de la pena
que me consume y deshace...
Y que hay, junto en ella sola,
cuando en todo se reparte...

Tú mi jardín noble,
tú mi alegre huerto,
mi pensil tesalio
y mi campo ameno...

La supervivencia culterana es constante en México. No era Francisco Ruiz de León, que publicó la *Hernandía* en 1755, "el último poeta de su escuela", como se ha creído. Es todavía cultista elegante Cayetano Cabrera Quintero. José Agustín de Castro (1730-1814) calderoniza:

¿No has visto en selva frondosa
yedra que se enlaza erguida
por dar al ciprés la vida
con su estrechez amorosa?
¿Y que cuando veleidosa
en otros enredos piensa,
ve el ciprés en recompensa
que aquel favor que gozaba
de ser caricia no acaba
cuando pasa a ser ofensa?

Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (1732-1786), hombre de amplitud universal, entre sus alegatos de jurista y su cátedra de matemáticas, entre sus exactas observaciones astronómicas y sus investigaciones geodésicas, entre sus proyectos de explotaciones mineras y desagüe de los lagos de México, entre sus lecturas de Bacon y de Newton, escribía sonetos culteranos. Así, el que dedicó *al más dichoso de los claveles, que mereció nacer en el mejor abril de los labios de Gerarda:*

Estrella de carmín, que a ser llegaste,
lisonja del abril en que naciste,
tú que copero de la aurora fuiste
y en néctares de amor te consagraste,
a vida superior te trasladaste,
pues de Gerarda el labio mereciste;
de su esplendor tu rosicler teñiste
en la respiración que le usurpaste.
Sumiller de coral, perlas embozas
cuando purpúreo rey a otros prefieres:
ámbar exhalas que robando gozas;
flor te acreditas, pero mucho adquieres;
pues cuando ufano en su beldad reposas,
más que clavel, el labio suyo eres.

Otro, *a una señorita, a quien, estando mirándose en un espejo, se le cayó e hizo pedazos;* termina así:

Ese espejo, Belisa, por más verte,
quebrarse quiso con estudio y arte;
que antes sola una vez te miró advierte:
ahora se añadió un ojo en cada parte.
Cíclope antes de vidrio, en mejor suerte
se hizo Argos de cristal para mirarte.

En fin, este culteranismo penetra hasta el siglo XIX, hasta el *Diario de México,* en que se dieron a conocer Navarrete y sus árcades. En octubre de 1806, Mariano Ignacio

Madrazo — de quien nada se sabe — publica un mediano soneto culterano a una hermosa envejecida:

Flora es aquella cuya edad luciente
alma fué del abril, copia del cielo,
cuyo dorado, cuyo hermoso pelo
equivocó las luces del oriente...

Y Juan de Dios Uribe — otro desconocido, de quien sólo se sabe que fué oficial en la secretaría del Virreinato y gran devoto de la Virgen mexicana de Guadalupe —, publica versos culteranos hasta 1812. Para entonces ya está en marcha el proceso de la independencia, y, en cuestiones de letras y artes, en el *Diario de México* se comenta a Lessing y a Winckelmann, el mexicano Fray Servando de Mier y el venezolano Simón Rodríguez habían traducido la *Atala*, de Chateaubriand, y el botánico Lejarza (1785-1824), clasificador de las orquídeas, dedica versos a una Laura que en el piano "modulaba a Beethoven dulcemente". Y mientras tanto, Uribe publica en marzo de 1811 el magnífico soneto — que parecería escrito en 1611 — *Mi desengaño, arrimado a una fuente que estaba muy rica de jaspes, pero sin agua:*

¿No eres tú la que quiso a la mañana
imitarle las perlas atrevida,
y en flor de jaspes tienes prevenida,
por nieve, mármol; pórfido, por grana?
Pues ese viento de tu pompa ufana,
ése enjugó tu cristalina vida,
que quien se puso tan envanecida
fué providencia que quedase vana.
¿Qué olorosa merced te debe el prado
engañando, de fuente, tantas flores
que alistaron su vida a tu cuidado?
Mentiste la esperanza a sus verdores.
¡Oh, aviso superior de lo criado!
¡Oh propiamente imagen de señores!

Erasmistas en el Nuevo Mundo *

Cosa usual es suponer que España, al colonizar las Américas procedió con íntegra unidad de fe. Y oficialmente así procedió: la Corona procuró siempre que sus delegados tuvieran conciencia clara del deber de unidad en la fe y en la acción. Pero la realidad, debajo de la norma oficial, era múltiple, abigarrada. Así eran los tiempos. Al comenzar el período de colonización y evangelización —propiamente hacia 1508, cuando los españoles, que durante quince años sólo habían fundado ciudades en la isla de Santo Domingo, deciden establecerse en tierras vecinas—, en España germinaban hondas inquietudes espirituales: el Renacimiento no se limitaba ya a la simple renovación artística y literaria; el pensamiento filosófico ampliaba horizontes; la conciencia religiosa despertaba. Bajo la inspiración del cardenal Cisneros, la renovación de los estudios y la vigilancia sobre las costumbres de religiosos y de seglares se enderezaban hacia la unidad de la fe. Pero de pronto la germinación parte en pedazos el suelo: todo bulle, fecundado por las doctrinas de Erasmo. Poco después Europa es hoguera: ¡la Reforma! La fe española se veía en doble conflicto: detrás, la fe enemiga, en los moros y en los judíos; delante, la fe herética de los reformadores, cuyos precursores involuntarios habían sido los erasmistas.

Al comenzar la conquista, Isabel la Católica, siempre clara, certera, previsora, dispuso que sólo pasaran a las

* *La Nación*, Bs. As., 8 de diciembre de 1935.

Indias cristianos viejos, cristianos de familia, que lo fuesen por los cuatro costados. Nada de conversos: judíos y moros habían sido o expulsados o convertidos; pero, no siempre íntima y real la obligada conversión, el peligro vivía.

Muerta la incorruptible Isabel, Fernando el Católico, doble siempre, hizo "habilitación e compusición" — esta composición despide aroma pecuniario — para permitir a los conversos trasladarse al Nuevo Mundo. Carlos V, en 1518, anuló el permiso dado por su abuelo. Tarde ya: América estaba llena de conversos, de los sinceros como de los fingidos, y la corriente nunca se detuvo. La Inquisición, establecida para América en 1519, organizada en tribunales desde 1569, luchó siglo y medio contra judíos y judaizantes, moros y moriscos. Al fin los venció: los cultos secretos desaparecieron, y los descendientes de infieles, definitivamente conquistados para el cristianismo, vivieron en paz y contentos, hasta olvidar sus dolorosos orígenes.

La inflexible violencia con que se persiguió a los gentiles cuya fe provenía del Viejo Mundo contrasta con el discreto lino, pocas veces olvidado, que se usó para extirpar las religiones del mundo nuevo: el Santo Oficio no ejercía jurisdicción sobre los indígenas; la Iglesia estaba segura de ganárselos con la persuasión, disolviendo lentamente sus creencias tradicionales.

Pero junto a los infieles procedentes de Europa estaban los heterodoxos, los herejes. Los anales de la Inquisición en América nos dan clara la historia de las religiones extrañas y su gradual extinción. No nos dan igualmente clara la historia de la herejía. Los procesos inquisitoriales abundan en denuncias de proposiciones heréticas; pero es frecuente que esas proposiciones no correspondan a ningún sistema de heterodoxia: o son ocurrencias pueriles o son meras aserciones de sentido común que sólo pudieron escandalizar suspicacias demasiado fáciles en

aquella época de sutilezas teológicas. Real heterodoxia es difícil de encontrar entre los procesados, al paso que la fe mosaica se ve surgir hasta con vuelo místico, como en Luis de Carvajal el mozo, en Méjico, en el siglo XVI. Y, sin embargo la heterodoxia existió y persistió en América. No siempre es infundada la acusación de protestantismo (luteranismo, dicen las denuncias): es muy probable en el caso de extranjeros como los alemanes y los ingleses; los extranjeros, a pesar de las prohibiciones, eran centenares.

Todavía en el siglo XVII hallamos inesperada prueba de la perduración del protestantismo: Gil González Dávila cuenta que en los tiempos en que el ilustre mejicano Fray Agustín Dávila Padilla fué arzobispo de Santo Domingo (1600-1604), el deán de la Catedral recogió en la diócesis y quemó en la plaza pública "trescientas Biblias en romance glosadas conforme a la secta de Lutero y de otros impíos": ¡Trescientas Biblias en tierra donde había pocos cientos de hogares en que se supiera leer! La Biblia perseguida era la única versión completa que hasta entonces existía impresa en nuestro idioma: la admirable traducción, en recia prosa del siglo XVI, que corre bajo el nombre del protestante Cipriano de Valera, pero cuya gloria debe partirse entre él y otro heterodoxo anterior: Casiodoro de Reina.

No era heterodoxo Erasmo, pero estaba a dos pasos. Hubo discípulos suyos que sí lo fueron, como Juan de Valdés, gran místico, gran escritor. El amor de Erasmo al texto de la Escritura y su desamor a las construcciones e interpretaciones de los teólogos escolásticos, su devoción espiritual y su desvío para las ceremonias y la vida monástica, hasta su afición a las Epístolas paulinas abrían camino a los reformadores.

De 1522 a 1534, toda España se encendió en las discusiones nacidas de las doctrinas erasmistas, que irradiaban desde el Palacio Real y desde la Sede Primada de la

Iglesia. La contienda terminó cuando, alarmadas con el avance de la Reforma en Alemania, en Inglaterra, en Suiza, y con los abundantes brotes locales de herejía, las autoridades políticas y eclesiásticas de España pusieron estorbos a la difusión de los escritos del humanista holandés. Con el tiempo fueron prohibidos.

¿Hubo muchos erasmistas en América? Tal vez no. Los partidarios de Erasmo en España eran principalmente los doctos, los humanistas, los hombres capaces de preferir las controversias de ideas a las contiendas de espada. A América venían hombres de acción; hasta los religiosos, durante los primeros cincuenta años, eran hombres escogidos por su capacidad activa, por su aptitud para hacer de la religión milicia y servirla con sacrificio, como Fray Pedro de Córdoba o Fray Domingo de Betanzos. Humanistas como Alessandro Geraldini eran la excepción, acompañada de fracaso.

Pero los erasmistas no podían estar ausentes. ¿Lo sería quizás el P. Carlos de Aragón? La fecha de 1512, en que se coloca su viaje a América, parecería muy temprana para el erasmismo español. Era doctor en teología por la Universidad de París, y — dice el P. Las Casas, que lo conoció y cuenta su historia — solemnísimo predicador, que donde predicaba todo el mundo se iba tras él por oírlo". Se le creía pariente del rey Fernando. Estuvo en la isla de Santo Domingo como provisor de la diócesis, mientras llegaba el primer obispo, y tuvo allí gran acogida, porque, como aragonés, era paisano del tesorero Pasamonte y del factor Ampíes. "Daba de sí en los sermones grandes y claras señales de arrogancia y presunción"; mostraba "tener en poco la doctrina de Santo Tomás".

Hubo ocasión en que se destempló: "Perdone el señor Santo Tomás, que en esto no supo lo que dijo". ¿Antiescolasticismo de humanista? Quién sabe. Según parece, la autoridad que respetaba y ensalzaba era la de su maestro "el doctor Joannes Maioris". Sus opiniones, sus tesis — que

no conocemos —, escandalizaron a la Orden de Dominicos: no pudo nada contra él, en Santo Domingo, porque lo defendieron sus valedores; pero en España adonde se volvió pronto, fué perseguido — principal perseguidor, según parece, Fray Pedro de Victoria, futuro enemigo de Erasmo [1] —, y al fin se le obligó a retractación pública, se le privó de la predicación y se le encerró de por vida en monasterio, a pesar de la intercesión de Fernando el Católico.

Si sobre este enigmático Carlos de Aragón hay dudas, no las hay sobre Fray Juan de Zumárraga, una de las altas figuras de la Iglesia Católica en América, primer obispo y primer arzobispo de la Nueva España, donde favoreció la fundación de la universidad colonial y la introducción de la imprenta. Zumárraga, que salió de España en 1527, cuando la difusión de Erasmo alcanzaba plenitud, hizo imprimir en México dos libros de inspiración erasmista: en 1544, la "Doctrina breve", que es obra suya para uso de sacerdotes; en 1545 ó 1546, la "Doctrina cristiana", para los fieles, que es refundición de la "Suma" del doctor Constantino Ponce de la Fuente, a su vez influída por el "Diálogo" de Juan de Valdés. Amos libros circularon sin estorbo hasta después de la muerte (1548) de Zumárraga. En 1559, el año en que el Indice de Roma prohibe la lectura de la Biblia en lenguas vulgares y gran parte de las obras de Erasmo, casualmente se revisa la "Doctrina breve", porque se ha tachado en ela la curiosa aserción — en nada erasmista — de que en las uniones que se hicieron en la resurrección de Cristo, la sangre derramada fué recogida por la potencia divina, a lo menos la que era necesaria para el cuerpo, y fué unida a la divinidad". ¡Extraño problema! Consultados cinco teólogos y juristas de México, entre ellos el catedrático de la Universidad Fray Bartolomé de Ledesma, reprobaron la aserción; pero, consultado el Consejo de la Inquisición

[1] Las Casas dice, por error, Fray "Diego" de Victoria.

en España, decidió que "no había por qué prohibir el libro del Arzobispo". La Inquisición, ni entonces ni después, encontró cosa que tachar en la "Doctrina breve" — que copia, retocándolos levemente, pasajes del "Enquiridión" y la "Paráclesis", de Erasmo —, ni en la "Doctrina cristiana", cuya sustancia procede del doctor Constantino Ponce, el canónigo hereje de Sevilla, póstumamente quemado en huesos el año de 1560. Pero se explica: ninguna de las dos "Doctrinas" menciona esas fuentes. [2]

Otro erasmista no vulgar hubo en América, menos eminente que Zumárraga, menos conocido, pero de gran opinión entre sus contemporáneos. Se llamó Lázaro Bejarano. Era de Sevilla, donde hubo de nacer a comienzos del siglo XVI. Allí aparece escribiendo versos, entre 1531 y 1534, para justas literarias en honor de San Pablo, San Pedro, San Juan el Evangelista, la Magdalena y Santa Catalina. Perteneció al círculo sevillano de poetas que fueron amigos de Gutierre de Cetina, como Juan de Vadillo y Juan de Iranzo; no sabemos si llegó a conocer al madrigalista, quizá demasiado joven cuando él embarcó para América. El viaje al Nuevo Mundo le fué favorable. En Santo Domingo o en Venezuela conoció a la familia del fundador de Coro y antiguo factor de la Isla Española, Juan de Ampíes, y casó con su hija doña Beatríz. Como la dama heredó de su padre el señorío de las islas de los Gigantes — Curazao, Aruba, Buinare —, allí se trasladó Bejarano. Juan de Castellanos, el autor de las interminables y pintorescas "Elegías de varones ilustres de Indias", dice que allí lo vió "con su doña María" — olvidaba el nombre de Beatriz —, "de tantas soledades descontenta". Eso "sería por el año de cuarenta". Pero no soportaron

[2] Sobre las *Doctrinas*, que Zumárraga hizo publicar y, José Toribio Medina, en sus obras *La imprenta en México* y *La primitiva Inquisición americana*, y Marcel Bataillon, en la edición del *Enquiridión* y la *Paráclesis*, publicada por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, 1932.

mucho aquellas soledades y se trasladaron, hacia 1541, al único lugar del Mar Caribe donde se hacía vida europea: la ciudad de Santo Domingo en la Española. No es seguro que volvieran a Curazao, donde dejaron delegados que en su nombre gobernaban.

Muchos años después, en 1558, ante el Cabildo Eclesiástico se acusó a Bejarano de conducta, palabra y opiniones irreverentes, en complicidad con Fray Diego Ramírez, de la Orden de la Merced. Se le sentenció, apeló, se ratificó la sentencia, y "abjuró de sus errores". Nunca tuvo otra cárcel que su propia casa. Al fraile se le quitaron los hábitos y decidieron enviarlo a España; poco después, dicen los jueces, "nos pareció no enviallo a España hasta que viniese el Arzobispo, con miedo que tenemos no se suelte de las naves y se pase a Alemania". Pero ¿qué habría hecho en Alemania el mercedario? De él nada posterior se sabe. El esperado arzobispo, Fray Andrés de Caravajal, tardó mucho ¡y al llegar se encontró con una Real Audiencia que no le toleraba el perseguir a los herejes! Así se comprende la circulación, muchos años después, de las versiones protestantes de la Biblia.

Bejarano permaneció, seguro y contento, en Santo Domingo: el médico escritor Juam Méndez Nieto, que allí estuvo de 1559 a 1567, nos lo pinta diciendo agudezas y escribiendo sátiras contra autoridades y contra particulares, como antes contra sacerdlotes. No hay mención ni alusión, en Méndez Nieto, sobre cuestiones religiosas: ni sobre el proceso inquisitorial, ya concluso, ni sobre nuevos actos discutibles de Bejarano.

¿Cuáles habían sido las acusaciones del proceso? Veintinueve, de varia especie, se asentaron contra Bejarano y Fray Diego: en unas, se designa individualmente "al fraile" o "al casado"; en otras, se les incluye a ambos. Las más características: "Opónese al casado que dijo que San Pablo no se entendió hasta que vino Erasmo y escribió,

habiendo precedido los santos doctores de la Iglesia". "Que la Sagrada Escriptura debe de andar en romance para que todos la lean y entiendan, ansi inorantes como sabios, el pastor y la vejecita". (Cotéjese con la "Paráclesis" de Erasmo: "Desearía yo, por cierto, que cualquier mujercilla leyese el Evangelio y las Epístolas de San Pablo, y aun mas digo, que pluguiera a Dios que estuviesen traducidas en todas las lenguas de todos los del mundo..." ("Que para entender la Sagrada Escriptura no se curen de ver doctores ni seguir expositores, sino que lean el texto, que Dios les alumbrará la verdad". "Condenar la teología escolástica, haciendo burla della y de sus doctores". Hay, después, opiniones sobre puntos históricos, como la identidad de María de Magdala y su lugar de origen, o censuras sobre actos externos de devoción. Todo de sabor erasmista; los acusadores lo creen luterano. Como señal de irreverencia se da el hacer coplas, ya sobre la Escritura – pero no es creíble que el erasmista se burlase de ella –, ya contra la veneración de reliquias, ya en burla contra sermones. Exceso: "el casado..., no siendo letrado, ha tomado amistad con predicadores nuevos para mostrarles a predicar a su modo y les ha persuadido que no predicuen doctrina de santos sino la Escriptura solamente". Por fin: "que estuvo tres años en la isla de Curazao, de donde es gobernador; que no oyó misa ni se confesó él ni su mujer y gente". Pero ¿había sacerdotes en la desierta Curazao? Al fin, sólo de tres proposiciones hubo de abjurar. En la benigna sentencia, el Cabildo lo condenó a no leer libros en toda su vida, "si no fuere la Biblia". La sentencia quedó firme en 1559, ¡el año en que – de seguro los canónigos lo ignoraban todavía – el Indice romano de Paulo IV y el español de Valdés prohibían la lectura de la Biblia en lenguas modernas!

Pero este audaz Bejarano no era hombre vulgar. Su religión lo preocupaba: la entendía, eso sí, a la manera de Erasmo, con "devotio moderna". Y, en rara combinación,

junto con su amor a la verdad espiritual bullía en él la sal sevillana, haciéndolo burlón y mordaz. Hallaba víctimas fáciles en tantos pobres predicadores de América, entre los cuales constituían excepción hombres de letras como Fray Alonso de Cabrera, el singular orador, o Micael de Carvajal, el poeta de la "Tragedia Josefina".

Sus versos religiosos son débiles; merece señal la erásmica devoción a San Pablo, a quien estima la gloria mayor de la religión "después de Dios y su Madre".

Y los pocos versos satíricos que de él conocemos perdieron su aguijón, con la borrosa lejanía de los motivos.

Fuera del proceso inquisitorial, es unánime el elogio de sus contemporáneos. Gonzalo Fernández de Oviedo, el famoso cronista, lo llama "hombre de honra e digno de crédito"; Alonso de Zorita, el juez historiador, lo define "persona muy honrada y de mucha virtud y verdad". "Sus gracias y sus sales no sé yo si podrán hallar iguales" dice Juan de Castellanos, que lo ensalza como docto. Para Méndez Nieto es "el más raro ingenio que pasó a las Indias"..., "nunca supo decir mentira ni callar verdad, aunque fuese a su costa, como lo fué muchas veces"...; "no le hizo ventaja Marcial... en epigramas graciosos y de agradables sentencias".

Como señor de indios en las islas de los Gigantes, dicen que fué justo y benévolo. Hay más: en defensa de los indígenas y dando noticias curiosas sobre ellos, escribió, "en muy elegante estilo" contra el vivaz polemista y pulidísimo prosador Juan Ginés de Sepúlveda el "Diálogo apologético" de que nos habla el oidor Zorita. ¡Lástima de pérdida! Porque en el "Diálogo" veríamos, de seguro, otra muestra del singular espíritu español: no es ya el sacerdote a quien las doctrinas de su propia religión lo compelen a sentirse hermano del salvaje, sino el colonizador, el gobernante, el señor de indios, quien los defiende y exalta, vencida la voluntad de poder por el espíritu de caridad.

PALABRAS EN LA DESPEDIDA DE UN BUEN AMERICANO *

Al dedicarme esta despedida, la Universidad Popular Alejandro Korn demuestra el fuerte sentimiento de solidaridad que une a los colaboradores entre sí y la convicción de que su obra vivirá, sobre todo, como obra de solidaridad. No en vano lleva esta institución el nombre de aquel gran maestro que supo unir a quienes se le acercaban como discípulos y amigos. Haber pertenecido al círculo del doctor Korn es hoy título socráico, como antes lo ha sido en América pertenecer al círculo de Andrés Bello al de José de la Luz y Caballero o al de Gabino Barreda o al de Eugenio María de Hostos.

Korn nunca temió que el trabajo silencioso fuese infecundo, a pesar de que se movía entre tantas gentes que sólo creen en lo que brilla y hace ruido. Su vida es gran ejemplo para la Argentina actual, y está dentro de la mejor tradición del país. Afortunadamente, esta Universidad Popular revela que él tuvo a su alrededor devotos que lo comprendían.

Días atrás, en la despedida que organizó la revista *Sur*, tuve ocasión de referirme a la tradición argentina —pido perdón a los que allí me oyeron, si me repito—, y sostuve que el país, en su gran período de organización, reveló una disciplina singular, de que no se habla a menudo, porque las lecturas de fines del pasado siglo difundieron la absurda noción de la inferioridad de la América espa-

* Con motivo de su viaje a Harvard, en 1940. Ed *Claridad*, s. f. (N. del C.).

ñola, y en consecuencia se le atribuyeron al inmigrante virtudes milagrosas. Yo entiendo la historia argentina al revés de como se presenta en esas interpretaciones, más comunes en la conversación que en la literatura, por cierto. Yo creo que a este país lo han forjado los criollos y que al molde forjado por ellos se ha ajustado el inmigrante. A la Argentina moderna, ha observado agudamente José Ortega y Gasset, parecería que la han creado con la cabeza. Yo digo más: no es que parece que así fué: es que fué así. De 1852 a 1880, unos hombres piensan cómo debe hacerse la Argentina, —en realidad lo venían pensando desde antes, y su pensamiento se enlaza con el de hombres anteriores, como Rivadavia—, y se ponen a hacerla, y la hacen. No pretendo afirmar que todos los criollos estaban de acuerdo en hacerla; al contrario: muchos arriba y abajo se oponían. Sarmiento lo sabía bien. Y en parte, al criollo de abajo se le sacrificó en honor del inmigrante. El doctor Korn decía, precisamente, que había ocurrido un naufragio étnico. El tiempo urgía, y no se tomaron medidas de salvamento. Pero este naufragio estuvo lejos de ser total, y el criollo de arriba dictó las normas del país y las impuso. No sólo el intelectual, como Alberdi; no sólo el intelectual que es al mismo tiempo hombre de acción, como Mitre o Sarmiento, sino hasta los terratenientes que dieron su moderna estructura a esa cosa admirable, la estancia argentina.

A esos hombres se les acusa, con rutinaria ligereza, de haber importado al país normas políticas y jurídicas de origen europeo. Esas normas comenzaron como ideales; pero ellos es que poco a poco se convierten en realidad. En toda la América española se da el caso paradójico, para escándalo de sociólogos naturalistas, de que la ley se anticipe a la realidad y la vaya modelando. Entre la norma y la realidad había una afinidad secreta, a pesar de todas las suposiciones contrarias.

El hecho capital es que la obra de esos hombres, de

quienes se ha dicho que desmaturalizaban el país, le ha conservado el carácter criollo. Desde luego, prque ellos eran criollos. Sarmiento, el europeizador, era an criollo como Facundo. Y si en la Argentina europeiz, en Chile había peleado contra Bello porque europeizaba ¿Por qué? Porque lo hacía de otro modo, distinto del suyo. Cómo creía posible adquirir los domes europeos sin perder el fondo criollo, gaucho, lo ha dlleclarado en *Reuerdos de Provincia*, en su retrato de dom Domingo de Co.

Por eso, lo que de inmediato atrae la atenión en la Argentina, es su carácter criolllo. Fué mi impesión primera, en 1922. No hace muchos meses, en un libro de escritor norteamericano sobre la América del Sur —con vergüenza confieso no recordar ni el título n el autor, porque sólo leí el resumen que traía una revist— se afirmaba que, mientras en los Estados Unido el paso del tiempo con la modificación de las instituciones, y con las innovaciones mecánicas, físicas y químicas, había transformado la vida y el pensamiento, en la América del Sur esas mismas modificaciones e innovacions no alteraban de modo fundamental la estructura de l sociedad ni el estilo de vida. Eso es verdad, al menos en parte: los Estados Unidos proceden dle dos tradiciones principales: la de los puritanos del Norte y la de los caballeros del Sur; otras, como la española de California, sobrviven sólo como substratos que dan timte local. Las dos grandes tradiciones chocaron en 1861: la del Sur queó aniquilada: de su ruina nos hablan O'Neill y Faulkner. La del Norte venció entonces, pero dlespués se desinegra lentamente. Vive todavía y se ha extendido al Oste, y ha impreso su sello en el hijo del iinmigrante; pero está hondamente alterada. En la Amériica Española, la tradición criolla se mantiene: el automówil, el aeroplano, la radiotelefonía, el divorcio, la jornadla de ocho hora, el voto femenino, nada altera el tejido esencial de nustra existencia. Piénsese en sólo este ejjemplo: la famil. Mien-

tras en los Estados Unidos la unidad social es el individuo, entre nosotros lo es todavía la familia. Y hasta las ciudades más modernas, como Buenos Aires, conservan los caracteres de la tradición hispano-criolla en cuyo seno se desarrolló el esfuerzo de los constructores de la organización nacional.

El doctor Korn, a pesar de sus orígenes germanos, fué un gran pensador nuestro. Todos recordamos su hondo sentimiento criollo. Representaba una tradición de pensamiento y de esfuerzo que no se ha extinguido, aunque la veamos oscurecerse en ciertos descendientes frívolos de grandes hombres del pasado. Esta Universidad Popular tiene ante sí una gran tarea como mantenedora de los ideales argentinos de su patriarca epónimo.

ARIEL *

De la imaginación fecunda y espléndida de aquel genio que domina, único y sin rivales, en la cumbre del arte literario, surgió un día a vida inmortal el fulgurante cuadro simbólico *La Tempestad*, obra armoniosa, serena y animada como los frisos del Partenón. Shakespare, después de representar en sus tragedias el desastre de las pasiones desbordadas, dió a su última obra la soberana serenidad helénica: la hizo como Sófocles si hubiera conocido esta manera de hacer. Nada de Virgilio ni de Petrarca es más tiernamente bello. En este dama late la vida con ritmo intenso y armonioso: palpitantodos los sentimientos, pero hasta los bajos se mueven con hermosos gestos. Y por sobre los amores castos, por sobre las ambiciones ruines, por sobre la lucha de los afectos, por sobre las infamias de la traición, se yergue la figura de Próspero, el maestro mágico que es también hombre, el sabio conocedor del mundo y de sus pequeñeces, fortalecido en la soledad, quien, ayudado por Ariel y su cortejo fantástico, realiza su última obra de paz y amor, vence al monstruoso Cáliban, desbarata los lazos tramados por mañosa envidia, deshace rencores, une los amantes, reúne a los náufragos que la tempestad dispersó en la isla desierta, y luego, al retirarse del combate de la vida, da libertad al geniecillo que le secundó en su empresa.

Pensadores y artistas han indagado después qué quiso simbolizar el poeta en Cáliban, el monstruo que tiene to-

* *Ensayos críticos*, La Habana, 1905, págs. 71-80.

dos los vicios degradantes y en Ariel, el genio que posee todas las virtudes milagrosas. Se ha dicho que el uno es la bestia humana y el otro la inteligencia. Poco ha Renan representó a Ariel vencido por Cáliban.

Hoy atraviesa Ariel con sus ingrávidas alas el Atlántico y se detiene en la cabeza de un joven Próspero. Viene a ayudarle a triunfar de Cáliban, que pretende adueñarse de esta isla desierta de la civilización que se llama América.

II

No se afirma esto por primera vez: José Enrique Rodó, uruguayo, es hoy el estilista más brillante que la lengua castellana. Es cierto que en España perduran las cuatro columnas de la prosa, Menéndez Pelayo, Valera, la Pardo Bazán y Pérez Galdós, y en América figuran Varona, Galván, Justo Sierra, entre los prosistas ilustres de las viejas generaciones. Pero el estilo nuevo, —el estilo que deja de ser *el hombre* para ser más definidamente su intelectualidad, aislada de su personalidad en cuanto esta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión, — aunque presentido en algunos de aquellos escritores, ha florecido verdaderamente en tres jóvenes americanos: Díaz Rodríguez, César Zumeta y Rodó. De los tres es éste el más completo: su prosa es la transfiguración del castellano, que abandonando los extremos de lo rastrero y lo ponposo, alcanza un justo medio y se hace espiritual, sutil, dócil a las más diversas modalidades, como el francés de Anatole France o el inglés de Walter Pater o el italiano de D'Annunzio.[1]

[1] Si he omitido mencionar los originales y brillantes estilistas del grupo juvenil de España —Blasco Ibañez, Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Martínez Sierra y Gabriel Miró—, es porque han aparecido años después de haber iniciado los modernistas de América la renovación del lenguaje y porque en todos ellos hay innegable amaneramiento que los deja a distancia de la flexibilidad asombrosa y de la impecable serenidad de Rodó.

Rodó, que es catedrático de literatura en la Universidad de Montevideo, cultiva principalmente la crítica. Salvador Rueda lo ha llamado "el crítico más amplio y ecléctico de nuestro tiempo". Su método se funda en el análisis, principalmente psicológico, auxiliado por una erudición extensa y ordenada, una brillante imaginación y una exquisita sensibilidad estética.

Con *Ariel*, disertación filosófico-social, Rodó ha entrado en un nuevo campo. "Esta obra", dice *Clarín*, "no es ni una novela ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses y que en España es casi desconocido. Se parece, por el carácter, por ejemplo, a los diálogos de Renan, pero no es diálogo: es un monólogo, un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos. Se llama *Ariel* tal vez por reminiscencia y por antítesis del *Cáliban* de Renan.

"El venerable maestro en el libro de Rodó se despide de sus discípulos en la sala de estudio junto a la estatua de Ariel, que representa el momento final de *La Tempestad*, cuando el mago Próspero da libertad al genio del aire.

"En la oposición entre Ariel y Cáliban está el símbolo del estudio filosófico-poético de Rodó. Se dirige a la juventud americana, de la América que llamamos latina, y la excita a dejar los caminos de Cáliban, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel, el genio del aire, de la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios de lo infinito".

III

Próspero, el maestro tras cuya silueta se oculta Rodó, habla a un grupo de jóvenes, —la juventud americana, a quien se dedica el libro—, de lo que deben hacer por sí mismos y por la sociedad de que forman parte. Desde luego, se dirige a un juventud *ideal*, la *élite* de los inte-

lectuale; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección le la vida real en nuestros pueblos. Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico, como Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América:* su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de elos.

El problema de la civilización es idéntico en nuestros pueblos americanos y semejante al problema de la renovación en España, como lo estudian Rafael Altamira en su *Psicología del pueblo español* y Eloy L. André en *Nuestras mentiras convencionales:* es, en las palabras de Américo Lugo sobre Santo Domingo, que "la mayoría ignorante necesita instrucción y la minoría ilustrada necesita ideales patrios".

A deinir el ideal de Hispano-América tiende Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. "Yo creo — dice — ver expresada en todas partes, la neceidad de una activa revelación de fuerzas nuevas: Yo creo que América necesita grandemente de su juventud".

Es así, puesto que para nuestros pueblos es crítico este momeno histórico en que la ley de la vida internacional les impone ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los lanzará en una dirección feliz. La juventud posee las fuerzas nuevas.

Por eso, Rodó se dirige a los jóvenes, indagando si conciertan en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesarios para la magna obra.

La duda es grave. Muchas veces, ante el pesimismo que amarga muchas manifestaciones (no solamente literarias) de nuestra juventud, he pensado que este es síntoma alarmante de un desfallecimiento espiritual. Es, como se revela en ciertos poetas decadentes, un pesimismo misan-

trópico y egoísta. Pero el egoísmo, resto de virilidad casi siempre, es sin duda una cantidad aprovechable Puede, modificándose, transformarse en *el culto del yo* predicado por los pensadores modernos.

Y sobre esto discurre el joven maestro: sobre el desarrollo de la personalidad, sobre el cultivo del jardín interior, sobre el valor inestimable de la fe en el porvenir y de la alegría, demostrando que la alegría, animó los dos grandes movimientos creadores de la civilización moderna: La cultura griega, esa "sonrisa de la historia", y el cristianismo. A este suele imputársele haber venido a "hacer una virtud de la tristeza", pero no en vano Dante, el más grande de los poetas religiosos, colocó en el infierno a los que, debiendo estar alegres en la vida, estuvieron tristes y sombríos.

Al predicar sobre la personalidad, Rodó exula la armonía que debe presidir el desarrollo de las facultades humanas, el equilibrio que debe hacer de cada individuo "un cuadro abreviado de la especie", pero indica, sobre todo, que nunca debe la absorción en el trabajo de una vida forzosamente utilitaria excluir los momentos del *ocio griego* que deben consagrarse al reino interior, al culto de las cosas elevadas y bellas que da el sentimiento superior de la Vida, definida por el Don Juan filósofo de Bernard Shaw como "la fuerza que lucha sienpre por alcanzar mayor poder de contemplarse a sí misma".

Demuestra luego la importancia y los beneficios del arte, la necesidad de desarrollar el sentido de la belleza como una de las virtudes que hacen grandes a los pueblos y mejores a los individuos. Enseñanza muy necesaria en la América española, en donde pocas veces se armoniza la labor artística con el funcionamiento de las otras actividades de la vida, dando por resultado que, por una parte, los artistas son generalmente individuos altos de sentido práctico, y por otra parte, los no-artistas, desheredados de la *gran imaginación* que define Bunge e inca-

paces le ver en el arte, como los norteamericanos, un *poder* efectivo, llegan a concebirlo como ejercicio vano, completamente inútil e indigno de ocupar su atención.

IV

Los dos capítulos más extensos del discurso se ocupan en estudiar las tendencias de la democracia y las enseñanzas que deben deducirse de la vida de los Estados Unidos.

Rodó llega a la justa conclusión de que la democracia, lejos de nivelar todos los méritos y obstruir la selección, tiene por objeto suprimir las distinciones artificiales para permitir la libre aparición y el desenvolvimiento fecundo del mérito individual positivo.

El exceso de utilitarismo de la época actual es necesariamente un fenómeno pasajero. Armas de las luchas sociales han sido sucesivamente la fuerza bruta, el ingenio y el dinero. Se dirá que las tres luchas subsisten conjuntamente, pero así mismo es cierto que en las regiones más civilizadas las luchas de la fuerza van cesando, porque la democracia ha puesto la libertad al alcance de todo, y que con la educación popular se trata de dar al talento todas las ventajas, poniendo, si cabe decirse, la inteligencia al alcance de todos. El problema del porvenir inmediato es poner la riqueza al alcance de todos, y las soluciones propuestas por Henry George y por los socialistas van pareciendo cada día menos ilusorias. La civilización tenderá a sustituir "la lucha por la vida" por una solidaridad cada vez más firme e inteligente y, dulcificadas las relaciones sociales, la obra del utilitarismo servirá a la causa de Ariel.

Piensa Rodó que los Estados Unidos — cuyo ejemplo ejerce una conquista moral en muchos espíritus de Hispano América — pueden ser considerados en el presente como "la encarnación del verbo utilitario", y procede a analizar los méritos y los defectos de la civilización norteamericana.

Este análisis es la parte más indiscutible y más discutida de la obra. Cabe, en mi sentir, opponer reparos a algunos de sus juicios severos sobre la nación septentrional, mucho más severos que los formulados por dos máximos pensadores y geniales psico-sociólogos antillanos: Hostos y Martí.

En aquel organismo social hay dos males contradictorios que en el actual período de agitación se han recrudecido: de una parte, el orgullo anglo-sajón, suerte de pedestal aislador en que se asientan las tendencias imperialistas, la moralidad puritana y los prejuicios de raza y secta; de otra parte, el espíritu aventurero, origen del comercialismo sin escrúpulos y del sensacionismo invasor y vulgarizador.

Pero por encima de sus tendencias prácticas, aquel pueblo sustenta un ideal elevado, aunque distinto de nuestro ideal *intelectualista:* el perfeccionamiento humano, que tiene por finalidad el bien *moral* y debe traducirse socialmente en la dignificación de la vida colectiva.

Hoy mismo se ofrece a la mirada escrutadora, sugestivo para nuestro pensamiento, el perseverante esfuerzo idealista de la mejor parte, la genuinamente representativa del espíritu norteamericano, contra las tendencias corruptoras que amenazan invadir todos los campos de la actividad nacional: los hombres de probidad inflexible y *agresiva* en política; el periodismo serio, que es el más culto y noble en el mundo; los escritores, desde el decano Howells hasta la admirable Editth Wharton, figura culminante de la juventud, que cultivan una literatura original y vigorosa, de honda psicología y estilo selecto; los artistas, creadores de una escuela nueva e independiente de pintura y escultura que ha dado glorias universales como Whistler y Sargent, Saint Gaudens y La Farge; los científicos que se consagran a una labor *desinteresada,* como Giddings y Ward, fundadores de sistemas sociológicos; los educadores y conferencistas que llevan al seno

de las masas el evangelio de la elevación moral e intelectual.

V

Rodó expresa el temor de que la *nordomanía* pueda llevar a las jóvenes sociedades americanas a la renuncia de los ideales latinos.

Antes de decidir, justo es interrogar, con el ilustre cubano Sanguily: ¿cuáles son los ideales a cuya conservación debemos principalmente atender? Somos españoles, pero antes americanos, y junto con la herencia insustituíble de la tradición gloriosa hemos de mantener la idea fundamental, no heredada, de nuestra constitución, la que alienta aún en nuestras más decaídas repúblicas: la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro.

Las cualidades inherentes a nuestro genio personal — no menos reales porque aún no se hayan fijado en un todo homogéneo — no desaparecerán con la juiciosa y mesurada adaptación de nuestras sociedades a la forma del progreso, hoy momentáneamente *teutónica*.

Norma de nuestros pueblos debe ser buscar enseñanzas fecundas donde quiera que se encuentren; y el afán de cosmopolitismo que suelen mostrar es indicio cierto de que en ellos no prevalecerá ninguna tendencia exclusivista.

Pero, ante todo, para hacer de la obra de nuestra regeneración una realidad viviente y crear una cultura armónica, un progreso vario y fecundo, es necesario dar a las energías sociales un fin, un sentido ideal, una *idea-fuerza* capaz de unificar e iluminar los impulsos dispersos en el espíritu de la raza.

Tócanos reivindicar el crédito que tanto hemos contribuído a minorar, de la familia española. De hecho, la importanca de nuestro idioma no se toma en cuenta ni aun en Francia; y en el mundo anglosajón principia a genera-

lizarse la idea de que "el castelllano está moribundo".

Por fortuna, el rápido desenvoblvimiento material de los grandes estados de nuestra Améérica, cuya profunda significación no ha escapado a hormbres tan sagaces como Sir Charles Dilke y Henri Mazzel, destruye en parte la creencia en un continente irremediablemente *enfermo;* y por otra parte, ya las notas de nuestra labor intelectual principian a escucharse en el concierto del mundo.

Y cuando se medita en la inagotable fecundidad de la naturaleza del Nuevo Mundo, y se confía en la virtualidad aún no agotada de la antigua raza a que pertenecemos principalmente por la vida espiritual y por la lengua, y en la potencialidad desconocida de nuestra compleja constitución sociótica, el porvenir aparece rico de promesas efectivas. La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria.

Tal es la enseñanza fundamenttal de José Enrique Rodó en su discurso *Ariel.* Es esta obrra uno de los grandes esfuerzos del pensamiento americaano, y está destinada, como dijo Gastón Deligne de la poesía de Salomé Ureña, a mantener "de una generación los ojos fijos en el grande ideal". En sus luminosas pág̃ginas se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de la América, "hospitalaria para las cosas del espíritu y no tan ssólo para las muchedumbres que se amparen a ella; penssadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción, serenaa y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave"...

"¡Mira tanto, y tan lejos, la esperanza!"

PERFIL DE SARMIENTO *

Sarmiento tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento. Con todos estos dones, no se resignaba a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria Argentina, a Chile, a toda la América española. Educar fué pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo. En la infancia y la adolescencia trató de adquirir conocimientos, luchando contra la pobreza de su familia venida a menos en su anticuada provincia montañosa de San Juan, y logró dar el tipo de educación que necesitaba según sus propósitos. Tuvo que estudiar latín, que le interesó poco, pero le dió, dice, un instrumento valioso para la adquisición del francés y del inglés; leyó todo lo que pudo encontrar de filosofía, de historia, de doctrinas políticas, de pedagogía; como no podía dejar de leer cuanto cayera en sus manos, se leyó además la Biblia y muchos libros de religión. Cuando apenas contaba catorce años, sabía matemáticas suficientes para aprender el arte de la agrimensura ayudando al ingeniero francés Barreau. Como hombre del siglo XIX, tuvo la veneración de las ciencias de la naturaleza, aunque no fué mucho lo que de ellas pudo aprender en las tierras donde vivió hasta terminar la adolescencia. A los quince años empezó a enseñar, adoctrinando a gentes

* *Cuadernos Americanos*, sep. octubre 1945, págs. 199-06. Capítulo del libro *Corrientes literarias en la América Hispánica.*

campinas, junto a su tío el sacerdote José de Oro, a quien ayudó a construir una escuela y a reconstruir una iglesia herida por el rayo. No fué precoz en su vocación literaria. Después de muchos cambios de lugar y de trabajo, comenzó a escribir a los veintiocho años, y sus motivos fueron políticos: fundó su primer periódico, *El Zonda*, en San Juan, para combatir por la libertad y el progreso. Naturalmente, tuvo que salir desterrado, y se estableció en Chile. Allí atrajo la atención de Manuel Montt (1801-1880), estadista de larga mirada, a quien no le puso temor la idea de encomendar a este maestro autodidacta la organización de la primera escuela normal de la América española (1842). Para entonces ya escribía en los periódicos principales de Chile y tomaba parte en la querella de clasicistas y románticos. Y aquel año fundó, además, el primer diario de Santiago, con el característico nombre de *El Progreso*.

Dehí en adelante, y durante toda su vida, tuvo siempre en manos dos o tres o más tareas a la vez. En 1845 empezó el estudio sistemático del despotismo en la Argentina, escogiendo como asunto la vida de Aldao, el fraile convertido en jefe militar, e inmediatamente después publicó *Facundo*, la vida del feroz caudillo de la Rioja —apodo recibido de Alberdi, en momentos de irritación, el nombre de "Plutarco de los bandidos". La biografía de Facundo Quiroga iba precedida por una descripción de la Argentina, especie de ensayo de geografía humana donde trató de discernir las causas de la enfermedad social del país, la tiranía engendrada por la anarquía; al final del libro iba el estudio de la situación política: allí demostraba que era inevitable la caída de Rosas y de todo el sistema del caudillaje, al cual sucedería la reconstrucción orgánica. Era una profecía sorprendente: se cumplió pocos años después. Este libro poderoso es la obra maestra de su tiempo en América. Ha sido la obsesión de muchos sectores cuya preocupación esencial es el problema

de las causas y los remedios dee b los males que h padecico y padece la Amcérica españcolola.

Tres años (1845-11848) en Eurcropa y los Estidc Unidos estudiando las nuevvas orientaciiioiones de la enseñaza, dieron como fruto doss nuevos libroroos: *De la educción popular* (1849) y *Viajjes* (1849). C Como respuesa los absurdos ataques que le dirigían lolos partidarios ddos caudillos, Sarmiento halbía escrito ceren 1843 un foleto *Mi defensa;* al regresar a Chile lo deesesarrolló y lo eorirtió en *Recuerdos de provinicia* (1850)),), libro que coiene su autobiografía junto con descriipipciones ya vigoisas, ya pintorescas, ya delicccadas, de laa vida común en a tierra natal, y espléndidoss retratos cocomo el de Loungo de Cro.

A fines de 1851, Sarmiento seu une al ejércitb d Urquiza, que marcha deesde Entre RRíos para lucha contra Rosas en Buenos Aiires, y asumme el papel de bletinero oficial de la campaíña; estuvo ppipresente en la bcalla de Caseros (3 de febrerro de 1852)), ; donde quedó finlmente derrotado el dictadorr, y narró suss experiencias enm libro muy original, *Campoaña del Ejéército Grande* (152). Se había alcanzado la meta, al paarrecer. Pero Sarmento se separó de Urquiza, een quien haallillaba todavía leasiados rasgos de caudillo, y regresó a a Chile. Al fn olvió a Buenos Aires (1855)), para comerenzar su larga carera de constructor de la nacción, el más g grande que er siespecie ha conocido Américaa. Su carrerra a abarcó muciascampañas en la prensa y ern el Congreeseso, dos años ce pbierno en San Juan (1862-11864), tres cocomo ministro erlos Estados Unidos (1866-1868), seiss como Presidnt de la República (1868-1874). El prodigioso catálogode sus hazañas comprende centenares cdele escuelas y bibotecas, observatorios astronómicos, jardlinines botánicos y oológicos, parques, carreterras, ferrocarrriles, barcos, líneas telegráficas, inmigración, hasta nueevvas ciudades. Tvo parte en toda contiendda cuyos mcototivos fueran la ibertad

y la justicia, y, sobre todas cosas, la regeneración del pueblo mediante la educación. La guerra de tres países — Brasil, Uruguay, Argentina — contra el Paraguay llegó a su término mientras él gobernaba, y a su gobierno se le pidió que formulara sus demandas territoriales; la inmortal respuesta la dió su ministro de Relaciones Exteriores "La victoria no da derechos".

Sarmiento vivió plumas en mano, y escribió tanto después de regresar del destierro como antes: artículos de periódico, discursos, mensajes, informes oficiales, libros de texto, vidas de hombres que le interesaron (Lincoln, el naturalista Muñiz, o su propio hijo, Dominguito, que murió en la guerra del Paraguay mientras él se hallaba en los Estados Unidos); finalmente emprendió una vasta obra sociológica que nunca terminó, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883).

A su propio período inicial pertenecen sus tres libros mejores, *Facundo, Recuerdos de provincia, Viajes*. Están sólidamente construídos; los escribió de prisa, pero concibió su estructura íntegra y armoniosa desde el principio. Hechos y teorías, en ellos, marchan de la mano. Todo hecho que observa — y observa mucho — está siempre, implícita o explícitamente, en relación con un amplio y coherente sistema de ideas. Todo lo que atrae su atención lo espolea a pensar. Pero su mirada no es sólo intelectual; es también imaginativa. Tiene el don descriptivo: su pintura de Río de Janeiro en diez líneas es ejemplo clásico. No menos clásica es su pintura de las pampas de la Argentina en las primeras páginas del *Facundo*, después de la Introducción; culminina en aquel momento en que la mesnada de gauchos "vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para humedecer sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje [de indios] que puede de un momento a otro sorprenderla desapercibida; si el oído no escu-

cha rumor alguno, si la vista no alcanza a cara el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve su miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algn caballo que esté inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente echadas hacia atrás; entonces continúa la conversación interrumpida... Cuando escribió estas páginas excitantes, Sarmiento conocía la pampa sólo de oídas.

A veces su pensamiento mismo se encarna en imágenes: así, el doctor Francia, el tirano del Paraguay "muerto de la quieta fatiga de estar inmóvil pasado un pueblo sumiso"; o el viajero ignorante que nada entiende de las modernas maravillas de invención tenía que se le muestran: "el Anacarsis no viene con su objeto a contemplar las maravillas del arte, sino a riesgo de injuriar la estatua con sólo mirarla"; o nuestras tradiciones latinas, resumidas en una frase: "pertenecemos al Imperio Romano"; o los hábitos de los gauchos, a quienes describe viviendo en una edad de cuero, porque el cuero les servía no sólo para calzado, sombreros, trajes, camas, sillas, mesas y alfombras, sino también para techar casas y para construir botes.

Tuvo extraña maestría de lenguaje. Hubo muchas leyendas sobre él mientras vivió, y una de ellas le ha sobrevivido: la de su estilo descuidado. Como inició su carrera literaria cuando era nuevo el romanticismo y las opiniones en literatura estaban gobernadas todavía, a sabiendas o no, por las doctrinas clasicistas, se condenó en nombre del siglo XXVIII. Transcurridos cien años, sus escritos nos lo revelan como maestro. Es desigual, sin duda. Como hombre público y como periodista escribió muchas páginas que no esperó vivieran más en un día; pero las hemos recogido todas. Es apresurado, como hombre que escribía para la publicación inmediata; apresurado, además, porque las ideas se le agolpaba con impulso tumultuoso y en ocasiones se olvidaba de enlazar-

las adecuadamente: es a menudo elíptico. "Un estilo castizo y correcto — decía en 1842 — sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa". Pero nunca fué descuidado a la manera de los mediocres, y nunca escribió jerga periodística, ni siquiera en sus artículos de periódico sin firma. Su estilo tenía vigor de raza y podía alzarse hasta la brillantez sin esfuerzo. Acertaba muchas veces con la palabra justa, que podía ser un solo adverbio, como cuando habla del "camino que sólo conduce a la riqueza". Se le acusó de caer en el galicismo, plaga que infestó el idioma castellano durante los siglos XVIII y XIX; en verdad, sólo hizo uso de unas pocas palabras de origen francés, y ésas las empleó, por lo común, deliberadamente: creía que el empobrecido español de sus tiempos necesitaba enriquecerse. Al contrario: su lenguaje era ricamente idiomático, cualidad que heredó del habla tradicional de su provincia nativa, libre entonces, como ahora, de los vientos internacionales que soplan sobre Buenos Aires. "Mi español — decía — es algo colonial".

Los libros que escribió después de su regreso a la Argentina en 1855 no igualan, como literatura, a los que escribió antes: estaba entonces más urgido que nunca por la desconcertante multiplicidad de sus actividades: además, hora era constructor, que se exprimía en "la labor del minuto" para alcanzar "el prodigio del año", y no ya el combatiente crítico cuyos ojos tratan de escudriñar bajo las apariencias para penetrar hasta el corazón de la realidad social. Pero todavía escribió páginas magníficas, como el discurso sobre la bandera, al inaugurarse la estatua de Belgrano.

Poco antes de su muerte, Sarmiento resumió su autobiografía en pocas palabras, apropiada conclusión de semejante vida:

"Partiendo de la falda de los Andes nevados — dice —,

he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas eminencias de mi patria.

"No se describiría con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas miliarias en los edificios de escuelas que marcarán en la América la ruta que seguí.

"Hice la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables, y, llamado a ejecutar mi programa, si bien todas las promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esa parte de América.

"He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo, y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me gan.

"Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra, y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna espero una buena muerte corporal, pues la que me vedará en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como abiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas."

CIUDADANO DE AMÉRICA *

"Dadme la verdad y os doy el mundo. Vosotros sin la verdad destrozaréis el mundo; y yo con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado". Así en e. Hostos, la delirante fe en la verdad, llama del incendio engendrado, como dijo Nietzsche "en aquella creencia milenaria, en aquella fe cristiana, que antes fué la de Platón, y para quien Dios es la verdad y la verdad es divina".

Pero no sólo arde en Hostos la fe en la verdad arde, con más alta llama, la pasión del bien, pasión de apóstol.

Porque Hostos vivió en los tiempos duros en que florecían los apóstoles genuinos en Nuestra América. Nuestro problema de civilización y barbarie exigía, a quienes lo afrontaban, vocación apostólica. El apóstol corría peligros reales, materiales; pero detrás de él estaba en pie, alentándolo y sosteniéndolo, la hermandad de los creyentes en el destino de América como patria de la justicia.

A Eugenio María Hostos (1839-1903) el ansia de justicia y libertad lo enciende para la misión apostólica. Al nacer en Puerto Rico, abre los ojos sobre la injusticia como sistema social: desde la situación colonial de la isla frente a tantos pueblos, emancipados de Europa, que trabajosamente aprendían a ser dueños de sí, hasta la institución de la esclavitud. Antes de la adolescencia (1851) va a España, donde permanecerá hasta cumplir los treinta

* Publicado en *La Nación*, 28 de abril de 1935. Sirvió de prólogo a la edición de *Moral Social*, Losada. Bs. As., 1939.

año: Ai comprende la esencia de los males que atormenn todo el mundo hispánico, en la patria europea y enasatrias desgarradas de América: la falta de clara conena social que anime la estructura política. Conoce a hobs y mujeres — Pi y Margall, Concepción Arenal, San de Río y sus discípulos — en quienes germina otra Espia enovada, purificada. De ellos aprende y con ello traaja.

Dvo conocimientos: ciencia y filosofía, arte y literatura Peo su ansia de justicia y libertad — ansia humana, físic asia de hijo de Puerto Rico — se convierte en penminto cuyo norte es el bien de los hombres, se haci "trscendental", como decían sus amigos los krausista Ve desde entonces entregado a su meditación filosic y a su acción humanitaria, embriagado de razón d moral. Su carácter se define: estoico, según la tradió de la estirpe; severo, puro y ardiente; sin mancha si desmayos.

Pnsæn el porvenir de España y en el porvenir de las Antis las concibe autónomas dentro de una federación spñola. Trabaja activamente para preparar el adveniiero de la república; de sus compañeros recibe la prnsa le la autonomía antillana. Pero en 1868, al iniciar el eríodo de transformación, ve como se desdeña y pooo el desesperado problema de Cuba y Puerto Rico. I dengaño lo inflama. Pudo haberse quedado, pudo ere escritor famoso. Pero decidió romper con España y hizo en memorable discurso del Ateneo de Madd.

Cia e arroja a su primera revolución de independenc (868-1878); Hostos se dedica a trabajar en favor de e. Iasta embarca con Aguilera rumbo a los campos de l inrrección; naufraga y nunca llega a conocer la isla arillosa. Recorre entonces las Américas, de norte a suy e Atlántico a Pacífico, explicando con palabra y plun e problema de las Antillas, reclamando ayuda pa-

ra los combatientes. De paso interviene en problema de civilización de los países donde se detiene: en el Perú protege a los inmigrantes chinos; en Chile defiende el derecho de las mujeres a la educación universitaria; en la Argentina apoya el plan del Ferrocarril Trasandino, y en homenaje, la primera locomotora que cruzó los Andes se llamó Hostos.

Fracasada la guerra de los Diez Años, aplazada la independencia de Cuba, pero abolida siquiera la esclavitud en las Antillas españolas, Hostos no abandona la lucha, le da forma nueva. Se establece en la única Antilla libre, en Santo Domingo, y allí se dedica a formar anillos para la confederación, la futura patria común, la que debería construírse "con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos". Pero el propósito lejano, que a él no se lo parecía, quedó oscurecido bajo el propósito inmediato: educar maestros que educaran después a todo el pueblo. Esos maestros debían ser, según su fórmula, "hombres de razón y de conciencia". Con ayuda de hombres y mujeres desinteresados, encendidos — los también — en llama apostólica, implantó la enseñanza moderna, cuyo núcleo es la ciencia positiva, allí donde se concebía la cultura dentro de las normas clásicas y escolásticas que sobrevivían de las viejas universidades coloniales; enseñó la moral laica, forjando los espíritus "en el molde austero de la virtud que en la razón se inspira". La obra fué extraordinaria: moral e intelectualmente comparable a la de Bello en Chile, a la de Sarmiento en la Argentina, a la de Giner en España. Sólo el escenario era pequeño.

La Escuela Normal de Hostos (1880-1888), encontró oposición en los representantes de la antigua cultura, pero sus enemigos reales no eran esos, que en mucho llegaron a transigir o a cooperar con él: entre "clerecías" ajenos a traición, entre hombres de buena fe, la lucha leal puede trocarse en colaboración. El enemigo real estaba desde

está siempre, en contra de la plena cultura, que lo es "de razón y de conciencia", tanto de conciencia como de razón estaba en los hombres ávidos de poder político y social, celosos de la dignidad humana. El déspota local decía que los discípulos de Hostos llevaban la frente demasiado alta. Después de nueve años, "cansado de las luchas con el mal y con los malos", Hostos decidió alejarse del país.

Fue a Chile, donde pudo vivir tranquilo diez años (1888-1898), entregado a la enseñanza. Influyó en la reforma de las escuelas, dando ejemplo de modernización en los planes de estudios y de los métodos; participó en la enseñanza universitaria, como antes en Santo Domingo. Santiago de Chile lo declara hijo adoptivo de la ciudad; la comisión oficial que exploraba el sur da su nombre a una de las montañas patagónicas. Pero, a veces, en medio de aquella paz, su alma inquieta echaba de menos los estímulos del hervor antillano: "¡Y no haberme quedado a continuar mi obra!".

En 1898, cuando va a terminar la segunda guerra cubana de independencia con la intervención de los Estados Unidos, Hostos corre a reclamar la independencia de Puerto Rico. ¿Qué menos podía esperar el antiguo admirador de los Estados Unidos, cuyas libertades, antes simples y diáfanas, exaltaba siempre como paradigmas frente a Europa enmarañada en tiranías y privilegios? Ahora tropezó de nuevo con la injusticia: los dueños del poder no soltaron la presa gratuita. ¡Con cuánta amargura lamentó que las naciones de la América Española no se adelantaran a los Estados Unidos, como él lo había propuesto, en la defensa de Cuba!

Volvió a Santo Domingo en 1900, a reanimar su obra. Lo vi entonces: tenía un aire hondamente triste, definitivamente triste. Trabajaba sin descanso, según su costumbre. Sobrevinieron trastornos políticos, tomó el

país aspecto caótico, y Hostos muricó de enfermed brevísima, al parecer ligera. Murió dee asfixia mora

Es vastísima la obra escrita de HHostos. En smayor parte obra de maestro: hasta cuandco no es estrecmente didáctica, para uso de aulas, esclarreice principic adoctrina, aconseja. Y cuando la necesidlad de las aul no la hace meramente científica o pedaggógica (comol precioso manual de *Geografía Evolutivaa* para las escuas elementales de Chile), lleva enseñanzza ética; su pocupación nunca está ausente.

Todo, para este pensador, tiene ssentido ético. u concepción del mundo, su optimismo metafísico, mo la llama Francisco García Calderón, está impregda de ética. La armonía universal es, a suss ojos, lección bien. Pero su ética es racional. Crec quee el conocimito del bien lleva a la práctica del bien; ell mal es err ("en el fondo de este caos no hay más que ignorancia. Está dentro de la tradición de Sócrates,, fuera de la rriente de Kant, pero Kant influye en su rigurosa devión al deber.

Como la razón es el fundamento de su moral,ifundirá el culto de la razón y de su fruto madurien los tiempos modernos, las ciencias de lla naturaleza.or eso, soñando con el bien humano, exaltta la fe en la ersecución y en la adquisición de la verdad. Sólo lo ombra, a ratos, "la eternidad de esfuerzos cque ha costadel sencillo propósito de hacer racional eal único habinte de la tierra que está dotado de razóm".

Y por eso, sus singulares dones de artista, descritor, los sacrifica, los esclaviza a los fimes humanitars. Como Martí, para quien fué uno dle los pocos aestros (leyendo el *Plácido* de Hostos (18772) se reconoel magisterio). Pero mientras para Marttí arte y virtt, amor y verdad, viven en felix armonía (("todo es múa y razón"), Hostos sospecha conflictos entre belleza bien: resueltamente destierra de su repúbolica interior os poe-

tas : no se avienen a servir, a construir, a levantar corazones.

Hizo música, versos, teatro, para su intimidad personal y familiar; de sus novelas, la única conocida, *La Peregrinación de Bayoán* (1863), es alegoría de su pasión: la justicia y la libertad en América. Pero el artista que él en sí mismo desdeñaba sobrevivía en la extraña fuerza de su estilo, sobreponiéndose a los hábitos didácticos, con su mano simétrica de que lo contagiaron krausistas y positivistas. Hasta sus cartas salen escritas con espontánea perfección luminosa. Y, como gran apasionado, conservó el don oratorio.

De sus libros, el que mejor lo representa es la *Moral Social* (1888). Demasiado lleno, Hostos, de preocupaciones humanas y sociales para filósofo puro u hombre de ciencia abstracta, sus intentos teóricos son cimientos apresurados donde asentar su casa de prédica. Los dos breves tratados de *Sociología* (1883-1901) son esbozos para iniciar a estudiantes del magisterio en la consideración de los problemas de la sociedad humana: es ingenios su estructura, pero quedan fuera de los caminos actuales de la ciencia social, empeñada en acotar su campo y depurar sus datos antes de intentar de nuevo las construcciones teóricas a que ingenuamente se lanzó el siglo XIX; ofrece agudas observaciones concretas, especialmente las que tocan a nuestra América. En su curso de *Derecho constitucional* (1887) expone audazmente su concepción política, desdeñando todo eclecticismo y desentendiéndose de la mera erudición —que poseía— de doctrina y de historia: su propósito es convencer a lectores y oyentes de que la organización de los estados debe fundarse sobre principios de razón y normas éticas.

En la *Moral social* poco interesa la exposición de las tesis sobre "relaciones y deberes", contagiadas del naturalismo y del organicismo entonces en boga; su fuerza y su brillo aparecen cuando discurre sobre las "activi-

dades de la vida" —en particular sobre la polítca, las profesiones, la escuela, la industria—, hasta culmar en la discusión sobre el uso del tiempo: la civilizacin sólo será real cuando haya enseñado a todos los homres a hacer buen uso del tiempo que les sobre.

Junto a la *Moral social* hay que poner el extrardinario discurso que Hostos pronunció en la investiora de sus primeros discípulos (1884): en él declaró tda su fe, describiendo en síntesis, con singulares paráblas y relampagueantes apóstrofes el ideal y el sacrificio de su vida, sus principios éticos y su concepto de la enñanza como base de reforma espiritual y de mejoramieto social. Piensa Antonio Caso que este discurso es l obra maestra del pensamiento moral en la América Esañola.

Pero en todo, tratados, lecciones, discursos, cans, artículos, con que en muchedumbre sirvió a nuestr América, desde la descripción de los puertos del Bras hasta el homenaje a los poetas y el estudio del *Hamlet*, n que la observación psicológica se une a la reflexión noral, Hostos se revela siempre, en pensamiento y fona, lo que fué: uno de los espíritus originales y profunos de su tiempo.

El maestro de Cuba *

Enrique José Varona murió, de ochenta y cuato años, a fines de 1933. Para morir eligió – ¡cuántas eces es hora de elección la hora de la muerte! – el momento grave entre todos en la vida de su patria. ComoHostos, se fué de la vida en uno de los momentos aguds de la agonía antillana, rendido bajo la pesadumbre momentánea del desastre. No le flaqueó, de seguro, la f en los destinos de Cuba, empeñada decisivamente en u regeneración; hubo de agobiarlo la visión de la dura cesta de penas que el pueblo cubano se dispuso a subir ¡ora vez! para alcanzar la cima de libertad y decoro.

Durante cincuenta años Varona fué maestro d Cuba: maestro de la juventud, maestro grave rodeadode respeto por su pueblo, en apariencia frívolo. El publo cubano posee don de alegría y forma excepción e medio de "la tristeza de América", lugar común de ppios y extraños. En Cuba se habla de la tristeza cubana; e citan como pruebas la música – a veces lenta y lánguia, pero no dolorosa – y la poesía; ¿pero dónde es alegrela poesía? Quien haya visto La Habana, ése sabe lo quees ciudad gozosa, donde todo se ha dispuesto para plcer de los sentidos, en contraste con tantas ciudades de América, desanimadas unas, porque sus habitantes ignoran ls artes de la diversión; tristes otras, porque el alma indígna las vence, con su entraña de nihilismo. Y el don de alegría vence todas las crisis: ningún pueblo de Américaha su-

* *Revista Cubana*, 1936, 4, 193-199.

frido om Cuba en sus dos guerras de independencia, pero e das ha salido siempre con ímpetu nuevo. No es frívolcel pueblo que en América ha dado más horas y más vias por la libertad, en su rebeldía de ochenta años.

Varnasereno al parecer, "dueño de sí y de sus actos", vivió iempre en rebeldía, la rebeldía de la inteligencia, que hjo as ficciones triunfantes, descubre el error y el mal: riiero, en la ciega y sorda dominación colonial, que n soo ver en el bien de Cuba su propio bien; después, n l disolvente egoísmo de la vida política bajo la indepndncia.

Nuca ué Varona uno de ésos que el vulgo llama políticopreticos, moderna plaga de hombres que de nada entiede y de todo se apoderan, en ansia de mando y de luro,estorbando la función de quienes ponen saber y virtu aservicio y ejemplo de la sociedad. No fué político ráico, pero estuvo siempre en la acción política, comolibrtador y como civilizador, desde su mocedad hastasu últimos días, y deja en su tierra hondo surco, comcndo ha sabido labrar ninguno de los jefes de gobiern. Colaboró primero en el largo esfuerzo de Cuba para lcnzar la independencia, desde la guerra de 1868 hastala le 1895 (entonces recogió la herencia de Martí en laaova dirección de "Patria", el vocero de la independnc, y redactó el manifiesto oficial del movimiento); ueo en la organización de la República (1899-1902 cmo miembro del Gabinete, reconstituyendo de golp sore bases nuevas, todas las instituciones de enseñaza y dando al país "más maestros que soldados"; despés señalando orientaciones en la prensa, con clara exactu y mesurada energía, hasta que la opinión lo hizo prdente de partido en momento de crisis y lo llevó a vicepresidencia de la República: allí nunca estuo a silencio, persistió en su práctica y no perdonó siquira os errores del grupo en que se hallaba inscrip-

to pero no sujeto; al final, lejos ya de puestos públicos, se puso al lado de la juventud empeñada en libra a Cuba de la maraña opresora a que la condujeron veite años de desorden político: tuvo el singular honor deser tratado como rebelde en su ancianidad.

Ejerció, pues, el magisterio político que era prte de su magisterio integral de virtud y saber. En su primeros años de actividad, después de la iniciación juvenil en la literatura, se encaminó hacia la filosofía. dquirió la fe en las ciencias de la naturaleza — feliz comgio de su siglo — y esperó apoyar en ellas el pensamieto filosófico. Concibió y compuso tres obras sistemátias que ofreció al público en conferencias: "Lógica", "Psiología", "Moral" (1880-1882). Quiso con ellas señalar a su país los rumbos del pensamiento de la época. La ereñanza filosófica oficial era de tipo arcaico. Hombres eiinentes la habían combatido: uno de ellos, cabeza aguamente original, corazón fervoroso de apóstol, había dejao larga estela intelectual y moral. Ser discípulo de José d la Luz era en Cuba pertenecer a una hermandad com la de los discípulos de Sócrates. Y la innovación filosúca era forma de rebeldía. Los tres célebres cursos deVarona fueron la fase última de la rebelión. Abrieron elcamino a la difusión de Comte y Mill, de Spencer y hin, de Taine y Renan. Tanta fué la difusión, que el pensmiento cubano quedó teñido de positivismo durante mecb siglo.

Pero Varona, desde que comienza su madurez, e aleja paso a paso de todo positivismo. El público empezó a llamarlo escéptico. No eran doctrinas filosóficas cpresas las que le valían el título nuevo: eran actitudes / reflexiones ante las cosas del mundo, ante la inveterad locura de los hombres. Repetía la exclamación de Pucl *Lord, what fools these mortals be!* Y declaraba, como ompendio de su experiencia: "El hombre ha inventado a lógica, y no conozco nada más ilógico que el homre..., como no sea la naturaleza". De sí mismo llegó a dudar

que pudese ejercer influencia espiritual duradera: adoptó como lema *In rena fondo e scrivo in vento.* No sospechaba el futuro alcance de su ejemplo y de su palabra. Pero mantenía la fe en al necesidad de trabajar por el hombre, ante todo, por el que tenía cerca, el de su tierra.

En 1911, instigado por la curiosidad y la incertidumbre de la opinión, dió en el Ateneo de La Habana una conferencia que intituló "Mi escepticismo". Confesó escepticismo intelectual en el campo de la razón pura, pero declaró que se acogía a la razón práctica. El escepticismo no está reñido con la acción. "La acción es la salvadora". Era, pues, escéptico, como lo sospechaba el vulgo; pero escéptico activo, sin ataraxia, sabedor de que, sean cuales fueren las insolubles antinomias de su dialéctica trascendental, la razón práctica debe optar, y la mejor opción es la de hacer el bien. Años después, otro pensador de origen hispánico, George Santayana, adopta posición parecida: lleva el escepticismo hasta sus raíces hondas, pero de regreso se acoge a la fe práctica en la existencia del universo a "la fe animal". De ahí parte Santayana para reconstruir su filosofía,, con estructura muy diversa de la que tuvo en su juvenil "Vida de la razón". Pero Varona no formuló una filosofía en los tres tratados de su juventud: de ellos, el más filosófico, la "Moral", es el menos audaz y el menos personal, el menos semejante al Varona definitivo. En su madurez tampoco formuló filosofía: se contentó con darnos sus reflexiones de moralista, dentro de la mejor tradición griega y francesa ("Con el eslabón"). Nada sale indemne de sus sentencias: ni los sistemas de los filósofos,, ni las hazañas de los guerreros.

Estas reflexiones escépticas se resuelven siempre en censura de actos individuales —frecuentes, tanto como se quiera, pero individuales al fin— y en la declaración del perpetuo conflicto entre lo real y lo racional. Lo que nos sorprende como general en el error humano se debe a que pretendimos reducir al hombre a esquemas inte-

lectuales simples, sin atender a lass fuerzas que en él proceden de fuentes distintas de la razón. No obliga desesperar de la humanidad. Siempre queda espacio para buscar, en actos individuales o en hechos sociales altura, profundidad, intensidad. Y nadie mejor que Varona para admirar y loar cuanto fuese admirable y loable. A ningún mérito que tuviera delante de sí se mostraba insensible; se complacía en exaltarlo, escogiendo en el mundo que lo rodeaba una jugosa antología de la virtud ("Mi galería", por ejemplo). Era en eso como Giner, como Sarmiento, como Hostos, como Martí, como Justo Sierra.

Y estudiaba los problemas sociales con valentía: su claridad de pensamiento veía pronto, las soluciones y los medios. En la práctica, en su acción propia, demostró cómo se afrontan cuestiones difíciles y cómo se resuelven a fuerza de lucidez y de perseverancia. Así, el escéptico en filosofía resultaba civilizador lleno de decisión.

Como quien tiene los ojos acostumbrados a perspectivas amplias, en el espacio y en el tiempo, no se sorprendía ni atemorizaba ante ninguna innovación teórica ni práctica en la organización y el gobierno de las sociedades. El ex-presidente del partido que se llamaba conservador, no se sabe por qué, pues en nada substancivo difería del que se llamaba liberal, fraternizaba sin fuerzo, en su vejez, con jóvenes socialistas consagrados al bien de Cuba. Como ejemplo de este pensar radical que ve dibujarse los exactos contornos del futuro sin irritarse ante los cambios ineludibles, y acoge con simpatía lo que hay en ellos de justicia, son perfectas sus palabras a propósito del movimiento feminista (1914):

"Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación más inestable, y sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones... El círculo de hierro y de fuego en que había pretendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su

compañera se ha roto para siempre... Hay algo ya definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta".

La vocación esencial de este civilizador, si nos atenemos a sus confesiones propias, no era la filosofía ni menos la política: era la literatura. Nacido en hogar tradicional, de costumbres graves y biblioteca numerosa, esperaba tal vez en su adolescencia llevar vida tranquila, libre de azares, entregado a las letras. Se inicia escribiendo versos (los hizo siempre severos y pulcros), formando una antología de sonetos clásicos, proyectando una edición anotada del "Viaje del Parnaso", de Cervantes, preparando un estudio crítico sobre Horacio. Pero antes de cumplir los veinte años lo sobresaltó en su jardín de poesía el estallido de la primera gran insurrección cubana. Desde entonces su atención estuvo siempre dividida entre los dolores vivos de su tierra y los quietos deleites de la contemplación estética. Junto a su actividad en favor de Cuba, en realidad fundiéndose con ella, y sometiéndosele, persistió su labor literaria. Fue uno de los escritores excepcionales en América: Excepcional, desde luego, por la riqueza de pensamiento, por la cultura extensa, afinada y segura, por el estilo terso y conciso, donde la expresión eficaz va matizada de dulzura luminosa. De su expresión ha dicho San-Cano que en ella "el verbo no se hacía carne; al contrario, la materia se espiritualizaba en volutas de ingenio profundo y de gracia sutil y comunicativa".

Pero como su literatura estaba al servicio del bien humano, se sentía obligado a difundir ideas para la construcción espiritual de su pueblo; de ahí su larga atención a la filosofía como enseñanza renovadora y orientadora. Para la sola literatura no le quedó otro tiempo sino el que dedicó a estudios críticos y a breves ensayos. Como

crítico, entre los de habla española es de los primeros, y de los mejores, en el estudio psicológico, desde su conferencia sobre Cervantes (1883). Como ensayista, dejó maravillas de meditación, o de humorismo filosófico, o de juicios sobre hechos sociales, como su descripción del "desquite" de la sociedad inglesa en el proceso de Oscar Wilde (1895).

Varona, en fin, fué uno de estos hombres singulares que produce la América española: hombres que en medio de nuestra pobreza espiritual, se echan a las espaldas la tarea de tres o cuatro. El deber moral no los deja ser puros hombres de letras: pero su literatura se llena de calor humano, y los pueblos ganan en la contemplación de altos ejemplos.

MARTÍ **

Vidas hay que reclaman, de los hombres capaces de entenderlas, el esfuerzo que las redima de la oscuridad de su escenario para levantarlas a ejemplo de toda la humanidad. Nuestra América, teatro enorme y oscuro, deja perder en la sombra sus mejores vidas. Sólo Bolívar hace germinar en abundancia Plutarcos deificadores y Laercios anecdóticos. Pero ¡cuántas vidas para contar, y contar bien, en altura, no según la moda de cercenarles a los grandes hombres la sobra de estatura espiritual que los hacía como torres entre el vulgo! Nada de convertir en niño inútil, torpe entre el amor y la utopía, el arcángel desatador de Prometeo. Que se nos muestre a San Martín, todo severidad y estudio, en duro contraste con su alrededor. Y a Sarmiento, todo invención y arrojo, Cadmo difusor de alfabeto y generador de población. O a Martí, todo sacrificio, pero todo creación: porque cada creación que sacrificó, se incorporó en creación nueva.

Martí sacrificó al escritor que había en él —no lo hay con mayor don natural en toda la historia de nuestro idioma— al amor y al deber. Amó tanto, que de nueve años le escribe a su madre que la quiere "con delirio"; de quince años dice a su profesor Mendive, maestro para el deber y para el decoro: "a cada instante daría por usted mi vida, que es de usted". Y pues amor "a nulo amato amar perdona", suscita pasiones delicadas y profundas,

* *Sur*, 1931, Nº 2, págs. 220-223.

como n 'a niña de Guatemala, la que se murió de amor", de silocoso amor por él. A los cuarenta años, ya entregado ɔdɔ a la misión de morir por Cuba, todavía creaba amistdeseternas. ¡Cuánto amó a España, él, obligado a combatirl! Con cálida simpatía comentaba siempre sus esfueros de civilización. El baile español lo hacía cantar de goo. (él dijo:

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón,
un lugar todo Aragón . . .

Puo, omo Rubén Darío, sacrificarlo todo al solo ideal de seɔpeta; pero antes quiso acatar normas de honrado; y el dbe y el amor se le agrandaron: se completaron en la deɔcin de su tierra. Si la vida no se le corta cuando empeab: a fructificar, habría lanzado sus energías hacia dos eɔpéios superiores, que le atrajeron siempre: uno, de afect hcia nuestra América, que él sentía y conocía en su id cabal, desde sus cimientos indígenas hasta sus veleta aisiosas de todos los vientos; otro, de razón, la urgenia le dar a la sociedad humana organización nueva, más omda y más justa que la que ahora padecemos.

Pe e escritor, que se encogía para ceder el paso al hombe e amor y deber, reaparecía, aumentado, transfigurao pr el amor y por el deber: la vibración amorosa hace emlar cada línea suya; el calor del deber le da trasprencia. Y cuando está entregado — devorado — en su deɔcón suprema — Cuba —, escribe ya como si se trasfudise en la pura energía: su carta desde Montecristi.do meses antes de caer en Dos Ríos, es como arquitetun de luz.

El scitor, en Martí, fué obrero humilde que aceptó todoslos menesteres: tradujo desde cartillas de ciencias hastaɔomas famosos; mientras enviaba correspondencias a la rgntina o a Méjico, dirigía en Nueva York revistas qe rdactaba enteras. Y las redactaba enteras, desde

la descripción cuidadosa de nuevas máquinas hstda reseña entusiasta de exposiciones de pintura, porqueno le contentaba traducir, ni extractar, y sentía que,diiendo él las cosas con sus propias palabras, su públio ls entendería mejor. Así, todo cuanto salió de su olma se delata solo: nada de "prosa periodística"; nada le párrafos simétricos como estrofas. Siempre aquella posacomo hablada, rota en ritmos variables con la emoció d cada minuto: con el candor de Santa Teresa, de quin prendió que no tiene por qué refrenarse el que sieitecomo debe, y con la malicia de Gracián, de quien aredió a evitar prolijidades de explicación y coordinaciói.

Está por hacer la vida de Martí. Y está por reogr, en gran parte, su obra. La Argentina reunió la de Sarriento. Chile reunió la de Bello, que no fué hijo, sinmestro suyo. El Ecuador está recogiendo la de Montlv Méjico no ha cumplido todavía con Justo Sierra, vdaejemplar, no de relámpagos, pero de firme luz. Y pdrPuerto Rico, empobrecido por sus nuevos amos quntos, cumplir en Hostos?

Si Cuba, oficialmente, no ha cumplido con Mar, hay cubanos que trabajan por él. Después de años laros de rara indiferencia, la devoción a Martí se encieidecomo fiebre: Martí se vuelve espejo y escudo. Entr ls devotos, Juan Marinello, Félix Lizaso, Néstor Caronell. A Marinello, fino poeta, ciudadano digno, le deemos una pulcra edición, con estudio, de las *Poesías* le Martí, donde se pasa en modulaciones desde ternurasinfntiles con sabor a *Los pastores de Belén* hasta tenuescoplejidades de paleta impresionista o escuetos bloqes le escultura severa.

A Lizaso, hombre de meditación y de pureza ledebemos el monumental *Epistolario* en tres volúmne: condensación de treinta y cuatro años, y una curisacolección de Artículos desconocidos: formaban partede texto de *La América,* revista que fué de Martí en NuvaYork;

"nada lleva su firma, pero todo revela su mano". A Carbonell, en quien el fervor es de tradición familiar, le debemos dos colecciones de artículos publicados en Venezuela: *España* y *De la vida norteamericana*. Cosechó, también, de números antiguos de *La Nación* de Buenos Aires, correspondencias de Martí que ha impreso en revistas. Pero en *La Nación*, de 1882 a 1890, hay todavía correspondencias intactas: tal vez exceden en número a las recogidas. ¡Y de *La Nación*, procede el *Grant*, una de las página inmarcesibles! ¿Sería mucho pedir que la Argentina contribuyese a completar la obra de Martí desenterrando aquellos escritos suyos?

HÉROES DE SACRIFICIO *

Que este día de conciliación nos anuncie comienzos de cordura en nuestro país. Demasiadas veces hemos profanado el tiempo, cuyo uso debe ser sagrado para el bien, destruyéndonos unos a otros. No contentos con destruir las vidas, destruíamos las obras, llevando las ingrestes mañas de la facción a las acrópolis del espíritu y el extraño delirio del "número uno" hervía en las fieres de todas las cabezas: la desaforada lucha por el primer puesto se peleaba, póstuma y forzadamente, entre dominicanos que en vida no soñaron con otra gloria que la gloria clásica de servir, servir al bien de todos.

Los héroes de nuestra libertad fueron héroes modestos: sabían que el campo de su acción era estrecho, que el resultado de su obra quedaría en perpetuo peligro, que cualquier recompensa posible sería escasa que ninguna glorificación traspasaría las fronteras del país diminuto. No creyeron, de seguro, adquirir otro derecho que el de vivir con decoro y entre respetos en la tierra natal. Y ni eso siquiera les toleraron los egoístas, los codiciosos cuya única fe es la fe en la posesión de lo inmediato.

El héroe podía tener flaquezas. Y el historiador podrá investigarlas, porque ningún hechoro debe serle ajeno. Pero las flaquezas no deberían salir del estudio histórico, que para valer ha de ser fruto de la paciencia y la medida, a inflarse de exceso entre las turbulencias de la oratoria

* *Revista de Educación*, Santo Domingo, 1932, Año 4, Nº 13.

o las prisas de la prensa diaria. La flaqueza no disminuye el heroísmo cuando no toca a la obra del héroe. Hasta en casos en que la flaqueza rompe la línea severa de la fe en la patria, pero sin resbalar hacia la pendiente de la traición, la posterridad debe y sabe perdonar. Sólo la traición es imperdonable. Y cuando el héroe haya cometido errores en la vida privada, o en la vida pública, pero sin quebrantar su devoción de patria, la posteridad sólo le debe homenajes.

Duarte Sánchez, Mella, nunca flaquearon en su devoción patriótica. Cualquier error, cualquier debilidad que haya en su vida, se apaga junto a la luz firme de sus virtudes. Todo lo que hicieron por su tierra fué bueno, fué santo. Nosotros, sus descendientes, no podemos regatear la gratitud que es deuda para su memoria: si lo hiciéramos, seríamos descastados, indignos de patria y de tradición. Podremos discutirlos como hombres, pero no como patriotas: como patriotas son héroes irreprochables. No son héroes de batallas y victorias: no tuvieron como ideal al imperador recibido entre arcos de triunfo y divinizado en vida por la estatua, sino al ciudadano de las repúblicas clásicas, frugal de hábitos, claro de ideas, superior a los halagos de la riqueza y del poder. No son héroes de triunfo: son héroes de sacrificio, la única especie de héroes legítimos que ha producido nuestra patria.

ENRIQUILLO *

Abundaron en la América española, durante el siglo XIX, los autores de libro único. En nuestros primeros cien años de vida independiente resultaba difícil para nuestra inquietud y desasosiego la forma larga y lenta del libro; más difícil aún el imprimirlos. Antes de 1810, la existencia tranquila, estrecha, donde la política estaba prohibida, empujaba al criollo hacia la lectura y la escritura como refugios contra la modorra colonial. Se producía mucho, a pesar de las pocas esperanzas de publicar: poemas en octavas reales —el más largo de nuestro idioma se escribió en América—, crónicas prolijas, series de sermones, artes de lenguas indias.... Con la independencia el criollo se hace político. De 1810 a 1890, cada criollo distinguido es triple: hombre de Estado, hombre de profesión, hombre de letras. Y a esos hombres múltiples se les debe la mayor parte de nuestras cosas mejores. Después la política ha ido pasando a las manos de los especialistas: nada hemos ganado; antes hemos perdido. Y hacia 1890 reaparecen los escritores puros: con ellos la literatura no ha perdido en calidades externas, pero sí en pulso vital.

Manuel de Jesús Galván (1834-1910) es de los escritores de libro único. El suyo es la larga y lenta narración "Enriquillo", que consumió muchos años de su activa existencia. Ni antes había escrito otro, ni otro escribió después.

* *La Nación*, Bs. As., 13 de enero de 1935.

Había crecido, intelectualmente, entre las ruinas de la cultura lásica y escolástica que tuvo asiento en las extintas Universidades coloniales de Santo Domingo. De cultura moerna, sólo se incorporó íntimamente a la que ya circulab en la España del siglo XVIII. Hasta en la literatura, sus lnites naturales eran anteriores a la independencia de Amcica o a lo sumo contemporáneos de ella: en España Jovellanos y Quintana; fuera, Scott y Chateaubriand. Cuanto vino después resaltaba en él como mera adición cosa accidental, no sustantiva. Fué, por eso, escritor d tradición clásica con tolerancia para el romanticismo; ero su tradición radicaba principalmente en el clasicisio académico del siglo XVIII. Así sucedía en toda América salvando las excepciones como Montalvo.

De auerdo con los hábitos criollos de entonces, Galván, esritor, abogado, va hacia la política: su actitud será deconservador, de amigo de las tradiciones, con tolerana para las tendencias liberales. Sólo en torno al problem de la religión en la enseñanza se mostró inflexible Acepta como hechos, en América, la independencia la república; acepta después, cuando la inicia el partio en que se alista, la reanexión de su patria isleña a la monarquía española (1861-1865): desesperado intento para salvar la hispanidad de Santo Domingo, en zozobra frente a la amenaza de la franco-africana Haití, dueña el occidente de la isla.

Cuano España se va de Santo Domingo, Galván se va con España. Su patria de adopción lo eleva a la intendencia e Puerto Rico. Pero la tierra nativa lo atrae: se reincorpra a ella, y pronto aparece como ministro en el ejempla gobierno de Espaillat (1876).

Hasta sus setenta años permanecerá en la vida pública: no será efe orientador, ni será en verdad político activo; será el hombre eminente a quien los gobiernos llaman para qu los ilustre como jurista o para que los honre en

la magistratura o al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores o en misiones diplomáticas.

Desde que regresa a su país, tras el episodio español de su vida, su actitud es la de quien está por encima de las pequeñeces locales. El pueblo no siempre creerá legítima su actitud; pero él no la abandona. Su casa, de tono europeo en aquella época ingenuamente colla, es asiento de letras clásicas, hogar de buena música, escuela de fina cortesía.

De la pluma de Galván salieron excelentes artículos; la hazaña del libro se da una vez sola, con "Enriquilo". Es obra de muchos años, ocho o diez. Se publica incompleta en 1879; íntegra en 1882. El autor la llama "leyenda", extraño nombre que en la España y la América del romanticismo se daba a obras de imaginación tejidas con hilos de historia. Pero en esta novela no hay nada legendario ni fantástico: todo lo que no es rigurosamente histórico es claramente verosímil. Cede Galván a la costumbre, que Francia difundió, de atribuir a los personajes históricos amores de que la historia no habla: para explicar la súbita muerte de María de Cuéllar, apenas casada con el conquistador de Cuba, el fuerte pero tornadizo Diego Velázquez, la pinta enferma de amores, de contrariados amores con Juan de Grijalva, entonces "mancebo sin barbas, aunque mancebo de bien". Y esta invención tuvo la descendencia; de allí nació el drama del grande y singular poeta Gastón Deligne, "María de Cuéllar", que Pablo Claudio convirtió en ópera.

A Enriquillo y a su mujer, Galván los hace entroncar en la más ilustre familia indígena de la isla. A ella, mudándole el nombre histórico de Lucía en Mencía, la hace hija de Higuemota (en verdad Higüeimota o Aguimota) y del español Hernando de Guevara; nieta, en fin, de Caonabó, el rey de la Maguana, el más enérgico de los cinco grandes caciques, y de Anacaona, la reina cortés, reina de tristes destinos, cuyos dones de invención

artística tanto admiraron los españoles en el areito que dirigió, cantado y danzado por trescientas vírgenes escogidas, en honor del Adelantado Bartolomé Colón. A él lo declara obrino de Anacaona y de Behechío, el rey de Jaraguá atribuyéndole como primitivo nombre indio el de Guaorocuya: se apoya en el recuerdo de Guaorocuyá pariente de la familia real, que murió ahorcado en los primeros años de la conquista.

Y Gavál crea, según es de esperar, personajes nuevos, como Pedro de Mugica, en cuya figura carga las pinceladas de letún; variante del Adrián de Múxica de la historia priente de Guevara, a quien el Descubridor mandó arrojar desde una almena porque, condenado a la horca, dilataba la ejecución de la sentencia diciéndole al confesor que no recordaba todos los pecados que debía decar para bien morir.

En la sustancial, la novela se ciñe con extraordinaria fidelidad a la historia; por lo menos, a la historia de la conquista como la contó fray Bartolomé de Las Casas. Galván hondamente español en sus devociones y en su cultura no solamente participó en la reintegración de su país aldeaído imperio hispánico; después en su restaurada república, mantuvo el culto de España: así, en 1900, lo vemos defenderla contra la tesis extravagante de la insensibilidad que postuló Nicolás Heredia. Y, sin embargo, para escribir su novela escoge como asunto la primera rebelía consciente y organizada de América contra España y como fuente y autoridad al gran acusador de los conquistadores. Quiere que su obra sirva, en parte, como lección que ayude a resolver los problemas de España en Cuba y Puerto Rico.

Pero todo cabe, todos los contrarios se concilian, dentro de la robusta fe hispánica de Galván. A Enriquillo, el cacique bautizado, el indio con nombre de español, lo ha conquistado espiritualmente la civilización europea:

Juan de Castellanos, en sus "Elegías de varones ilustres de Indias", lo llama "gentil letor, buen escribano"; en la religión guardó siempre las prácticas que le enseñaron los frailes de San Francisco, con quienes se educó en la Verapaz. Sólo se rebela porque se abusa de él, porque pide justicia y se la niegan. ¡Hasta el implacable Oviedo le concede razón! Su rebelión de catorce años (1519-1533) termina cuando el emperador Carlos V le da garantías, en carta personal que entrega el impávido capitán Francisco de Barrionuevo, y cuando fray Bartolomé de Las Casas, penetrando en las inexpugnables sierra de Bahoruco, le lleva palabras de paz. Y entonces Enriquillo, a quien se le llamaba Don Enrique desde que así lo designó en su carta el Emperador, se establece pacíficamente en Boyá, con sus indios libres, cuya sangre se perpetúa hasta hoy en familias bien conocidas .

Hay en la novela conquistadores violentos y encomenderos empedernidos; pero abundan los hombres rectos, los leales; los bondadosos. Galván reparte con exceso de simetría la bondad y la maldad. Sólo en los encargados de funciones públicas, como Diego Colón, el virrey almirante, acierta a señalar como móviles los intereses de la acción, indiferentes a la moral particular de cada acto. Eso debieron de enseñárselo sus experiencias en la política. Y, sin embargo, ve con antipatía a fray Nicolás de Ovando, hombre sin humanidad, alma sin curvas, fortaleza cerrada, sin ventanas desde donde contemplar el dolor de los indios, pero honesto, justo y exacto como balanza de precisión en su gobierno y trato de europeos.

Sobre el tumulto de la conquista y la refriega de las granjerías, se levanta como columna de fuego el ardimiento espiritual de fray Bartolomé de Las Casas, en quien Galván no ve, como los irreflexivos, al detractor de sus compatriotas, sino la gloria más pura de España.

Y así, este vasto cuadro de los comienzos de la vida

nueva en la América conquistada es la imagen de la verdad, superior a los alegatos de los disputadores: el bien y el error, la oración y el grito, se unen para concertarse en armonía final, donde españoles e indios arriban a la paz y se entregan a la fe y a la esperanza.

SANÍN CANO *

En D. Baldomero Sanín Cano se confirma la verdad de que los hombres de temple puro no hacen traición a sus ideales ni con la edad ni con los fracasos ni con los éxitos: al contrario, tiempo y experiencia fortifican en ellos la fe en el bien y en la justicia, aclaran sus ojos, aguzan su juicio. Como el abuelo en el cuento de *La semilla maravillosa* de Tolstoy, Sanín Cano ve mejor y discierne mejor que las generaciones de hijos y de nietos.

Hombre singular en América, no se formó repitiendo ajenas lecciones ni se quedó engreído en la rustiquez: desde su juventud descubrió en su tierra las imperfecciones de la enseñanza y se propuso reconstruir su cultura sobre fundamentos firmes; se informó de toda la vida intelectual de Europa, hasta de países lingüísticamente remotos como los escandinavos, cuyos idiomas estudió; pero en sus excursiones de investigación procedió con severo espíritu crítico, apartando el estorbo de las cosas falsas, escogiendo sólo cosas auténticas. Por que nuestra ignorancia debió de parecerle nuestra novelera superficialidad acogedora de modas triviales. Por eso, de la literatura, donde se atasca nuestra pereza, se abrió camino hacia la ciencia. Desde entonces ha sido esclarecedor, iluminador, pulverizador de prejuicios, defensor de verdades sencillas. Pero no sólo defensor de verdades: defensor también de virtudes. No hay en nuestra América

* *Sur*, Nº 23, agosto de 1936, p. 133-134.

ejemplo como el suyo de indiferencia para el éxito. Ni siquiera ha aspirado a publicar libros: se ha contentado con escribir ensayos y abandonarlos a la incierta fortuna de diarios y revistas. Pero el golpear de su pensamiento despertó nuestra dormitante atención: al fin, los admiradores se pusieron a recoger los ensayos en volúmenes.

Con su estilo acerado, Sanín Cano da a su pensamiento la nitidez de la línea recta. Sólo se desvía de ella para las sinuosidades del eufemismo o del humor. Tuvo, en la juventud, vivacidad de polemista. Después, durante los largos años que vivió en Europa, había en sus ensayos matiz de distancia. Ahora, escribiendo en Colombia, los ensayos recobran el calor de la acción urgente. Pero en todos, filosóficos o políticos, humorísticos o polémicos, se descubre originalidad vigorosa, la originalidad del espíritu que no se satisface con pensar nada a medias, que no descansa mientras no desnuda los problemas, mientras no los desnuda hasta la raíz.

INDICE

Nota preliminar 7
La utopía de América 11
Patria de la justicia 21
El descontento y la promesa 27
Raza y cultura hispánica 45
La América española y su originalidad 55
Vida espiritual en Hispanoamérica 61
Pasado y presente 71
La revolución y la cultura en México 77
Cincuenta años 89
Barroco de América 99
Erasmistas en el Nuevo Mundo 105
Palabras en la despedida de un buen americano . 115
Ariel 119
Perfil de Sarmiento 129
Ciudadano de América 137
El maestro de Cuba 145
Martí 153
Héroes de sacrificio 157
Enriquillo 159
Sanín Cano 165

Plenitud de América, se acabó de imprimir el día 5 de diciembre de 1952 en los Talleres Gráficos de Hipólito Yrigoyen 1964, con la composición mecánica de Linotipia Fobera.

Se han impreso, fuera de comercio, quince ejemplares en papel especial, numerados del I al XV.